Ángel Ruiz Cediel
Sangre de Lunas

Ángel Ruiz Cediel

Sangre de Lunas

Queda taxativamente prohibida el almacenamiento, la distribución o la reproducción total o parcial de esta novela, incluida su cubierta, ya sea por medios mecánicos, químicos, ópticos, electrónicos, de grabación o fotografía y/o cualesquiera otros, sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

2.000 Ángel Ruiz Cediel
2.005 Ángel Ruiz Cediel
2.008 Ángel Ruiz Cediel

Título: Los Luna: una historia gaucha
Autor: Ángel Ruiz Cediel
ISBN: 84-921902-6-4

Editada por:

ARC EDICIONES
Manuel Machado, 25
28806 Alcalá de Henares
Madrid, España

Web: www.angelruizcediel.es

Tercera Edición

A los Luna.

1 — Los Luna

La res trató de librar sus manos del lazo inútilmente, pues el gaucho, tras derribarla con ágil maestría, se echó sobre ella, sacó el facón que enfundaba en la parte posterior de la rastra y, en un único y expedito movimiento, lo hundió en su pescuezo y rasgó parte de él, degollándola. Fue un movimiento expedito y preciso, casi de cirujano, con esa pericia que solamente de la experiencia podía surgir.

El hombre, una vez se entregó el rumiante a su suerte, limpió la hoja del cuchillo en la piel del moribundo animal, lo guardó en su funda y echó su poncho a la espalda, mientras puesto en pie echaba su vista a la desconsolada soledumbre del horizonte. La negritud era profundísima, pero sus ojos, acostumbrados a ella, parecían poder ver como si sobre el cielo hubiera un sol esplendente. Algunas reses, espantadas, se habían desplazado algunos metros, no muchos, alterando por un instante la quietud de los riciales; pero todo retornó enseguida al pausado silencio, apenas arañado por la monótona tonada de los insectos o por el vuelo rasante de algún cacuy.

El gaucho vestía alpargatas y bombachos, rastra ancha cuajada de monedas, camisa con pañoleta y poncho listado, y sobre su espalda colgaba desde el cuello un sombrero de canoa. Era joven, como de veintipocos años, más juncal que espigado y más fibroso que delgado, provisto de ese tipo de músculo que damos en llamar fibra, cual si estuviera conformado exclusivamente por tendones; su piel era cetrina, evidencia de que su vida se había desarrollado en el campo o que por sus venas fluía sangre pampa; la barba la tenía a medio rapar, y el cabello, moreno y ensortijado, se agitaba en la brisa, tremolando con sus pensamientos; la boca terciada, ni menuda ni excesiva, provista de labios carnosos, sobre todo el inferior, y de una dentadura completa y uniforme; los ojos grandes y verdes, como las aguas remansadas del Caribe; la nariz, regular y bien perfilada, ni aguileña ni respingona; y las manos, aún a pesar

de las rudezas del campo, eran de esas que, por su finura, mejor lucirían en un señorito de ciudad.

Permaneció en jarras un instante, rodándose sobre sus talones hasta cerrar el círculo del horizonte, asegurándose de que nadie se había apercibido de su presencia. Luego, cuando retornó al punto de partida, giró la cabeza sin mover el resto del cuerpo, silbó muy suavemente, y dijo:

—Fierro, vení.

Y chascó su lengua dos o tres veces. Su caballo, uno de esos menudos y ágiles corceles argentinos, fiel y obediente como un perro, dio un par de ostentosas cabezadas y se aproximó adonde estaba, metiendo su hocico en el pecho del jinete. Este, tras acariciar su frente desde las orejas al ollar, lo palmeó en el pescuezo, tomó una frazada que llevaba sobre las ancas y se acercó junto al agonizante bóvido.

Se puso en cuclillas y pasó su mano con ternura por la testuz de la res, la cual tenía los ojos desorbitados, sin duda a causa del dolor y del miedo a la muerte; luego, casi susurrando con voz abemolada, le dijo:

—Morí tranquila, vaquita, que para vos ya no habrá más sufrimiento.

Diríase que casi milongueaba, como acunándola mientras el animal se desangraba. Se escuchaba el canto de las cigarras y el mugir lejano y disperso de la manada, como notas que se distribuían en el pentagrama de aquel viento melodioso que casi era un silbo. La res parpadeó inquieta varias veces, entretanto su anhélito se hacía pausado, sin hacer resistencia a la llegada de la muerte, miró a su verdugo con mansedumbre y, exhalando un bufido, expiró.

—Dormí, dormí —canturreó, sin dejar de acariciarla—. Vos ya estás en el Paraíso.

Sin prisas, se bajó el poncho y tomó asiento sobre el suelo, de espaldas al viento para que la vista le alertara de lo que no le diera alarma el olor, y llamó a Fierro a su lado. Luego, con la parsimonia propia de quien dispone de todo el tiempo del mundo, sacó un cigarrillo y lo prendió bajo el poncho, arrellanándose sobre el suelo para contemplar el cielo mientras fumaba.

La bóveda celeste estaba tan cuajada de estrellas que parecía imposible que cupiera una sola más. Parecía rezar mientras inhalaba con parsimonia el denso humo, perdiendo su vista o sus sueños en la inmensidad de aquel astrífero océano de mundos y soles.

—¡Carajo!, Diosito, sos de lo más inmodesto. Cuando te animás a hacer algo, lo hacés de una vez —soliloquió para sí... o para Él.

No era una desvergonzada blasfemia, a juzgar por el tono con que lo decía, sino una admirada oblación al Creador de Todo, por más que su visión de la vida fuera un tanto panteísta. Para él, Dios, era una especie de compañero del que era imposible librarse ni a sol ni a sombra, y con el que podía hablar de tú a tú sin temores ni recelos, como si lo hiciera con un amigo: el más íntimo de todos.

Sus achispados ojos viajaron por la negritud salpicada de luceros, como si redescubriera un nuevo aspecto de ese planisferio del universo que estaba más que harto de contemplar. Un cometa se deslizó hacia el Sur, dejando en su retina un fúlgido arañazo.

—Allá va un sueño —dijo—. ¿Qué pediré?... Ya sé: un poco de guita para mi vieja. Allá va otro. ¿Y ahora?... Ta: laburo para mi viejo.

Aún pidió dos o tres deseos más antes de consumir su cigarrillo. Tuvo memoria para su mujer y sus hermanos, pero se olvidó de sí mismo. En aquellos instantes, en aquellas noches en que salía a carnear una res, mientras contemplaba el cosmos con su espalda casi pegada al suelo no se sentía pobre, sino el más afortunado de los mortales, e incluso se placía en hacer recuento de haberes.

—La Rosa, Diosito, pronto me va dar un negro —decíase para sí con el corazón transido—, y él no será gaucho. Le sacaré de esta cagada y le mandaré a estudiar a Buenos Aires para que no sepa de estos rigores y estas hambres. Mis hijos no van a vivir así, cuatriando ni deslomándose por un mango. Vos, Diosito, me vas a ayudar en esto, ¿no es cierto?... Va a ser lindo el pibe, como mi viejo cuando chico, con ojos azules como el cielo de verano, e inteligente como mi Rosa, esa china que vos me dejaste en prenda.

Y quedó con la mirada tendida, recostada en la excelsitud, sintiendo que su sueño estaba listo para ponerse en pie e instalarse sobre el mundo, acaso siendo preciso que se engendrara primero en las estrellas antes de descender sobre la Tierra como una aparición mariana. De más sabía que su propósito era más que difícil que se cumpliera, pues por no tener, no tenía ni casa propia, y había de habitar con su esposa en la de los Luna, junto a sus padres y sus demás hermanos; pero de menos nos hizo Dios, y no había esfuerzo, por desmesurado que pareciera, que no se sintiera capaz de llevar a término, así trabajar como cuatrear, si es que el caso lo requería. La vida, tal y como él la veía, no estaba hecha para pusilánimes, y si debía cometer la venialidad de desposeer de una ínfima parte de su hacienda a quienes se alzaban con el santo y la limosna, pues la suerte estaba echada, así diera con sus huesos en un penal o en una fosa del camposanto. Lo que fuera, si era para librar a su familia de las garras de aquella necesidad con la parecían haber emparentado.

En estas estuvo hasta consumir su cigarrillo. Luego, sacudió la

cabeza, como espantando aquellos últimos acibarados pensamientos que se habían colado de rondón en su tronera, hincó la rodilla en la tierra, se echó el poncho a la espalda, abrió la frazada sobre el suelo y, tomando el facón con firmeza, pidió permiso a la res y comenzó a carnearla. Abrió su vientre y lo vació, y, luego, con quirúrgica destreza, separó del cuerpo del animal la pata posterior y los cuartos traseros. La una, la ató con firmeza a la grupa de Fierro, entretanto los otros los fue colocando sobre la frazada, la cual anudó por las esquinas y reforzó con cuerdas, una vez tomó lo bastante.

Ya estaba casi por quedar atada toda la carga, cuando el canto de un cacuy le alarmó, dándole aviso de otras presencias. Miró a su entorno precipitadamente, pero enseguida el olor le empujó en la dirección de donde venía el viento, y vio llegar en lontananza, a galope tendido, a dos o tres jinetes. No le dieron el alto, sino que hicieron varios disparos de carabina, pretendiendo tomarle por blanco; pero, él, dejando caer el fardo con la carne, metió el pie derecho en el estribo, se aferró de las crines de Fierro y, protegiéndose en el cuerpo de este, huyó de la estancia como alma que lleva el diablo. Hasta que alcanzó el camino que daba a Tres Algarrobos, una vez se supo a salvo, no montó como cristiano, girándose entonces hacia la distancia para comprobar que, tal y como suponía, los perseguidores se habían detenido donde la res sacrificada estaba.

¿Adónde nos conducen las prisas?... Detengamos el relato un momento para establecer los orígenes de los Luna, antes que la precipitación nos empuje a cometer errores que después pudiéramos lamentar. Las prisas no son buenas ni cuando se huye, de modo que dejemos al jinete por un momento que haga tranquilo y sin perseguidores su camino de regreso, y capitulemos cómo nuestro hombre dio en estas acciones, a primera vista reprobables, y, una vez tengamos toda la información, opte cada cual por el juicio que mejor le acomode.

Cuentan en Tres Algarrobos que fueron los Luna, si no los fundadores del pueblo, allá por los albores del siglo que recién ha concluido, sí sus primeros habitantes, pues el primero de ellos y del que arrancan todos los demás, Esteban Luna, creció en aquellas tierras de indios pampa. Este, a la sazón bisabuelo de nuestro hombre, era, como digo, indio con algunas gotas de sangre cristiana, y fue, además del primer habitante censado que tuvo la pedanía, quien cedió las primeras hectáreas para fundar el cementerio de la aldea, porque los pueblos de esta región arrancan desde este, piedra angular de una secular tradición, medio india, medio criolla. De ahí en más, y siguiendo a carta cabal los trazados

de los planos, nacían las calles formando cuadrículas, como si estuvieran dibujando las cuadrículas de un inmenso mapa; y, por último, sobre las manzanas, respetando amplias zonas para aceras y parte del predio para jardines o patios, se levantaban las casas, por lo común en una sola planta, salvo para aquellas familias de mayor acomodo, quienes lo hacían en dos.

En fin, en lo que al linaje de los Luna se refiere, Esteban, tronco del que nacen frondosas y secas ramas, casó con Benigna Santos, quien le dio seis vástagos: Donata, quien a su vez tuvo cuatro hijos; Jara, quien a marchó a vivir primero a Los Toldos y después a Buenos Aires; Gabina, quien tuvo cinco retoños; Ambrosio, quien casó con Zenobia y le dio doce criaturas; Juan, quien tuvo dotes de curandero, además de ser un experto semiólogo en la más pura tradición india; y Pedro Luna, rama de que la que nace el ramal que nos interesa.

Pedro Luna se casó con Decena Díaz, quien le dio tres hijos: Tito, Esteban y Luis. Tito Luna, quien fue el ojo derecho de su padre desde su alumbramiento, se casó con Higinia Valdés, a quien unos llamaron la Lechiguana y otros la Víbora, por su carácter rijoso y rebelde. Esta aportó dos hijos al matrimonio y le dio a Tito tres más, hay quien dice que de diferentes padres, hay quién, que siempre de Tito: Rubén, fruto de un matrimonio anterior, era el mayor; Ernesto, igual que el anterior y nuestro personaje, quien a su vez se casó con Rosa Repetti, con quien esperaba ya su primer descendiente; Jorge, el más apuesto y pendenciero, primer hijo natural de Tito; Lorena, la única mujer de todos, y la segunda hija del Luna; y Pelusa, el benjamín, de quien pocos conocen el nombre, aunque aún vive todavía y es joven, hay quien dice que el vivo retrato de su abuelo Pedro y del bisabuelo Esteban. Esta era el ramal de los llamados Lunas Malos y, al caso, la que nos concierne para nuestro relato.

Todos los Luna, sin embargo, ya fueran de las ramas buenas o malas de este árbol que hunde sus raíces en esas tierras mucho antes que Tres Algarrobos se levantara, eran los mejores gauchos que pudiéranse imaginar. Todos los hacendados recurrían a ellos para la labor, ya fuera para arrear ganado a la estación de tren, Cuenca, ya para trabajar los campos en cualesquiera de sus labores, pues pocos jinetes eran como ellos, y pocos, muy pocos, con su resistencia y maestría. Destreza que se diluía cuando estaban algo azumbrados, en cuyo trance eran más que capaces de cualquier cosa, así de entrarle al degüello limpito al que tuvieran más a mano, y sin que mediara provocación, como armar entre ellos una trifulca de mil diablos.

Empero, desde aquel Esteban Luna que creció como pampa, que

llegó a diputado y amasó copiosa fortuna, nunca más acompañó la suerte a ninguna de las ramas que de él brotaron, ya fuera por la afición de su descendencia a la grapa, al pecoreo o al juego, o ya por la mala cabeza de algunos de ellos y haber entrado en tratos con lo menos recomendable de su entorno.

En lo que a nuestra historia atañe, el declive definitivo de la rama que nos concierne tuvo su origen con Pedro Luna, quien quiso sobrepujar a su padre en hacienda, y para ello entró en relaciones con un Comisario llamado Martínez, allá por los años cuarenta, metiéndose en un cenagal de delincuencia de la que le fue imposible escapar. Lo mismo se metía en negocios de cuatreo para suministrar carne a las grandes tiendas de Buenos Aires, que desollaban reses a escondidas traficar con las pieles en las curtiembres que menudeaban por todo el país. En aquellos años Argentina era la cuarta potencia mundial y nadie en su sano juicio, habida cuenta de los haberes y riquezas que por todas partes asomaban, pensaría que alguna vez se podría venir abajo; pero ello es que no hay mal que cien años dure, y sucedió lo que nadie preveía, sacando de aquella teta, de la que todos mamaban, tanta sangre, que ahogó a más de uno.

Y así le sucedió a Pedro Luna, quien metido en tratos con malandros de tan baja estofa, no pudo dar marcha atrás cuando el Comisario Martínez le exigió la muerte de un rival, en un ajuste de cuentas muy al uso en aquellos años, pues por más que hubiera abundancia, el hampa siempre ansía el monopolio de su territorio. El caso, a qué negarlo, es que él no quería que la sangre asomara, porque en la tradición pampa la muerte llama a la muerte por tres generaciones, no pudiéndose detener mientras estas vivieran, y no quería condenar a su descendencia a esta maldición. Sin embargo, el Comisario Martínez fue muy claro: «O él, o vos. Yo no puedo dar ya un paso atrás ni para tomar impulso. Además, no te apurés, que apenas te metamos en cana, vos alegás defensa propia, y yo te pongo de patitas en la calle, que para eso soy la Ley.» Y era cierto.

Pedro Luna, puesto que tenía que elegir entre el otro y él, claro está, eligió al otro, quien además de todo era un amigo de la infancia. Así, una mañana en que caminaban a caballo, sin que mediara provocación alguna sacó su revólver y le abrió un ojal en la frente que lo dejó muerto en el acto. Pero si el comisario le prometió que le pondría libre en unos días, apenas justificara una supuesta legítima defensa, ello es que aquellos unos días se convirtieron en diecisiete años consecutivos en el penal de La Plata. Y, claro está, allí se abrió una fosa entre los funcionarios de la Ley y los Luna que tardaría tres generaciones contadas en cerrarse, por más que entre ellos menudearan los tratos, muchos de los cuales

semejantes a los que habían conducido a Pedro Luna a la lobreguez del penal.

Entró en la cárcel un hombre jovial, aunque atormentado por haberse visto obligado a asesinar a un amigo, y salió un criminal que no ocultaba su deseo de venganza. Hay muchos que vinculan el destierro a Buenos Aires del comisario Martínez con el intento de evitar la revancha; y muchos más los que vinculan la muerte del comisario a la venganza de Pedro Luna, quien, aseguran, se tomó la molestia de buscarle, encontrarle y faconearle hasta que pareció que le habían carneado, pues hasta el mismo corazón le arrancaron y se lo pusieron en su boca.

Oficialmente, claro está, nada de esto pasó, sino que cuando regresó a Tres Algarrobos se encontró con otro comisario, llamado Oyermal, y, acaso, este peor que el otro. Le apodaban Colorado por el estigma permanente que el alcohol había dejado en su semblante, y quien asumía todas las responsabilidades de su predecesor, tanto en lo legal como en lo ilegal, y aún con mayor dedicación y desvelo.

Pedro Luna trató de malmeter a sus hijos contra la Ley y sus policías, pero le ignoraron, que bastante tenían ya con lo que tenían, produciéndole tal tristeza que del resentimiento pasó a la enfermedad y de esta a la muerte, apenas diez años después de recobrar la libertad.

Muchos creyeron que fue la rama de Tito Luna la que heredó la maldición de este suceso, pero ello es que Tito era el ser más inocente del mundo, un tanto poeta, un tanto ensimismado siempre en sueños que no tenían más horizonte que confiar en la Divina Providencia, como si la fortuna o el bienestar fuera cosa de regalo, que cae del Cielo, así, sin más ni más, como si granizara.

A su esposa, Higinia, la Lechiguana, esto la sacaba de sus casillas, como vulgarmente se dice, y criaba mala sangre, no solamente con los demás, sino también con ella misma y con cuantos la rodeaban, pues el encarcelamiento y muerte de su suegro parecía habérselo tomado como algo personal. Hacía de Pedro Luna unos panegíricos que ya los quisieran para sí muchos santos consagrados, jurando a voz en grito a quien quisiera escucharla que no estaba rodeada de varones, sino de maricas, de mujeres que usaban vilmente atavíos de hombre, por no vengar el deceso de su ancestro.

Esta prédica constante y este mal carácter, hacían sufrir a Tito Luna como no puede imaginarse. Siempre estaba con su cantinela y su mal humor, y hay incluso quién afirma que aquí se afianzó su manía de concebir de cuanto forastero paraba ante su casa, a falta de hombres con redaños en ella, pues que tras de la muerte de Pedro Luna, solamente nació Pelusa.

Pudiera ser verdad, según sostienen sesudos historiadores que han pasado incontables horas investigando este aspecto, aunque no hay ningún análisis que lo verifique ni testigos que lo corroboren. Empero, lo cierto es que los cinco hijos la Lechiguana no podían ser más distintos: Rubén, el mayor, era más grueso que fornido y algo rechoncho, ojos negros, semblante diáfano y poco velludo, cabello liso, azabache y abundante, más amigo del trago que mujeriego, parco de palabra, pero con un sentido buen humor que le proporcionaba entre sus iguales y vecinos fama de ser entrañable, si no tenía unos vinos de más o estaba arrufado, en cuyo caso era un auténtico diablo que manejaba el facón con la misma habilidad que la alpargata, con la cual desbarató en no pocas ocasiones a temibles adversarios, técnica esta aprendida de su tío segundo, Teodoro Luna, quien más que famoso fue en este arte de combate, sobrepujando, incluso, a los que se le enfrentaron a cuchillo; Jorge, era todo un adonis: talludo y bien plantado, rostro alargado, de esos que parece que fueron esculpidos por un maestro griego, cabello castaño con abundantes mechas rubias, ojos azules de pícara mirada, insinuante palabra, donjuán empedernido y galán lo mismo de solteras que de casadas, a quienes no hacía ascos, habiendo quién dice que más beneficios obtenía de esta devoción que de su oficio en el campo, y con claras tendencias a la moda, hasta donde sus posibles le permitían, gustando ir siempre muy acicalado y ungido de afeites, pero manteniendo un genio que sabía ocultar tras una mansa sonrisa un auténtico diablo, que de un solo tajo era capaz de instalar en el cementerio a cualquier vecino, sobre todo si pronunciaban una palabra en exceso de los Luna, del abuelo Pedro, de su madre o de cualesquiera de sus hermanos; Lorena, no muy alta, cara más graciosa que bonita, rasgos achinados, era la viva imagen de Anahí, aquella princesita que dio origen a la Leyenda de la flor del ceibo, y quien era tan dulce y querida que, si no había constantemente a la puerta de su casa una docena de pretendientes persiguiendo sus favores, no era por falta de afabilidad y donosura, sino por temor de sus hermanos, quienes así que ofuscaran por cualquier motivo, bien pudieran hacer una escabechina con el más pintado; Pelusa, quien apenas era un niño que no levantaba dos palmos del suelo, pues contaba cuatro años, era lindo más que bello, piel cetrina, ojos como carbones, cabello como alambres sometidos a tizne y fuego y dientes tan en punta que si a alguien diera una dentellada, a buen seguro que le cercena algún miembro; y Ernesto, nuestro hombre, a quien ya anteriormente hemos descrito.

Gentes, como se ve, que poco o nada tenían en común, ni entre sí, ni con su progenie, a no ser el Pelusa, dando más la imagen de

conformar un epítome viviente de las razas que poblaban aquel rincón de La Pampa Húmeda, que miembros génicos de idénticos orígenes.

Vivía esta rama de los Luna, si es que así puede decirse, muy en los arrabales, junto a los campos que cedió el bisabuelo Esteban como primer cementerio del pueblo, en una amplia calle sin asfaltar. Su casa era una de esas levantada a ras de suelo con chorizo, una variedad de adobe conformado por barro y paja que se moldea en tiras largas y redondas que le dan su nombre, las cuales se insertan unas sobre otras, en varas que arrancan del suelo y sustentan la techumbre de juncos. Debido a los fuertes vientos pampas estas construcciones se levantan con doble muro, generando un espacio entre el interior y el exterior de unos treinta o cuarenta centímetros, el cual utilizaban lo mismo para guardar viandas o enseres que para esconderse de la policía cuando esta acudía a buscarles, acusados de alguna pifia.

Allí, en una dependencia única de lo más séptico que juntaba alcobas con cocina, sin separaciones interiores que dieran privacidad a cualesquiera de los actos que la rutina doméstica impone a los miembros de una familia, vivían, se alimentaban, dormían y procreaban, todos revueltos como lechones, siendo más un mechinal que lo que impropiamente diéramos en llamar una residencia. Por los muros colgaban toda suerte de trebejos: carabinas, útiles de cocina, ropa diversa, arreos y hasta había espacio para pequeñas garambainas y dos estampas enmarcadas de pájaros, que hacían el ambiente asfixiante y sobrecargado. La planta era cuadrilonga y, a mayor abundamiento, diminuta, en cuyo ámbito se repartían sin orden ni concierto tres yacijas —una, ocupada Tito, su esposa y Lorena; otra, por Ernesto y su consorte; y la última, por los otros tres hijos varones—; al frente y a la derecha de la entrada principal, respectivamente, había dos cómodas y un aparador, desvencijados y desconchabados, a los cuales faltábanles varias gavetas y dos puertas; a la izquierda, tenía su emplazamiento un fogón de esos de hierro fundido, de los que se alimentan de leña y carbón; en el centro, se ubicaba una mesa de roble, en no muy buen estado y siempre con un hule a cuadros rojos y blancos tendido, cercada por seis sillas del mismo material que no se responsabilizaban desde hacía tiempo de quien se confiara a ellas; al frente, junto al aparador, había un arcón de madera de haya con herrajes de bronce que contenía buena parte del ajuar familiar; y en la esquina de la derecha, tenía su asentamiento un mueble bajito con un televisor, de esos receptores en blanco y negro de antena orientable, que no cesaba de funcionar en todo el santo día, pese a que en la pantalla abundara la nieve, tanto en lo más crudo del

invierno como en lo más tórrido del estío.

Pese a lo reducido del espacio, la abundancia de enseres y la multitud de moradores, movíanse entre tanta cochambre los convivientes con envidiable soltura, sin molestarse o tropezar, a no ser en la noche, cuando todos tendidos en sus camastrones, apenas si dejaban lugar para poner un pie en el suelo. Si durante el día lo más significativo era la tufarada que dominaba el ambiente, en las horas de descanso era prácticamente irrespirable. Y es que la higiene no era, desde luego, una virtud que a todos los miembros de la familia abarcara, pues solamente Rosa y Lorena entre las mujeres, y Jorge y Ernesto entre los hombres, solían poner algo de mundicia en su cuerpo de tanto en tanto, en la ducha que había en la parte posterior de la vivienda, levantada de segundas cuando Rosa fue a vivir con ellos; los demás, lavábanse esporádicamente, mas hacínalo como corren los gatos por las ascuas.

Gustaban los hermanos, los tres mayores, en ir juntos a pecorear los fines de semana al Club de Pelota o al de los Verdes, donde solían concurrir la mayor parte del gauchaje. Mas, habida cuenta de su carácter, casi nadie quería entrar en tratos con ellos, así los varones, que sabían que a su lado la vida podía estar en un fil, como las mujeres, quienes, aún a pesar de no haber demasiados hombres y menos aún atractivos, preferían no tentar al destino, a no ser en esas escaramuzas amorosas que, a escondidas y ocasionalmente, mantenían algunas con Jorge, o aún en el pasado con Ernesto.

Los pueblos son un conventillo grande donde todo se conoce de todos, y donde el rumor y las lenguas ociosas son lupas mal talladas que todo lo distorsionan y descabalan. Así, aunque mucho había de verdad en el temor que los vecinos tenían por los Luna Malos, no todo lo que llevaba la corriente era agua, sino que menudeaban las invenciones maliciosas como guijarros del tamaño de ruedas de molino, que metían más ruido del que la verdad desnuda produciría.

Fuera como fuese, allí acudían los sábados por la noche, y allí, aislados, hablaban los Luna entre ellos, bebían hasta caer redondos o provocaban a sus vecinos, llegando incluso a entretenerse tirando el facón contra los pilares de madera o la barra, sin herir a nadie, pues manejaban el cuchillo como si una prolongación de su cuerpo fuera.

Tito Luna, su padre, estaba en tratos con los Hermanos Pagán, quienes suministraban a los Almacenes Croto carne procedente del cuatreo que realizaban él y sus hijos, organizados por el Colorado. Este, incluso, llegó a encarcelar a otros indomables de Tres Algarrobos para encubrir sus maniobras, como a los Testa o a los

Rías, pendencieros de los más ariscos que lo mismo cazaban avestruces a boleadora que acuchillaban a un compadre por un quítame allá esas pajas.

Así, con cierta cobertura o consentimiento por parte de sus protectores, los hermanos Luna hacían sus pifias sin temor a denuncias, y bien sabían sus semejantes que estaban en un mano a mano del que, o mediaba un asunto de honor en el que la sangre fuera un mal menor, o más valía no responder a sus desafíos, soportándolos... o marchándose a otro lugar.

Si algo había de encomiable en esta particular cuadrilla, era su lealtad. Podían andar a la rebatiña entre sí como podencos por un hueso, armándose en su casa unas bataholas de padre y muy señor mío en las que parecía que la sangre iba a correr de un momento otro, pero en las que nunca llegaba esta al río; y, sin embargo, si alguien arremetía contra cualquiera de ellos, así fuera de palabra, apartaban sus pendencias a un lado como si fuera un tic, se iban a él y eran más que capaces de hacerle tajadas sin que su conciencia les recriminara en lo más mínimo. Ante y sobre todo, para ellos lo primero era la familia, por más que esta fuera, como ya hemos relatado, lo más parecido a un país europeo, todos divididos en tendencias, gustos y propósitos.

Perla escasa, como se ve, entre tanta cochambre y vicio, pero suya por mérito propio, y por ello mismo no debemos minusvarolarla, pues rutilaba entre sus muchos defectos con inusitado esplendor. Y por esta misma lealtad entre sí y con su padre, si se había de cuatrear, hacíanlo sin recelo y con entusiasmo, no planteándose siquiera la idea de la negativa, aunque no obtuvieran de ello más que unos pesos que en ningún momento les sacaron de la miseria más solemne. Por este motivo, de tanto en tanto habían de carnear una res a hurtadillas de los hacendados y de sus propios compinches, pues ni el trabajo les daba últimamente para sostenerse, sobre todo tras las cosechas, cuando no había estancieros que les emplearan, y, aún cuando lo hacían, era solamente por el sustento de la jornada.

Tito, era un gran soñador, tendencia esta que solamente heredó Ernesto; a los demás bastábales con el día a día, y con ello ya tenían bastante. Esto les convertía en seres extremadamente peligrosos, pues nadie lo es más que aquel que no teme perder su propia vida, y esta, para ellos, era más un Calvario que un Edén, pareciendo que vivían con el equipaje hecho, listos para partir de este mundo como quien se libera de una condena.

Él y su hijo Ernesto, sin embargo, sí que soñaban con paraísos que imposible era que se dieran sobre la Tierra, negándose a la certeza de una existencia que les mostraba un destino de rigores

extremados y sufrimientos continuos, el cual parecía complacerse en quebrarles sus ilusiones como si fueran cañas secas. Pero eran obstinados y resistían las imprecaciones de sus respectivas esposas con un mucho de eclecticismo, como diciendo: «Pobres, no les dio mi Diosito ojos para ver», cuando a todas luces eran ellos los que estaban ciegos como topos.

Conocidos los antecedentes de la rama que nos ocupa, y sin renunciar a regresar más adelante a páginas del pasado para perfilar algunos aspectos que precisaran mayor detalle, estamos ahora en condiciones de saber a qué atenernos. De modo que continuemos con el relato por el punto en que lo dejamos.

Estaba por decir que Ernesto llegó a galope tendido al hogar de los Luna, que descendió de su caballo apresuradamente, cuando aún este no se había detenido del todo, y que se apresuró a desensillarlo y descargar la pata de la res, dando voces a quienes en el interior de la casa estaban para que le auxiliaran en la maniobra.

Al oír la demanda, salieron de la casa su padre y sus dos hermanos, Jorge y Rubén, mientras desde el umbral su madre dábales órdenes que, a primera vista, no parecían precisar. Cargaron la carne y la entraron en la casa, desensillaron a Fierro y le mandaron con los demás caballos, y entraron todos al interior en un santiamén, como si fuera cosa de rutina que para nada precisaba de que nadie gobernara sus movimientos.

Cuando Rubén entró con la pata de res acuestas, Lorena y Rosa ya habían desplazado el arcón, arrastrándolo con no poco esfuerzo, dejando al descubierto una fosa que comunicaba el interior de la vivienda con la cámara que había entre los muros. Jorge se metió en ella, tomó la carne y con dificultad la pasó al otro lado. Una vez dentro, la apoyó sobre el muro y la envolvió en un cuero tundido impregnado de grasa de armadillo, para evitar que los perros o la policía pudieran rastrearla.

En estas estaban, cuando las luces centelleantes de una patrulla les advirtieron de la presencia de la policía. Ernesto, sin decir ni mu, se precipitó en la oquedad del suelo y se escondió en la cámara, entretanto Jorge y Rubén empujaron de nuevo el arcón para ocultar el pasadizo y la Lechiguana escobilló el suelo sin pavimentar para ocultar las marcas que hizo el mueble al arrastrarlo.

Apenas concluida esta maniobra, Tito salió al umbral y esperó a que se acercaran a él los policías, quienes ya abrían la tranquera que separaba su dominio del resto del mundo, yendo a la cabeza el Colorado.

—¿Qué le trae de bueno, comisario? —inquirió, llevándose a los labios un cigarrillo, prendiéndolo, inmoto bajo el dintel de la puerta.

—¡Ya sabés qué me trae, chorro! —replicó este con mal talante, mientras avanzaba hacia él escoltado por dos agentes uniformados.

A dos pasos del anfitrión se detuvo, y se quedó mirándole con desfachatez, casi desafiantemente. Tito no mostraba conturbación alguna en su semblante y fumaba con parsimonia, como si aquella imprecación no fuera con él. Ambos se respetaban, pero no se temían, sabiendo cada cual que tenía al otro más que bien amarrado, pues no en vano eran cómplices de fechorías, y, a la vez, sicarios de los hermanos Pagán.

El Colorado le recorrió con la vista al gaucho. Era un hombre que ya había saltado los cincuenta, corpulento, pero de no gran estatura; vestía ropas que ya no les restaban instintos de vestidura: pantalones de paño con mucha mugre y uno o dos sietes, camisa de no muy cierto color, aunque diríase que blanca, y alpargatas de lona negra con suela de esparto, las cuales se amarraba con cordones poco más arriba del tobillo; su piel era cetrina, aunque más por efecto de las inclemencias que por ser oscura, pues su cabello castaño y la abundancia de pecas atestiguaban que más sangre cristiana que pampa corría por sus venas, y sus ojos claros, de un azul que se aproximaba mucho al del cielo en primavera, desdecían cualquier atisbo indígena; de semblante más bonachón que venerable, lucía un copioso bigote, cuyos bordes no se perfilaban en exceso, confundiéndose con el azuleo de una barba de varios días sin rapar; peinaba canas en el cabello que le restaba, y menudeaban tanto en su rostro como en el resto del cuerpo, el cual estaba cubierto de tal cantidad de vello que diríase que lo criaba. Sus manos eran hoscas y grandes, de esas que uno no quisiera tener por adversarias en una riña, curtidas, encallecidas y con numerosas marcas, cicatrices y erosiones producidas por la dureza de su trabajo, aunque llevaba ya casi dos semanas que nadie requería sus servicios como peón. Sin embargo, a pesar de su hosquedad aparente y del desparpajo con que enfrentaba al Colorado, infundía sensaciones más angélicas, si es que uno superaba sin ascos esta primera y desagradable impresión. Sus ojos, bien se echaba de ver, pertenecían a un soñador empedernido, de esos que se pasan el día constriñéndolos como si vislumbraran una quimera, o como si las numerosas arrugas que los circundaban fueran el estigma que producen las lágrimas por lo inalcanzable de ellos; sus labios, carnosos y cuarteados, tenían una apostura impropia de su condición de miembro del gauchaje, por más que sus orígenes fueran algo más afortunados que el mechinal en que la vida le había instalado; y su cabello, escaso y despeinado, más parecía pertenecer a un adolescente que aún espera portentos del porvenir que a un hombre doblegado por el fracaso y entregado sin condiciones en los

brazos de la derrota.

También él se detuvo un instante en contemplar a su interlocutor. Era este un hombre que esfuerzo y temor costaba contemplarle de una vez: alto y de gran empaque, más daba la imagen de un titán transido que de un fiel servidor de la ley, siempre enfundado en un traje mil rayas vestido con exquisita pulcritud, con chaleco y corbata, y el rostro medio agazapado bajo un sombrero de ala estrecha, muy al estilo porteño; su piel era lechal, con excepción de la del rostro, cuyas vivísimas encarnaduras mostraban sin ambages su afición y natural propensión a cualquier cosa que tuviera tufillo a alcohol; su semblante era de facciones duras y desagradables, más feo que desangelado, por más que siempre fuera bien rapado y mejor afeitado, pues su nariz de nada menudas dimensiones y sus labios finísimos, dábanle imagen como de andar en tratos con el vicio y el cinismo desde que fuera alumbrado—seguramente por partenogénesis, si es que había salido a su madre—, y sus diminutos ojuelos parecían espiar desde el fondo de los cuévanos en que estaban ubicados, relumbrando con un vivísimo brillo que daba carta de naturaleza a la maldad y a la falta de escrúpulos que todos en Tres Algarrobos le suponían; sus manos gustaba llevarlas siempre en los bolsillos, donde empuñaba con su mano diestra una navaja automática de gran tamaño, con la que se entretenía en amedrentar a quien no le mostrara el respeto que exigía, que pudiéramos establecer con mayor justicia en el terreno de la sumisión que el de la cortesía, pues nunca hubo tanto muerto en el pueblo por intento de agresión a la ley como desde que él llegó allí, tras el traslado del comisario Martínez, de quien ya hemos dicho lo bastante; su cabello era escaso y taheño, cuyo color, unido al de la piel de su rostro, sirviole para recibir el apodo con que todos le conocían y nombraban, si bien, a excepción de aquellos con quienes compartía complicidad de delitos, se abstenían de hacerlo en su presencia; y lucía un copioso mostacho, perfectamente recortado, pero que se extinguía en seco en la comisura de los labios. Servíase tanto de su cargo como de su carácter hosco y violento para alimentar su natural propensión al pecado, cualquiera que este fuera, pero ocupando lugar de privilegio sobre los demás su tendencia a las mujeres, las cuales le atraían, no tanto por su naturaleza afable y delicada como por aplacar su mente pervertida, que más satisfacción hallaba en la extravagancia, si no en la depravación, que en la delicada sensualidad de su condición femenina. Su palabra era firme y serena, pero dotada de un tonillo homófono, suficiente por sí mismo para sacar de sus casillas al más pintado, escondiendo en una aparente pusilanimidad un carácter infernal que era más que capaz

de resolverse, en un decir ¡Jesús! Y por según qué causas, con un navajazo o descargando un balazo de la Mágnum que cargaba en su pistolera, bajo la chaqueta. Con el mismo tono podía preguntar la hora como advertir a quien se dirigiera, de que ya le estaban por preparar el último recinto para llevarle al cementerio, sin que en su semblante o en cualquier otra parte de su cuerpo se apreciara distinción alguna por consecuencia de la disparidad de emociones que debieran evidenciar la promulgación de tan distintos mensajes. Hombre de ideas extremas, bien se echaba de ver por sus modales las trazas de un aventurero frustrado, quedando reducido al mayor fantasmón que jamás se estableció en la comarca.

—Vení, Tito, que quiero tener unas palabras con vos —le dijo, yéndose a un lado de la casa, hacia donde estaban los caballos.

Tito le siguió sin decir palabra, fumando con relajo. Se metió el Colorado entre los caballos, acariciando a alguno de ellos, hasta que se detuvo junto a uno negro trastrabado, Fierro, el cual tenía aún las bridas puestas y el cuero traspirado entre las manos y el pecho. Sin decir palabra, le tomó una mano, la levantó, sacó su navaja y hurgó en la copa del casco, arrancando tierra negra como la que no había en el predio de los Luna. Luego, soltó la mano del animal, se agachó, tomó el rebujo de tierra y lo deshizo con los dedos, poniéndose en pie y encarando a Tito.

—Viejo —le dijo, sin mirarle, mientras deshacía el terrón—, no me jodás o seré yo quien te gane por la mano. Mirá, si vos o cualquiera de tus hijos vuelve a carnear una res sin mi permiso, lo voy a estacionar en el cementerio de los Luna, para saber que no me va a desobedecer más, ¿estamos?

—Colorao —se justificó Tito—, también nosotros hemos de comer, que en estos tiempos que corren todo es como pan bendito. Te vengo reclamando la guita que me debés desde hace meses..., y ahora no hay laburo. No ganamos un mango desde hace varias semanas, y, ¡pucha!, hay muchas bocas en la casa.

—¡Pues te jodés, carajo! —cortó con displicencia, echando de sus ojuelos andanadas de luz negra como la muerte—. Tampoco a mí me dieron lo mío los Pagán, y no ando cuatreando reses para comer.

—Pero vos tenés paga...

—Pues si vos y los haraganes de tus hijos no la tienen, se cagan de hambre y listo. Mirá, Tito, que esto no es joda, no me hinchés. La cagaron bien metiéndose en la estancia de los Efraín, y me han venido con el cuento; de manera, que no me queda otra que meter en cana a alguien, ¿viste? Mirá, en este caso le voy a joder a uno de los Rías; pero la próxima, o vos o uno de esos perros que tenés por hijos..., al camposanto, ¿entendés? Al camposanto, ¿me explico

bien?...

—Está bien..., pero nuestra plata, ¿cuándo nos la darás?

—Nuestra plata, nuestra plata —coreó—. Vos tendrás la plata cuando a mí me salga de las bolas, ¿cierto?... Y eso de que es tu plata... Vos no tenés más que lo que yo te consienta.

—Pero la precisamos, Colorao..., ¡carajo!, que hemos de comer.

—Está bien, está bien; dejá ya de joder con ese lloriqueo, que parecés una mujerzuela. Mañana vienen los Pagán, y se la reclamaré, ¿conforme?

—Conforme —dijo Tito, y sin más, comenzó a caminar hacia la casa.

—¡Ah, Tito! —le chistó—. Estad listos para mañana, que seguro que tendrán que hacer una faena en la estancia de La Lora. Hoy hablé con ellos por teléfono, y me dijeron que van a ser necesarias como cuarenta cabezas.

—Primero la plata..., y luego hablaremos.

El Colorado, como si le hubieran puesto pimienta en las venas, arrancó como una saeta y detuvo a Tito por el camino. Le tomó de la hombrera, le giró frente a sí y sacó su navaja, poniéndosela en el cuello.

—Mañana harán lo que les he dicho, gaucho conchudo.

—Primero la plata, Colorao, y luego no cuatriaremos más por mil pesos la cabeza, sino por dos mil —replicó este sin alterarse en absoluto.

—¡Viejo pelotudo!..., no me jodás o te voy a tener que secar.

—¡Bajá eso, hijo de la gran puta, o te reviento! —advirtió Jorge desde la ventana, encañonándole con una carabina, al tiempo que Rubén salía de la casa hecho un basilisco, armado con un facón como la espada de un romano.

Los policías que esperaban a la puerta de la casa, viendo salir a este y el gesto de fiereza que se imprimía en su semblante, trataron de sacar sus armas reglamentarias, pero una voz de Tito vino a traer algo de sensatez en lo que ya parecía el inicio de una contienda.

—Pará, Rubén: quedate quieto. Y vos, Jorge, templá el pulso, que no pasa na. Es solamente que al Colorao le dio un nervio; pero ya se le pasa, ¿no es cierto?

—Un día, viejo..., un día...

—Un día..., na, Colorao, que ya nos conocemos. Vos me das mi plata, pagás dos mil pesos por cabeza a partir de mañana, y to sigue en calma; pero si vos tratás de jugármela, recordá que acá no hay mancos.

—Un día me vas a llenar el tarro, y voy a tenerte que dar una lección: ¡te lo juro!

—¡Muchas lunas para un solo gato! Tené presente al Martínez —

subrayó Tito, al tiempo que se giraba y ponía rumbo hacia la casa, ignorándole, mientras aún resonaba en los oídos del comisario esa referencia a que, de ser verdad su amenaza, más le valía acabar con todos los Luna, o sería él quien a ciencia cierta correría peligro por más lejos que se fuera.

Pasó ante los dos policías que mantenían sus manos en las pistoleras, tomó a Rubén por el brazo y se le llevó adentro, quien mostró disgusto por no permitírsele hundir su facón en cualesquiera de aquellos uniformes, y cerró la puerta detrás de sí; pero solamente cuando los tres policías subieron al automóvil y se fueron, se vio que Jorge se retiraba de la ventana y desamartillaba el percutor de su carabina.

Grave murmurio de gentes que hablan a un tiempo se escuchó desde fuera, y movimiento de muebles; pero mientras esto pasaba, sobre la techumbre de la choza se levantó recia columna de humo gris, que restalló contra inconsolable negritud del cielo como si fuera de plata, anunciando que los Luna, esa noche y algunas más, tendrían el estómago lleno y fuerzas bastantes para llevar adelante la machada formidable de la vida.

2 — Entre malevos

Efectivamente, el día siguiente llegaron los hermanos Pagán en su Mercedes blanco; pero no se alojaron, según era su costumbre, en el único hotel que en Tres Algarrobos había, sino que optaron en esta ocasión por mantener un breve encuentro con el Colorado en el Club de los Verdes, primero, y más tarde, según se dieran las cosas, marchar a General Villegas, donde pasarían la noche y tratarían otros asuntos de su incumbencia.

El encuentro se desarrolló sin trabas ni cortapisas, dando la impresión de que era un mero trámite, hasta que el Colorado puso sobre la mesa las pretensiones de los Luna. En ese momento, Jacinto Pagán, el mayor de ambos, descargó un golpe duro y seco sobre la mesa que atrajo sobre sí la atención de los escasos parroquianos que allí había.

Era este un hombre de tez blanca y sanguínea, grueso como un cebón y con una papada como un sapo, la cual le caía sobre el nudo de la corbata, casi emboscándolo. Siempre ensopado en un hediondo sudor, que enmascaraba con desproporcionados ungimientos de costosos perfumes, los cuales por sí mismos hubieran bastado para aromatizar un estercolero, enjugábalo continuamente con un pañuelo de lino, y aún a pesar de eso la traspiración dibujaba mapas en toda su geografía. Que era un tumbaollas de primera división, era algo que saltaba a la vista, no había más que fijarse en su continente zaborro y algo abofado y aquella boca inmensa, que bien se echaba de ver que era la más inconsolable tragadera de toda La Pampa; lo que más costaba adivinar, sin embargo, es que era un ventajista de padre y muy señor mío, pues pocas personas había que supieran sacar partido como él de cualquier debilidad de aquellos con quienes trataba. De hablar reposado, a causa de su apnea, y de modales algo adamados y mojigatos en apariencia, sabía esconder tras una infatuada civilidad un temperamento de mil diablos que, ante cualquier divergencia ante sus postulados, se resolvía con los más deleznables

modales y un vocejón que era preludio de su sevicia, si es que el disidente continuaba en sus trece. Era, por hacer un símil, una especie de licántropo: cortés y amansado cuando estaba bien comido, mejor dormido y espléndidamente alabado, y un energúmeno como la copa de un pino cuando se le llevaba la contraria, tenía hambre o no estaba descansado como un buen cristiano. Había de pasar sin detenerse por los ciento veinte kilos, y aún llegar bastante más lejos, aunque no levantaba gran talla; las manos, de una mundicia exacerbada y de reciente manicura, siempre las llevaba ornamentadas con anillos de oro de muchísimos quilates, en los que había engastadas distintas piedras preciosas, dominando los rubíes sobre los zafiros; la panza, que caía como un alud sobre la entrepierna, daba pronto aviso de su llegada, pese a que utilizaba faja para represarla; las piernas, teníalas como gorros de Merlín, pero invertidas, pues siendo de tobillo delgado—para lo que su volumen representaba—, ello es que no podía unir de rodilla para abajo ni con prensa, ni separar de rodilla para arriba ni con gatos hidráulicos; el cráneo, mejor de cabezón que de macrocéfalo —vale la expresión por el doble sentido—, dominado por un calvatrueno que iba montando su régimen absolutista, el cual cubría, incluso cuando estaba bajo techado, con un sombrero flexible de ala estrecha con fajín de raso, a juego siempre con el resto de su indumento; y vestía por lo común trajes a la medida—no le quedaba otro remedio—, en primavera, como ahora, casi siempre de alpacas o muselinas, en color blanco o marfil, camisa blanca con los puños abrochados por gemelos de oro con sus iniciales, y corbata de seda de colores escandalosos, de esas anchas y de nudo grueso, que siempre le quedaban a la altura del esternón por imposibilidad de los brazos de llegar más lejos. Su facha, era la de un auténtico adefesio, la de un espantajo orondo y jactancioso que no tenía quién le dijera las cuatro evidentes verdades de su apariencia, sin duda a causa de que solamente la adulación consentía en su entorno. Y esto era así, porque si en estado de reposo—por mejor decir, sereno y a solas o hablando en privado con su hermano—, parecía un hombre de temperamento afable y trato bondadoso, apenas se le conocía, uno comprendía enseguida que se enfrentaba a un carácter rijoso y violento, partidario enfervorizado de la más deleznable acedía, para quien sus ruegos eran irrefutables órdenes, salvo que uno quisiera ser extornado del mundo de los vivos al de los que celebran su onomástica el primero de noviembre.

En realidad, ambos hermanos, Jacinto y Alberto, eran algo más que una réplica, pues su parecencia no se circunfería a sus rasgos, sino que abarcaba también a su compostura, además de vestir como

si fueran gemelos, cuando más de diez años les separaban. Sin embargo, la constante proximidad de ambos, la cual se remontaba a su primera infancia, hízoles parecerse en todo, ya fuera en su semblante vultuoso como en el finísimo y perfilado bigote que corría como si fuera una fila de hormigas el labio superior. Así mismo, los dos tenían un carácter visceral e iracundo, necesario por otra parte para tratar con las excrecencias sociales con que solían hacerlo para realizar sus negocios, casi todos ellos relacionados con el matute y los suministros, ya fuera de grasas provenientes o destinadas a Bolivia, en Salta y otras provincias del Norte, ya al cuatrerismo con que abastecían numerosos comercios y cadenas de alimentación de Buenos Aires. A los primeros, dábanles por mantecas aptas para el consumo humano cualquier cosa que tuviera la viscosidad suficiente, así tuvieran que mezclar parafinas o cremas cosméticas con aceites de vaya usted a saber qué; y a los segundos, proporcionábanles carne a precios irrisorios, en cuyo tráfico compartían beneficios con gobernadores, intendentes y policías, quienes oportunamente sabían dónde no mirar para enriquecerse sin moverse de sus asientos. Poco era lo que les diferenciaba, a no ser la tendencia de Jacinto, el menor, a llevar la voz cantante, siendo intérprete hasta de los pensamientos de su hermano, a quien no tenía empacho en interrumpir y hacerle callar, así abriera el pico. Comportábanse como un matrimonio, en el que Jacinto ocupaba puesto de varón y Alberto de mujer, en el decir de quienes bien les conocían, no poniendo nadie en duda que entre ellos había proximidad más íntima de la que aparentaban, o, por mejor decir, la única duda que había era la de que fueran hermanos, por más que la parecencia entre ambos supusiera un acta notarial. Y es que Alberto era, si no afeminado, sí algo amanerado, aunque también tenía unos arranques de tanto en tanto que hacían temblar al mismo Misterio. Sin embargo, salvando esas contadas ocasiones en que se ofuscaba y perdía la compostura, su natural era de una urbanidad notabilísimamente superior a la de su hermano y socio, además de ser mucho más perspicaz.

—¡Jamás pagaré a esos negros de mierda dos mil pesos por cabeza! —juró Jacinto vehementemente, arrellanándose sobre la silla de metal pintada de verde en que estaba sentado.

—Baje la voz, Jacinto, no me joda, que acá las paredes oyen —le aconsejó el comisario.

—¡Yo grito lo que se me canta, Colorao! —alegó con displicencia, llevándose la taza de té a los labios y sorbiendo con mujeril afectación, manteniendo el dedo meñique estirado como si estuviera entablillado—. ¿Vos no entendés, verdad?... Claro, claro: ¡por eso sos nada más que un milico pelotudo! ¡Pero si a ustedes les

hacen un test de inteligencia para, al que saque nota, impedirle que lo sea. Mirá, Colorao, lo diré despacito para que lo entendás: no es por los dos mil pesos, que con eso yo me limpio el orto, sino por disciplina: por dis-ci-pli-na. A esos negros, como no se les mantenga a raya, se te suben a las barbas, y pronto serán cuatro mil, y luego ocho mil..., y, ¡pucha!, este es mi negocio, ¿entendés?: mi ne-go-cio.

—Ya..., te entiendo.

—¿Cómo te entiendo, boludo?... Y decime, ¿cuándo vos y yo hemos comido en el mismo plato para que me tuteés?...

—Quise decir...

—¡Mierda! Quisiste decir, ¡mierda! Vos, pelotudo, me llamarás don Jacinto, o me haré unos abalorios para mi collar con tus bolas, ¿entendés?

—Está bien, don Jacinto —se apresuró a corregir el comisario, visiblemente conturbado—. Le pido disculpas. Solamente es que..., no sé...

—¡Basta! Pero, bueno, ¿qué pasa acá?... ¿Es que estoy rodeado nada más que de boludos y patanes? ¡Yo no me banco esta mierda!... ¡A mí me da algo en el día de hoy!...

—Tranquilo, Jacinto, que sabés que no te conviene alterarte en esa forma —se apresuró a intervenir Alberto, dándole cachetitos en el pecho, y enjugándole el sudor que copiosamente le caía por la frente.

—Y vos, ¡trolo de mierda!, déjame en paz y metete tus consuelos en los... bolsillos. No se hable más: ni un peso a la suba para esos forros. Y si se ponen cancheros, me los bajás. ¿Entendés, Colorao?: ¡me-los-ba-jás!..., y pones sus jodidos cadáveres bien a la vista para que se los coman los peludos.

—Con todos los respetos, don Jacinto —redarguyó el comisario, sin mirarle directamente a los ojos, conocedor como era del execrable genio que tenía—, esa gente es brava... y, por otra parte, necesaria. Sin ellos, habría que buscar a otros que hagan el laburo, y eso no se hace de la noche a la mañana. Perderíamos muchas operaciones, y no nos conviene. Además, podrían...

—¿Qué carajo podrían, Colorao? —le increpó fuera de sí—. ¿Aún no sabés con quién te la estás jugando, milico de mierda?... Acá, las que mandan son mis bolas, ¿entendés?... Y, o vos hacés sin gambetear lo que mando, o a vos mismo te trepanan, así por delincuente como por subversivo, que buena mano me gasto yo con los de la Armada, ¿o no lo sabés?... ¡Nunca más, Colorao, me digás qué o qué no he de hacer con mi plata o con mis negocios, que vos no sos más que un laburante de este comercio, y todos los días me desayuno media docena como vos!... ¡Nuca más o...! ¿Qué han de hacer: demandarme?... Y, ¿a quién, Colorao, si el Gobernador come

de mi mano, lo mismo que el intendente y hasta los mismos jueces?... ¿Qué otra cosa van a hacer: matarte a vos?... ¿Y qué, si lo hacen?... ¡Ya pondrán otro comisario pelotudo! Me importa una mierda lo que hagan, porque los tengo más que amarrados de las bolas. Que no se me amotinen y que obedezcan, por la cuenta que les tiene..., decíselo. Bueno, lo dicho: a esos negros, ni un centavo de más. Te las arreglas como querás. Y si son bravos, más corajudas son mis pelotas. ¿Qué hay que buscar otros?..., pues los buscás, ¡carajo! ¡Qué mierda me importa a mí perder cien mil pesos o un palo verde!... Lo primero, acá, son mis pelotas, y de mí no se ríe un gaucho de mierda. ¡Pues faltaría más!...

Y descargó otro golpe sobre la mesa que derribó el servicio de té y las tazas. Luego, con la apnea ahogándole y el rostro congestionado por el calor y la ira, quedó mirando al comisario con sus ojos exoftalmos y los pulgares de ambas manos metidos en las faltriqueras del chaleco, entretanto el Colorado mantenía la cabeza baja y Alberto, con las piernas cruzadas, le echaba una borreguil mirada a su hermano por la que se parecía desangrarse de admiración.

—Como usted manda, don Jacinto, se hará —aceptó el comisario, obsecuente en apariencia, aunque ganas le daban en su interior de sacar su navaja del bolsillo y despanzurrarle como a un verraco, que la sangre paracíale que se había convertido en metal fundido.

—Así me gusta, Colorao —condescendió, ocultando su belicosidad con una amplia sonrisa y dándole una palmada en el hombro—. Y no te apurés, hombre de Dios, que esos negros son muy plantados cuando tienen enfrente a un jodido pelotudo como vos al que le tiembla el pulso; pero cuando ven firmeza... se cagan.

—Usted no los conoce bien, don Jacinto: ¡son la peste!

—La peste, la peste —coreó—. Mis pelotas sí que son la peste, amigo Colorao. De modo, que mientras ellas te protejan, quedate tranquilo y no tengás temor a reverenciarlas, que en ello te va el cuello... y más, porque si un día dejaran de esconderte... En fin, no pensemos en cosas desagradables, y a lo nuestro. Esta noche, a eso de las dos, irán cinco camiones a La Lora: encargate de que esos metan cien cabezas en ellos, y a otra cosa. Ya me ocupé yo de que los hacendados tengan que estar en Buenos Aires; de modo que solamente resta que vos hagás lo mismo con los capataces y les mandés venir al pueblo esta noche con cualquier excusa. Y, ahora, para celebrarlo, nos vamos a tomar una grapita, ¿conforme?...

Con una ostentosa cabezada, que por un momento pareció que iba a salir despedido el cráneo y arrasar con el botellero que había del otro lado de la barra, el comisario vino a aceptar el plan,

mientras en su magín urdía una treta para echarse a las barbas el gato del otro asunto, tanto más arisco que este: el del dinero que les adeudaba. Y no había comenzado aún a inteligir una estrategia, cuando el diligente camarero se acercó a la mesa con la botella y los vasos que a viva voz le había ordenado don Jacinto, y se dispuso a servirlos.

—Vos, mozo, no escuchaste nada de lo que acá se ha dicho, ¿no es cierto? —le dijo don Jacinto, sujetándole por la muñeca.

—¿Yo?...

—Sí, vos. Vos sos...

—Tomás Varetti —apuntó el comisario sin levantar la cabeza.

—Eso, y tenés...

—Esposa y dos nenas.

—Justo. Y vivís en...

—La calle General Perón, 18.

—Exacto. Me lo sacaste de la boca, Colorao. ¿Verdad que no escuchaste nada?...

El hombre, que cómo quienes allí estaban habían escuchado palabra sobre palabra y temblaba como una hoja zarandeada por el vendaval, balbució:

—¿Yo, señor?... No; no escuché ni una palabra de lo que quiera que sea que ustedes hayan hablado acá. Yo estoy a lo mío, señor...

—Eso es bueno, Tomás, porque yo sé que vos sos montonero, ¿viste?... Pero no tengás miedo, que yo te voy a proteger a vos... y a esas lindas nenas que tenés, para que no les pase nada malo. Andate tranquilo, y serví, serví esa grapa. Es de la buena, ¿no es cierto?... Sí, esa marca lo es. Mirá, como estoy de buena onda te la vamos a aceptar como regalo, en prueba de nuestra buena voluntad y de mi inmejorable disposición hacia vos y tu familia.

El hombre derramó más licor fuera de los vasos que dentro de ellos, y con el alma en un fil salió de allí más que pitando, no recobrando la color en el resto del tiempo que los hermanos Pagán y el comisario permanecieron en el local. De tanto en tanto, sin embargo, mirábales por el rabillo del ojo, pues nada tenía que hacer, ya que ante este incidente cuantos allí estaban salieron disparados sin decir oxte ni moxte, tal y como hubieran hecho si se hubiera decretado el estado de emergencia.

—Don Jacinto, hay otro asunto que debemos tratar. No quiero importunarle, pero han pasado dos meses, y del último..., ya sabe, aún no ha tenido usted ocasión de darnos la plata. Perdone que importune con estas menudencias, pero...

—¿Molestia?... ¡Por Dios, Colorao, ninguna molestia! Muy al contrario, es un placer. ¡Confianza, comisario, confianza: eso es lo que a vos te falta! —significó con la mayor hilaridad, contra todo

pronóstico, echándose mano a la cartera. Y sacando de ella un abundante fajo de ordenados billetes, añadió a continuación—: ¿Cuánto era?...

Con una diligencia que era hermana carnal del prodigio, el comisario sacó una libretita del bolsillo interior de su chaqueta, hojeó buena parte de ella y se detuvo en las seis o siete últimas que tenía garabateadas. Fingió hacer una cuenta rápida, cuando allí todos sabían que más que sumado y resumado tenía el saldo que esperaba recibir, y con más de tres dígitos decimales, e incluso, si me apuran, y gastado.

—¡Hummmmm!... Sí, eso es: son doscientas treinta cabezas, a dieciocho mil setecientos cincuenta pesos cada una, da...

—Vamos, Colorao, que nos agarra el invierno y me va a dar un chucho de frío, ¡carajo! Pará de pobretear y soltá la bomba.

—Estaba haciendo la cuenta, don Jacinto...

—Ta bien, ta bien; dale, decí: apurá compadre..., y tapá el resultado que lo estoy viendo, pelotudo.

Nunca podrá la ingeniería con toda su ciencia diseñar semáforo de ese color, identificable a más distancia que los faros del rompeolas en la mar. Así como en la adolescencia nacen las chapetas en los jóvenes cuando se inician en las lides del amor, pasábale al comisario por haber sido sorprendido en su finta, lo que añadido a su natural color, hacíale parecer el semblante como si fuera fluorescente o como si estuviera iluminado por neones desde su propio interior.

—Cuatro millones, trescientos doce mil quinientos pesos.

—Que menos los gastos, son —marmulló el pagador, devolviéndole la pelota, mientras calculaba guiñando un ojo, cual si estuviera sumido en un complejo proceso de cálculo integral—...: tres millones y moneda. En fin, no vayamos a regatear, y, aunque sea por esta vez, yo cubriré los gastos de trasporte y la coima de la gente de General Villegas: lo dejaremos en tres millones.

Contó los billetes, no una vez, sino casi ciento, humedeciéndose los dedos índice y pulgar con la lengua y apretándolos tanto al pasar los billetes, que nunca los habrá más atezados. Luego, tras alisarlos uno a uno contra el pecho, fue ordenándolos con prodigiosa meticulosidad sobre la mesa, como si se despidiera de un amigo de siempre o fuera parte de sus entrañas lo que estuviera por dar en pago. Y, finalmente, revelando en su semblante un sello de melancolía y de frustración, se los alargó, diciéndole:

—Ahí tenés, y que no se diga que los Pagán somos malos administradores. ¡Confianza, amigo Colorao: eso es lo que a vos te falta!

El comisario, sin decir ni esta boca es mía, se dispuso a recoger

el caudal, haciendo verdaderos esfuerzos para no descerrajarles allí mismo a ambos el cargador completo de su arma, que, lejos de denunciarle nadie, no iba a recibir otra cosa que aplausos y parabienes; pero se contuvo, y se dispuso a guardar lo que con el sudor de su latrocinio se había ganado.

Don Jacinto—yo no me animo a tomarme confianzas con este señor—, seguía las evoluciones del comisario, quien ya se disponía a guardar el nutrido haz de billetes, con tal borreguil mirada, que ganas deban de darle el pésame. Y, no pudiendo resistir que se enfundara todo aquel capital que momentos antes abultaba su cartera, le tomó por la muñeca cuando ya iba a introducirlos en el bolsillo interior de su chaqueta, y le dijo:

—¡Pará, pará!... Mejor, pensándolo bien, no quiero que Tomás se lleve una mala imagen nuestra, y lo más conveniente será que le paguemos. —Y, volviéndose sobre el asiento, voceó el nombre del camarero, quien se apresuró a llegar hasta ellos como si le hubieran comunicado que su casa estaba ardiendo por los cuatro costados, mientras él tomaba del fajo de billetes que le había entregado al comisario varios de ellos—. Tomá, tomá, que antes te estaba embromando. Ustedes, los de pueblo, se lo toman todo a la tremenda. En fin, ahí van cinco, seis, siete...

—Solamente son dos mil quinientos pesos, don Jacinto.

—No importa, hombre: no importa, que también esas lindas nenas que tenés tienen derecho a un extra, ¿no es cierto?... Ocho, nueve... y diez mil. Comprá algo para ellas o para tu mujer..., o yo qué mierda sé. Hacé lo quieras con ello..., o tiralo por el retrete. Andá, andá, ve, ve, y disfrutalo hasta que reventés de una puta vez, ¡carajo!

Si mayores reverencias hubiera hecho el acongojado camarero, a buen seguro que se hubiera quebrado la columna vertebral o se hubiera producido una fractura de cráneo con el suelo, no dándoles la espalda ni dejando de hacerlo hasta que se metió detrás de la barra y les perdió de vista; pero realizando la maniobra más que deprisita, no fuera que antes de alcanzar su meta le arrebataran su pequeña fortuna. ¡Cosas peores se han visto y el mundo ha seguido rodando! Entretanto esto sucedía, el comisario no miraba al camarero, no, sino que no quitaba el ojito de encima a don Jacinto, a quien sin palabras decíale todo un epistolario, pues si la mirada pudiera matar, allí mismo hubiera quedado el cadáver de don Jacinto, el de don Alberto y el acta matrimonial de ambos.

—Nada en este mundo me complace más que dar una mano a estos negros de mierda. ¿Vieron qué agradecidos son esta manga de miserables?... En fin, volvamos a lo nuestro, que si no me ablando, y ya la hemos liado. Vamos, vamos, ¿qué cara es esa, amigo

milico?... Cosa de la felicidad, sin duda, que es contagiosa. ¿Viste?...: ya hicimos nuestra buena obra del día. No, si es lo que yo digo, que uno hace el bien y siente regocijo en el alma, porque el Cielo siempre compensa a los suyos. Esto merece un brindis, queridos, de modo que vamos, acerquen sus vasos y celebremos también nosotros.

Y brindaron, no una, sino quince o veinte veces, hasta que consumieron la última gota de la botella. El comisario, ya que de lo suyo bebía, y pagado a precio de cava de importación, trató de aventajarles ahí, en lo que con mayor propiedad consideraba su terrero, que pocos a beber le ganaban por los contornos y era tierra en la que los paisanos se bebían hasta el agua de los floreros; pero si los demás tomaban un vaso, el dos o tres..., y porque no podía tragar más aprisa, que de buena gana hubiera tomado la botella y se la hubiera llevado al excusado, o a la calle, o a los cerros de Úbeda, y les hubiera dejado con dos palmos de narices.

Ya cerca del mediodía y casi con urgencia, don Jacinto anunció su deseo de retirarse a tomar un baño y a descansar, pues el licor le había subido los grados, lo que añadido al pastoso calor, hacían que la traspiración y la apnea propiciaran la intervención de urgencia del forense, si es que no partía de inmediato hacia ámbitos mejor refrigerados. El comisario, con cortés urbanidad les acompañó a su Mercedes, les abrió la puerta y, con el sombrero en la mano, les despidió, agitándole hasta que se perdieron al final de la calle, mientras decía para sí:

—Adiós, hijos de la gran puta. ¡Así se estrellen con una cosechadora y sus cuchillas les hagan filetes, sacos de sebo! ¡Quiera Dios que esa plata que me sacaron la gasten en medicinas... o en su sepelio! Pero yo se la voy a guardar, ¡toneles de grasa!, que al Colorao no le basurean dos chanchos así, no señor: ¡al tiempo!

Luego, se puso el sombrero, y rumiando ternos que por lo irreproducible me niego a que figuren en estas páginas, se encaminó a la comisaría, la cual estaba en la plaza del pueblo, justo entre la Intendencia y la iglesia, no muy lejos de donde se encontraba.

Hacía calor, mas no era aún ese tórrido y húmedo que propicia la aparición en masa de insectos y hace de La Pampa un territorio hostil y desapacible, sino una calidez serena que anunciaba lluvia, Dios no quisiera que para esa noche. Metió las manos en las faltriqueras, miró al cielo que en el horizonte iba llenándose de nubes densas y negras que presagiaban lo peor, y caminó con relajo sumido en sus pensamientos, ponderando la mejor forma de resolver los asuntos pendientes con los Luna, en vista que esa misma noche tenían faena.

Al entrar en la plaza, vio salir de la iglesia a Ernesto, lo cual le

llamó mucho la atención, sobre todo siendo miércoles y sin que hubiera ningún oficio religioso, que por no haber, no había ni sacerdote en Tres Algarrobos, sino que este pertenecía a Carlos Tejedor de la misma manera que el pueblo era pedanía de aquel. Empero, casi de la misma forma que esto incitó su curiosidad, enseguida reparó en que no era la primera vez que le veía en esas, pero ignoraba para qué, que ni en domingo acudía casi nadie, cual si casi todos los parroquianos hubieran perdido, si no la fe en la Providencia, sí en sus ministros. Sí; ciertamente, le había visto, desde la ventana de la comisaría, entrar en algunas ocasiones, tras asegurarse de que nadie más había. Permanecía allí un buen rato, como media hora más o menos, y se marchaba. Esta tendencia en un gaucho es una auténtica antinomia, y tiempo llevaba reconcomiéndole la curiosidad, no entendiendo qué podíasele haber perdido allí, como no podía imaginar que Dios quisiera tener ninguna clase de trato con gentualla de su pelaje. Al pasar a su lado, cuando ya aquel se disponía a montar a Fierro, se detuvo y, sin sacar las manos de los bolsillos, averiguó:

—Decíme, flaco: ¿qué venís a hacer a la iglesia?...

—Eso, Colorao, es cosa mía.

—No se me arrisque, gaucho, que no va con mala fe: es curiosidad.

—Igualmente, sigue siendo asunto mío —reiteró mientras montaba y halaba de las riendas, chasqueando la lengua a un tiempo.

—Como querás. ¡Ah, decile a tu papá que venga a verme, que esta noche hay laburo!

Ni respondió. Aquí, entre nosotros y sin que nadie más se entere, les diré que Ernesto sentía por el Colorado una profunda aversión que hacía pensar que solamente con sangre podría resolverse de forma definitiva. Si alguien había a quien amara de veras Ernesto sobre todos los demás, incluso sobre su propia sangre, era a Rosa, su esposa, y ella era acosada por el comisario, llegando a jurarla que sería suya de una u otra forma. Ernesto, como es de suponer, ignoraba estos hechos, teniendo la perinquina que le tenía por consecuencia de su relación de malhechores y por la profundísima animosidad que su esposa le profesaba, lo cual, para él, ya era más que suficiente. De haberlo sabido, o él o el comisario, no serían.

Este, el Colorado, estaba casado con Susana Tobar, una mujer joven y cosmopolita que no lograba adaptarse a la vida rural. Ella languidecía en su casa o brujuleaba por las calles, no sabiendo muy bien cómo consumir su tiempo, pues ni había mucha actividad social en el pueblo, ni podía mantener una relación de amistad con los estancieros, quienes socialmente estaban tan por encima de ella

que ni en sueños se podía plantear trabar amistad con ellos; de modo y manera que había de conformarse con tomar un café en casa de la esposa de algún comerciante, o pasear sin rumbo para no ahogarse en el tedio de aquel pueblo perdido en aquella entraña de Argentina. Lo que el comisario no sabía, ni podía saber, claro está, es que ella, como tantas otras mujeres, tenía esporádicas relaciones con Jorge Luna, y que tiempo atrás, hacía ya dos o tres años, las tuvo con Ernesto Luna. La cosa no nació de su mano, sino que fue de la del aburrimiento... y de la de alguna de sus amigas, quienes entretenían su soledad con estas aventurillas. Suele a menudo pasar, que el pecador considere más llevadero el Infierno si tiene compañía, porque les parece que la multitud rebaja la falta, como si la virtud o el pecado fuera una cuestión democrática que se resolviera por el número de partidarios o detractores. En fin, fuera como fuese, lo cierto es que por más que ella no tenía estas tendencias, la proximidad con el vicio termina degradando la castidad, y pronto, no lo vio como una abyección, sino como una picardía. Y la picardía, cuando conoció a Ernesto, se tornó en desenfrenada pasión por su romeo, quien parecíale el ser más querible del mundo, todo sueños y embeleso, y dueño de una ternura que la ponía brasas adentro del corpiño, cautivándola tanto por esta característica muy de su incumbencia como por la fogosidad de su donjuán, quien la hacía estremecer de fuego y frío y sometía su carne a tal febrilidad que a punto estuvo en numerosas ocasiones de dejar su vida entre sus brazos. Pasión que, lejos se disiparse con el tiempo, fue prosperando en la misma proporción que su galán perdía interés por ella para ganarlo por Rosa, a quien este pretendía desde su primera infancia y quien, por fin, había reparado en su existencia. Los encuentros se distanciaron y su fogosidad mudó en rabia por el desdén, naciéndola unos insoportables celos que la empujaron sin piedad a la tristeza y las lágrimas con tal ferocidad que le hizo pensar a su esposo que había quedado encinta. Cuando Ernesto desapareció de su vida definitivamente para casarse con Rosa, se lo tomó muy a la tremenda. Incluso estuvo en un tris de suicidarse con el arma reglamentaria de su marido, pues más que prendada estaba del gaucho, de su apostura y delicadeza, dentro de los márgenes en que era posible esta facultad en un hombre sin ilustración y con la rudeza de modales que le caracterizaba. Se resistía al abandono, y, por estar más cerca de él, comenzó una larga aventura con Jorge, quien la tomaba como a tantas otras, contentándose este con sacarla algunos pesos o algún presente de tanto en tanto. Y porque fuera lo más parecido a su gran amor, tenían sus encuentros en el mismo lugar que acostumbró a tenerlos con Ernesto, en la casa de Laura

Mediavilla, quien fama tenía ser la reencarnación de la Celestina. En el ardor de la carne, cuando la sangre hervía por la fogosidad del amante sustitutorio, confundía los nombres de uno y otro, aunque a Jorge tanto le daba, quien con el placer que obtenía y los pesos que arañaba ya tenía más que bastante, importándole tanto así que le nombrara Ernesto o don Juan Tenorio.

En fin, como se ve, enredos que produce el aburrimiento en las gentes cosmopolitas cuando se ven abocadas, quiéranlo o no, al medio rural, pero que tendrá su mucho de importancia para el relato que nos ocupa. Cuando el demonio no tiene qué hacer, todo lo enreda con el rabo, y no hay peor diablo que la ociosidad ni más peligroso entretenimiento que tratar de amordazarle con los juegos de la carne, en cuyos sargazos tarde o temprano termina por liarse el alma, y de ahí en más..., ya se sabe: todo es posible.

El Colorado, como digo, nada sabía de esto, y pensábase para sí, como todos los infieles, que lo son sin recibir compensación en astas. Lo que verdaderamente sucedía, sin embargo, era que más que bien retribuido estaba, pues Susana, si primero detuvo su tedio en Ernesto y después en Jorge, ello es que menudearon bastantes otros, como pespuntes de un zurcido que remendaba un corazón abocado a la incomprensión y la soledad. Si es que está visto, cuando uno se mete en determinados cenagales, por más que al principio repugnen, a poco que se permanezca en ellos ya no se puede prescindir de su hediondez. Y, ya fuera Jorge o Perico el de los palotes, lo prefería a recostarse en el lecho con su esposo, quien la hacía sentir profunda repugnancia ante sus depravados juegos o sus insulsas rutinas, pareciéndola que era el ser más feo del mundo, o, cuando menos, que su perversión de alma afloraba ya por su piel. Tanto es así, que parecíala mentira que en su juventud hubiera estado alguna vez enamorada de él; pero lo estuvo, aunque fue un romance que se descoyuntó en la costumbre, y, si en primera instancia fue pura candela y carbones ardientes, ni cisco quedó cuando se casaron, supliendo la rutina la ausencia de frenesí. Cosa esta, por otra parte, de lo más lógica, pues si el dicho popular de que la cara es el espejo del ama es cierto, por fuerza su consorte había de ser uno de los seres más depravados que se podían dar sobre la Tierra. No había más que mirarle para recibir el más fehaciente atestado de lo horrible que puede llegar a ser el pecado.

Basta de confidencias por ahora, que mejor será que no precipitemos los hechos y sigamos con el relato al paso, para que sean los propios personajes quienes develen lo que convenga cuando de Dios esté, y no porque chismosos vayan con el cuento y les pongan alerta antes de lo que el destino tiene previsto de antemano. Continuemos.

Decía que ninguno de ellos era conociente de lo que en verdad sucedía con sus esposas; pero ambos, por ese sexto sentido que anuncia las acciones antes de que se verifiquen, presentían algo de todo ello en el encono que no demasiado justificadamente se tenían, y en la aversión a permanecer ambos en el mismo recinto, pues era como si les metieran brasas adentro de los calzones.

El comisario permaneció inmoto en la acera mirando a Ernesto, hasta que este tomó la calle que le conducía hacia su casa, ubicada en el sur del pueblo. Luego, con parsimonia, se giró sobre sí y dio un vistazo a la plaza, la cual estaba vacía, tanto porque era la hora de comer como porque caía a plomo un sol de justicia, haciéndole pensar que el termómetro pretendía la picota. Traspiraba, mas no sentía calor exterior, sino ese que nace de adentro por efecto de los diablos que le atizan con el tridente de la cólera, a causa de los hermanos Pagán y del alcohol que había ingerido, el cual ya comenzaba a surtir su efecto, lo que le animó a refugiarse en la sombra de la comisaría.

Apenas puso el pie en ella y se coló en su despacho, dando un mugido por todo saludo a los dos agentes que allí estaban de turno jugando una partida de naipes, entró el alcalde para parlamentar con él, quien lo hizo con tal familiaridad que diríase que eran mucho más que amigos.

Era este un hombre de agradable empaque, espigado y bien parecido, aunque de dentadura renegrida por el escaso aseo, y no muy entrado en años, pues había de rondar los cuarenta. Vestía pantalón y chaqueta de distinto tejido y color, además de una camisa de tergal a cuadros rojos y verdes, que restallaba contra las otras prendas como si a uno le metieran los dedos en los ojos, rematando su atuendo con unos zapatones con suela de goma más burdos que hoscos y calcetines de lana de los llamados escoceses, con rombos amarillos y marrones. Era, por sus trazas, uno de esos hombres que se visten por costumbre a medida... que van encontrando ropas, y a quien, evidentemente, poco o ningún respeto le infundía su imagen, salvo que viniera alguna personalidad del Partido Peronista al pueblo, en cuyo caso, sacaba las bolitas de naftalina de su único traje azul y se lo enfundaba, el cual le sentaba como a un santo dos pistolas. Fuera de eso, siempre vestía de modo semejante, pareciendo más un muestrario para elegir modelo y color que el atuendo propio de un alcalde. A pesar de su ramplonería, no era el conjunto excesivamente repelente, poniendo el encanto de sus suaves facciones lo que desbarataba su forma de ataviarse, sin duda abigarramiento debido a su escasa formación y al poco refinamiento que imponía su pasado de labriego, como bien lo atestiguaban sus manos, grandes, curtidas, y

llenas de pelo, como si los fríos pasados le hubieran desarrollado una piel prima hermana de los pumas. No era hacendado, pero siempre vivió su familia, los Albero, con cierta holgura, gracias a las más de tres mil hectáreas de su propiedad, en las que lo mismo criaban ganado que cultivaban trigo o soja, según los intereses de mercado. Quiso meterse en política, e incluso se afilió al Partido Peronista, postulándose como diputado por la Provincia de Buenos Aires, pero a lo más que llegó fue a intendente, o, por mejor decir, subintendente, ya que Tres Algarrobos era pedanía de Carlos Tejedor. No obstante su fiasco político, aferrábase al cargo con uñas y dientes, tanto por la paga, que aunque no era abundante su buen remiendo hacía, como por la facilidad con que desde ese puesto se accedía a los sobornos de industriales, hacendados y, naturalmente, proveedores ilegales de los almacenes y supermercados porteños, como era el caso de los hermanos Pagán. Y, además de estas razones, añado yo aunque no me lo pregunten, que por no regresar al campo, del cual renegó desde su más tierna infancia, pues desde entonces, acaso desde su alumbramiento, su molicie y sus delirios de grandeza le impidieron ver lo que en verdad era: un petulante campesino con más suerte que talento. En fin, ello es que desde que consiguió la alcaldía—hay muchos que sostienen que no fue una elección limpia—, se hacía llamar don Damián, cuando hasta el Damián a secas le venía grande. No; no era mala persona, al menos si le compramos con otros individuos como con los que trataba desde que metió en negocios, e incluso se podría decir que nadie advertía que era un chafandín si estaba callado; pero si abría el pico, ¡zas!, su natural propensión a la simpleza, no cesaba de empujarle a promulgar las mayores y más disparatadas majaderías y estulticias. Y, por completar su imagen, añadiré que era un locuaz tragaldabas con menos seso del que parecía, una instrucción en decadencia y con los principios morales de un vulgar maleante de los arrabales de Buenos Aires. ¡Qué iba él a gobernar ni gobernar!... A él, lo que le interesaba de verdad, eran los trapicheos, y nunca dejaba pasar uno sin que quedara parte de él en su faltriquera, teniendo—todo hay que reconocerlo—, un tufillo para la corrupción que ningún otro ser humano del mundo tenía.

—Venga esa plata, Colorao, que los mofletudos ya rajaron —se anunció a bocajarro, colándose de rondón y tomando asiento frente al escritorio del comisario, en una destartalada butaca.

—La discreción, Damián, es un atributo, además de necesaria, proporciona larga vida, ¿no te dijeron nunca? —asesó el comisario, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando el fajo de billetes.

—¡De qué discreción hablás, viejo!...Dejate de macanas y venga esa plata, compadre. Acá todo el mundo sabe lo que calla.

—No obstante, haya calma, que no voy a defraudarte.

—Eso no lo juro yo, ni porque es de día.

—¿Dudás de mí?...

—¡Por supuesto! ¡Y vos de mí también! Vamos, vamos, no te me hagás el impecable, y aflojá esos billetes.

—Bueno, ahí va tu parte: quinientos mil pesos.

—¿Cómo quinientos mil?... Colorao, no me tomés por lo que no soy, que está la cosa que arde. Según mis cuentas, son setecientos mil y monedas.

—Lo sé, pero el chorro de Jacinto descontó...

—¿Descontó?... No me cargués, comisario, ni tratés de bolearme que yo no soy zonzo, y si vos creés que te vas a quedar con mi plata...

Si hay algo que irrita a un facineroso es que duden de su honradez, y don Damián estaba poniéndola en duda. Una nube de sangre le cegó al comisario por un instante, se incorporó como una saeta, puso ambas manazas sobre la mesa y echó el cuerpo sobre los brazos, diciéndole con la mayor indelicadeza, a voz en grito:

—Primero que nada, intendente de mierda, sos mucho más zonzo de lo que parecés e infinitamente más de lo que te pensás; y en segundo lugar, si yo digo que descontó, descontó, y punto, ¿viste?... Mira, pelotudo, no te me agrandés y dudes de mi palabra, o te juro que te corto el pelo por debajo de la pera. ¿Querés tratar vos con los Pagán?... Decí, ¿tenés bolas para tratar con ellos, pelotudo de mierda?... ¿O es que creés que voy a subsanar yo los descuentos que hacen para que vos te llevés la plata limpito?... Mirá, ¿sabés que te digo?..., que acá tenés cuatrocientos mil pesos, que los otros cien mil me los cobro yo porque me caíste simpático, ¿entendido?... ¿Querés reclamar?...

—Bueno —alegó el alcalde, anonadado, quien creía haber visto en los ojos del comisario al mismo Pedro Botero preparándole una caldera para su uso exclusivo—, no tenés por qué ponerte así. Yo solo...

—Dejalo, viejo: dejálo. Andá, agarrá tu guita y largá, o, de lo contrario, hoy te voy a cagar el día de veras. ¡Largá, digo, carajo!...

Y el hombre, omitiendo fórmulas de cortesía u otras fruslerías, salió de allí como alma que lleva el diablo, que de sobra sabía que si añadía un monosílabo más, aquel cainita se lo almorzaba sin pan ni sal, pero sin olvidar recoger hasta el último billetito que el Colorado le había lanzado al rostro.

El comisario, una vez se quedó solo, guardó los billetes en su bolsillo de nuevo y se giró a la ventana, echando su vista colérica por ella a la plomiza luz que se resolvía en la plaza, murmurando entre dientes:

—¡Cagón de mierda!... ¡Maldita la hora en que fui a dar a este rincón de la miseria, donde no hay más que cobardes..., y los que tienen bolas son puros chorros!

Cuando se hubo serenado un poco, llamó a los agentes que estaban fuera y les dio unos billetes de curso legal a cada uno, anunciándoles que se marchaba a casa a comer y ordenándoles que no le molestaran, salvo que se incendiara el pueblo, y solamente cuando ya no quedara ningún habitante vivo.

Caminó hasta su casa con las manos en los bolsillos, disfrutando del paseo. En su cabeza, podía sentir el runrún de la lógica aplastando las ideas y triturando las opciones que tenía ante sí, y, en un momento, como si fuera un cegador rayo de luz, halló una de las grandes respuestas de su vida, precisamente ahora que nada tenía que ver con ello: nada o casi nada de su existencia le gustaba. Ni le complacía su profesión, ni su esposa, ni su casa, ni aquellos con quienes trataba, ya fueran víctimas o verdugos. Es más, ni él mismo se agradaba en absoluto, sino que sentía su alma o su conciencia..., o vaya usted a saber qué, como si la tuviera alterada o despeinada, cautiva de un fárrago de emociones tal que no sabía bien por dónde comenzar a poner orden.

Cuando dobló la esquina de la calle, se encontró con su esposa, quien llegaba cargada con un bolsón con algunas viandas. La besó con desidia, casi como si fuera un enojoso ritual, recibiendo parecida recompensa, y le pareció que traspiraba un olor áspero y ácido.

—¿Dónde estuviste?...: ¡olés a potro!...

—Pues eso —replicó ella con displicencia—: con un potro.

Lo que no le dijo, es que el potro en cuestión se llamaba Jorge Luna.

3 — Del amor y del deseo

Mientras Susana preparaba la comida, el comisario se entretuvo en contemplarla cacharrear entre sartenes y cubiertos. Acomodado en su butacón de orejas, fingió prestar atención al noticiero en la televisión; pero ello es que, alentado por desinhibición que le había producido el alcohol, extendíase en su grácil e insinuante figura, la cual se deslizaba sobre el embaldosado de olambrilla de la cocina como si estuviera realizando la danza de los siete velos. Susana era una mujer joven todavía, como de cuarenta años, más o menos, cuyos rasgos y maneras de efusiva juventud iban ya cediendo espacio en la incipiente madurez a otros que denotaban serena y augusta belleza, y aún de cierta distinción, sin duda sedimento de sus orígenes burgueses. Delgada, aunque no exenta de carnes, de ojos grandes, azules y serenos, de labios bien perfilados, carnosos e incitantes, y de manos muy estilizadas, gustábala vestir siempre con algo de coquetería, usando prendas que resaltaran las virtudes que lentamente se iban atenuando con los años. De educación refinada, provenía de una acomodada familia porteña, que obtenía sus abundantes bienes de la renta de inmuebles y de las importaciones; pero desde que contrajo nupcias con el comisario, poco a poco fue desmedrándose y perdiendo buena parte de su bagaje cultural, como su tendencia bibliófila y su propensión al refinamiento, sustituyendo estas virtudes con faltas y modales más propios del ambiente que se veía forzada a frecuentar por el oficio de su esposo.

Una vez dispuso la mesa, el comisario comió aprisa y corriendo con la intención de echarse una siesta y descabezar un sueño, pues los hermanos Pagán, primero, y el intendente, después, le habían puesto de un humor de mil diablos, y dormir un rato era la única cosa del mundo que le bajaba los humos. Tanto es así, que ni siquiera cambió más allá de monosílabos con su esposa durante la comida, sino que emitió varios sonidos semejantes al mugir de las vacas cuando esta le inquirió acerca de cómo le había ido el día, y ello sin dejar de entiparse tajadas de asado como si las coleccionara

en la boca.

No obstante, en parte por la satisfacción de la copiosa comida y del vino que ingirió, y en parte porque tras hacerlo dormía tanto mejor y más relajado, intentó llevar consigo a Susana a la alcoba, sin conseguirlo, pues esta le despidió con cajas destempladas, tratándole de sexópata y otros términos menos literarios. Marchó solo y amostazado a la alcoba, ¡qué remedio!, corroborando este extremo con un sonoro portazo que hizo temblar los tabiques de fábrica como si fueran las membranas de altavoces, y se tendió sobre el lecho quitándose solamente el calzado y la camisa y entregándose a un sueño inquieto y desasosegado en el no dejó de dar vueltas y más vueltas como si tuviera una pendencia personal con las sábanas.

Ya que no podía dormir, trató de descansar, pero ni se lo permitieron ni Dios que lo fundó, sino que al punto de las dos se presentó un agente con el recado de que estaba aguardándole en comisaría Tito Luna. Cuando su esposa le interrumpió el duermevela con este mensaje, replicó sin abrir los ojos: «¡Que jodan a ese chorro!»; pero ella, quien bien conocía su genio, agregó mientras fingía quehaceres, yendo de un armario a otro como si estuviera visitándolos:

—¡Bárbaro!... Vos sabrás en qué andarás con ese, pero yo ya me voy oliendo la tostada, que el que vengan los Pagán y vos andés en tratos con esa chusma, es todo uno..., además que la plata, tras cada visita, corre como si la regalaran.

—¡Piedad, mujer, que ya me levanto! —suplicó con resignación —. Y dejá esa cantinela, por el amor de Dios.

—¿El amor de Dios?... ¡Che!, mirá que se me hizo cristiano el viejo. ¿Estaré soñando?

Sentose sobre el lecho con galbana y, con los codos apoyados en las rodillas, se pasó ambas manos por el cabello, deslizándolas hacia la nuca, como peinándose. Luego, irguiendo la espalda y desperezándose esperpénticamente, giró la cabeza hacia la sala y vio al policía de uniforme en ella, quien esperaba recibir instrucciones, diciéndole con acritud:

—¿Y vos, que hacés acá?... Rajá para la comisaría, que ya me llego. Y decí a ese desarrapado que me aguarde. ¡Vamos, vamos, apurá..., y largate de una puta vez, cara de acelga!

Susana se detuvo frente a él, esperó a que el agente saliera de la casa y cerrara la puerta, y, volviéndose a su marido, le interrogó:

—Decíme: ¿es cierto que andás en tratos con cuatreros?...

—No, mujer, ¿qué va a ser cierto?... ¿Quién te dijo?

—Jorge —se delató, atropellándose por la inquina; pero rectificó enseguida, en un tic propio de quien está acostumbrada a mentir, y

añadió—: ese de la rama de los Rías que trabaja en La Rosita. Lo dijo en el almacén, como si fuera cosa que todo el mundo conoce.

—¿Y me nombró a mí?...

—No..., pero dejó entrever que hacés la vista gorda... o algo peor.

—Susana —la tranquilizó poniéndose en pie y tomándola por los hombros—, dejá de calentarte con esas macanas, que no son más que chismes. Además, ¿y a vos qué?... ¡Ya le arreglaré yo las cuentas al Jorge ese!

—No, no —se apresuró a armar su coartada, tomando sin desearlo la cintura de su esposo, quien únicamente vestía el pantalón y una camiseta de hombreras—, déjalo, viejo, no sea que me vayan a tomar por murmuradora. Mirá que si no, luego nadie abrirá el pico delante mío, y eso es cosa de lo más antipática, sobre todo cuando una está quemada en este rincón olvidado de la mano de Dios. No le dirás nada, ¿no es cierto?...

—Si me lo pedís así, flaca, no me dejás alternativa —aceptó, poniéndose meloso y acariciándola la espalda, mientras ella se temía lo peor, pues ya extraviaba la mirada y hacía gestos con los labios pretendidamente insinuantes, que no eran sino lo más parecido a poner un moño con una flor en el hocico de un cerdo—; pero quitá ese piquito que te afea tanto, y sonreíme. Así, así..., mucho mejor. Vení, vení, y sentate a mi lado.

Ya se puede imaginar el lector qué vino después. De las caricias en la espalda pasó a otras partes, la tendió sobre el lecho, desabotonó su camisa y comenzó a jugar con sus diminutos y firmes senos, mientras con sus manos recorría su piel de punta a término, enfebreciéndose por momentos y comenzando a emitir sonidos guturales que más parecían los ululatos de una bestia en celo. Ella, dejábase hacer, no sin cierta repugnancia, pues hacía mucho que ya no sentía por él el más mínimo afecto, e incluso producíale tal rechazo su solo contacto, que en lo más íntimo de sí propia deseaba que fuera cierto que anduviera en tratos con cuatreros, por si la caía la lotería de que le descerrajaran unos cuantos disparos y la evitaran los trámites del divorcio, que, intuía, era cuestión nada más que de tiempo. El siguió a lo suyo, espumándole un entusiasmo le impedía percibir lo inmoto de su esposa, quien tenía la mirada fija en la lámpara de araña como si hubiera quedado enredada en ella; sin embargo, cuando su mano hurgó bajo la falda y torpemente se hundió bajo sus bragas, percibió una viscosa humedad que le pareció de lo más atípico, y, dando un respingo, con el mayor desagrado gritó, al tiempo que la agarraba con muy malos modos del cabello:

—¡Estás mojada! ¿Qué es esto, atorranta?...

Ella se echó a llorar al punto, conocedora de que las lágrimas eran el mejor parapeto a su integridad, que por mucho menos la había dado palizas que la habían retenido semanas sin salir de casa para que no se la notaran las moraduras y tumefacciones, y alegó en su descargo varias excusas desmañadamente hilvanadas; pero este no creyó ninguna, y hecho un auténtico basilisco se puso de rodillas sobre ella y descargó varias andanadas de golpes en el rostro, aunque tuvo la delicadeza de hacerlo con la mano abierta.

—¡A mí no me corona nadie con astas, hija de la gran puta!... ¡Mirá, mirá, si te atrevés a meterme cuernos, te juro que te mato! —decía fuera de sí, ya puesto en pie, pero aún con el semblante demudado por la ira.

—Hoy no tuve tiempo ni de asearme. ¡Con el apuro...! —alegó llorosa y ruborizada, mientras sentada se abotonaba la camisa o se limpiaba las lágrimas con la manga. Y fingiendo exasperación, que es la mejor manera de defenderse, pasó de la retirada al ataque, diciendo a voz en grito—: Pero a vos, claro, eso te da lo mismo. Ayer por la noche, esta mañana, ahora... Acá te agarro y acá te fundo, ¿no es cierto?... Una está todo el día pendiente de vos, y así me tratás, ¡mal hombre!, ¡mal esposo! Y mientras, corre que corre de la casa al almacén, del almacén a la cocina, de la cocina a lavar los platos..., como si fuera una esclava. Harta...: estoy harta, ¡carajo! Ya está bien, que una no para en todo el santo día, y el señor, aquí, le viene a restregar a una que ni haya tenido tiempo para sí. ¡Pues no lo tuve, ea!... ¿De dónde iba a sacarlo, si apenas cuando una termina, venís vos y..., ¡hala!, a montarme como a una yegua?... Y, luego, si fuera con aquella ternura que tenías cuando éramos novios...; pero no, ahora sos como los potros sin desbravar, así nomás, al asalto y en cualquier lugar, que no me das ocasión ni para sacarme la ropa. ¡Harta: estoy muchísimo más que harta!... ¿Sabés qué poder hacer con tus remilgos?...: pues ya te lo imaginás, ¿no es cierto?... ¡Eso mismo que pensás!... Sí, machito, sí...: metértelos en el bolsillo, que si poco te importa que esté con el periodo, tampoco debería importarte esto, señor tiquismiquis. ¡Pues estaría bueno!

Cuando terminó su perorata, el Colorado ya estaba vestido y se había anudado los cordones de los zapatos. Se giró a ella, la miró con desprecio, y dijo:

—A mi no me la das, flaca. Esto no huele a mujer, olelo —y la acercó la mano al rostro tanto, que casi metió los dedos en la nariz de su esposa, quien apartó el rostro con un gesto de asco.

—¿No estarás dudando de mí, verdad?... ¡Mirá que sos hijo de puta, Colorao! —decía enajenada, golpeándole en los hombros y el pecho, mientras él comenzaba a caminar hacia la puerta—. Si eso no fuera mío, sería tuyo, ¿o qué te pensás?... ¿Creés que todo el

mundo es como vos, eh?... ¡Andá, sí, salí de acá, huevón, y a ver si tengo la suerte que un chorro te reviente!

Hizo amago de volver a ella, y no con las mejores intenciones ni para despedirse precisamente, pues tenía un rictus instalado en el semblante que era un verdadero espanto mirarle; pero, gracias a Dios, apenas dio uno o dos pasos hacia ella, se detuvo, hizo un gesto con las manos, levantándolas como si pidiera auxilio al Cielo o cierta fuerza interior le detuviera, y se volvió hacia la puerta de la casa como alma que lleva el diablo.

—¡Eso, cobarde, pégame más! ¡Dale, no rajés, golpéame! ¡A esto hemos llegado, Dios mío! —clamaba llorando de rabia, una vez su marido hubo emprendido la retirada, aferrándose a las jambas de la puerta de la alcoba e hinchándose las venas del cuello como si fueran cañerías a punto de reventar—. ¡Qué macho que sos maltratando a una mujer!... Animate con alguno de tu tamaño, si sos tan hombre: ¡atrevete con un Luna!...

Este último jicarazo le dolió como si le hubieran clavado un puñal, y se detuvo en seco, volviéndose y mirando a su mujer con los ojos fuera de las órbitas, enrojecidos por la ira como si fueran pelotas de fuego. Avanzó a ella con gigantescas zancadas, echó su mano derecha hacia atrás y descargó sin ningún miramiento un golpe que la hizo caer como un saco de grano dos metros más allá de donde estaba, junto a los pies de la cama. Y luego, llegándose hasta donde estaba con la respiración agitada como un búfalo y con un mohín de rencor desfigurándole el rostro, apretando puños y dientes, la gritó estas deleznables palabras:

—¡No me volvás a mentar ese nombre... por tu vida! ¡No nació quien asuste al Colorao!

Susana guardó silencio despavorida, temiéndose que aún la diera otra tunda; pero le conocía bien, y supo que por ahora la fiesta la daba por concluida. Entonces, armándose de valor, se sentó en el suelo, y mientras él se dirigía al perchero y tomaba su sombrero para salir de la casa, le dijo con desvergonzada cólera:

—¡Ya veremos! ¡Acá todo el mundo sabe que andás tras Rosa; pero cuando se entere Ernesto Luna, ya veremos!

El comisario se volvió a ella, la miró atravesado y tempestuoso, se encasquetó el sombrero, y con una frialdad espantosa que la cuajó la sangre en las venas, soltó estas venenosas palabras:

—Ese no lo sabe, pero ya está muerto, ¡por estas!

Cuando ya tenía el picaporte en la mano y se disponía a salir de la casa, se giró aún hacia su esposa, la miró un instante largo, el tiempo suficiente como para permitir que el silencio dominara el ambiente, y soltó la siguiente advertencia:

—Andate con cuidado, que si te agarro en una, por pequeña que

sea, te voy a rejoder bien: ¡estás sobre aviso!

Y salió.

Pensó en tomar el automóvil, un Falcon gris perla aparcado a la puerta de la vivienda, pero prefirió caminar, aún a pesar de que la humedad y la triste luz que se derramaba eran presagio de inminente sudestada y no llevaba gabardina ni paraguas. Se metió la mano izquierda en la faltriquera del pantalón, comenzó a caminar y, llevándose la derecha a la nariz, olisqueándola como un perro perdiguero, concluyó para sí:

—¡Hija de puta: esto no es mío!

* * * * * * *

Junto a la comisaría estaba esperándole Tito Luna, sentado en el antepecho que separaba la diafanidad de la plaza del minúsculo jardín que se abría ante la comisaría, fumando pausadamente.

—Pasá, Tito: tengo que hablar con vos —le dijo sin detenerse.

—El día que yo pase a una comisaría, Colorao, será muerto o con grilletes —le dijo él, incorporándose con pesadez y quedando de frente a su interlocutor, quien ya había comenzado a subir los cuatro peldaños que alzaban el edificio del ras del suelo.

Este se detuvo, bajó de nuevo con desquiciante calma y con las manos en los bolsillos se quedó mirándole a los ojos, recorriéndole a continuación de arriba abajo. Bien se veía que el Luna no le temía en lo más mínimo, pues, sin dejar de fumar y sin apartar sus ojos de los del policía, le sostuvo la mirada a su vez, apenas sin parpadear.

Vestía bombachos negros, camisola de paño, rastra de cuero adornada con monedas y pañolón de lunares rojos anudado al cuello. Su expresión era serena, como de alma en paz, aún a pesar del laberinto en que la vida le había metido. Bien se podía vislumbrar, por la expresión que revelábase en su semblante, las incontables frustraciones que arrastraba, los sueños incumplidos y las vanas esperanzas, agotando su vitalidad hasta la práctica consunción de sus fuerzas, cual si estuviera exhausto de tanta energía dilapidada en baldía brega con la vida.

—Vos dirás, Colorao: ya podés echar la sonda —musitó con sequedad.

—Esta noche —le explicó el comisario con su tonillo homófono —, en La Lora, a las dos de la madrugada, me tenés preparadas cien cabezas. Ya me encargo yo del capataz.

—Primero, ya te dije, me liquidás lo pendiente.

El comisario, sin dejar de mirarle, echó mano a su cartera, contó hasta doscientos treinta mil pesos y se los entregó.

—Ahí tenés: a cada cual lo suyo.

El gaucho, difidente, los contó, hizo varios dobleces con ellos y se los guardó en el bolsillo de los bombachos. Luego, mirando con descaro al policía, le inquirió.

—¿A cuánto?...

—Mil pesos por cabeza. Lo siento, pero los Pagán no aumentaron un centavo. Yo les dije...

—¡Que lo hagan los Pagán, entonces..., o hacelo vos! Nosotros, Colorao, somos los que despuntan, y ellos quienes se llevan la plata limpita: no hay trato. ¡Pinto!

Su caballo, un animal de poca alzada y mucho nervio, de esos caballos levantiscos difíciles de manejar, pero a los que si se doman bien son como perros con un solo amo, el cual estaba pastando en la grama que debiera ser césped que en la plaza había, dio dos cabezadas y se acercó con paso corto y vivo adonde estaba Tito.

—Mirá Tito, no armés quilombo que esa gente es mala —le advirtió el Colorado.

—¡Y los Luna, sin lengüetiar tanto, también! —redarguyó Tito con pertinacia, subiéndose a su caballo de un salto, aferrándose de la silla y sin usar el estribo. Una vez acomodado, girose y dejó ver su facón con empuñadura y vaina de plata asegurado a la parte posterior de su rastra, signo y señal de que su palabra bien valía su vida... o la de quien fuera.

—Pensátelo, viejo —dijo el comisario, todavía.

—Pensao, Colorao: pensao. ¡Dos mil pesos la cabeza..., o no hay negocio!

Ya había tirado de las riendas, cuando el comisario, recapacitando y admitiendo que aunque los pusiera de su propio bolsillo suponía una pingüe ganancia que no convenía tirar por una diferencia tan corta, además que daría a los Pagán sensación de conflicto, le notificó:

—Conforme: dos mil pesos.

—Por anticipao, en esta ocasión —condicionó este, chistando a Pinto, quien detuvo al punto como si le hubieran clavado las patas al suelo.

—¡Pará, carajo!... ¿Sos loco o estás mamao?...

—Por anticipao digo..., o hacelo vos.

Sopesó pros y contras para sí el policía, quien reconcomio de ánimo sentía por balearle lo mismo que por aceptar y santas y buenas, y ponderó que la firmeza de su postura no podía ser muy degradada, de modo que optó, haciendo acopio de magnificencia, por una solución salomónica.

—La mitad esta noche, la otra mitad cuando paguen.

También el Luna hizo sus cálculos mentales, cruzó el metal de su mirada con el Colorao, y al punto que tiraba de las riendas de Pinto,

le dijo:

—¡Ta!... Cien mil pesos esta noche, cien mil en tres días.

—¿En tres días?...

—En tres días: el Día de la Tradición.

El comisario dudó un instante, pero aceptó, y el gaucho se retiró en dirección a su casa, mientras él, rostrituerto, quedó inmóvil mirándole hasta que le perdió de vista.

Por mi santiguada que hay cosas que no se entienden, o es que forman parte de sapiencias que me son del todo ajenas; pero me resulta casi imposible comprender cómo seres tan dispares llegan a formar camarilla con desavenencias tan pronunciadas, cuando los que no deberían tenerlas por ser de la misma especie—matrimonios o miembros de la misma comunidad, pongo por caso—, son incapaces de tolerarse ni bajo el mismo techo. Tal vez sea así porque los primeros saldan sus asuntos a las barbas y los otros taimadamente se escudan en la hipocresía; pero no hay duda de que las sociedades para practicar el mal sobrepujan en eficacia y resultados a las constituidas para beneficio de la sociedad. Quizá por eso los malhechores son reluctantes a dar explicaciones o a impartir conferencias sobre organización, reservando para sí, mutatis mutande, los frutos de su simienza y dando a la sociedad la hojarasca de sus actos.

* * * * * * *

Al llegar Tito a su casa, encontró a Ernesto enseñando a Pelusa a tocar la guitarra sentados sobre la tranquera. Era este un alumno muy aventajado y precoz, pues a pesar de sus cuatro años ya hacía que de las cuerdas brotaran las milongas como si la misma cadencia le cediera sus mejores bemoles.

El pispajo era un auténtico polvorilla. Uno de esos niños precoces que aprenden a hablar y a caminar a un tiempo, y que cuando cobran autonomía no dejan títere con cabeza, teniéndoseles que vigilar permanente porque siempre tratan de evadirse, cual si estuvieran en un reclusorio, e incluso siendo necesario de tanto en tanto de darle un tempestivo réspice para mantenerle vivo, porque sus afanes aventureros a menudo amenazan su supervivencia. De genio vivo y una sagacidad impropia para su edad, sabíase ganar a cuantos le rodeaban, convirtiéndose habitualmente en el centro de atención de donde estuviera, así fuera por su natural gracejo como por montar unas sanfrancias de padre y muy señor mío. A diferencia del resto de su familia, haciendo salvedad de Jorge y en su tiempo de Ernesto con las mujeres, tenía natural propensión a entablar familiaridad con cualesquiera que tratara, así fuera aliado

o adversario de los Luna, pareciendo que para él no había distingos. De una delgadez extrema, no porque no comiera, que lo hacía como una lima nueva, sino porque su inquietud no le permitía estar quieto ni en sueños, era la viva imagen del calambre, capaz de hacerle creer al más pintado que había recibido una descarga de alta tensión, así estuviera con él un par de horas.

Era el hijo tardío de Tito, pues más de quince años le separaban de Lorena, pero en quien el progenitor se placía como nunca lo hizo con sus demás hijos. Él era su descanso y su godeo, y en él parecía mirarse como en un espejo cuando estaba en la casa, trayéndole a mientes su propia infancia, cual si pretendiera a su través realizar una apocatástasis y retornar a su edad para enderezar su propia vida. No había petitorio que pudiera hacerle que no se desviviera por verle satisfecho, prodigándole tal suerte de atenciones y desvelos que, si ya no era tonto de remate, es que nunca lo sería.

—Mejor que le enseñaras a montar, m´hijo, que a garrapatear las cuerdas. Primero el laburo —señaló Tito mientras se apeaba de Pinto, deslizándose por la silla sin usar el estribo. Y abriendo la tranquera, palmeó a corcel en el anca, y le dijo—: Andá vos, que ahorita te desensillo.

Acercose a ellos, sin embargo, haciendo ostentación de una amplísima sonrisa, en parte por tener su buen dinero en el bolsillo, que ya le quemaba y ganas le daban de soltar el bombazo, y en parte evidenciando la debilidad que tenía por su benjamín.

—Mirá, papá —anunció el vástago, queriendo producir en su padre un arranque de admiración.

Y con la guitarra bien afirmada entre sus menudas y delgadas piernas, estirando el brazo ostensiblemente para pisar con los dedos sobre los trastes, interpretó la pieza que estaba ensayando con su hermano con tal soltura, que si no lo viera en persona, juraría que otro era el payador que tan armónicamente rasgueaba las cuerdas.

—¡Este es mi negro! —se ufanó Tito, cuando dio fin a su interpretación, regalándole un abemolado beso—; pero, ahora, Pelusa, mostrame cómo montás.

Fue con ellos a la parte posterior de la casa, donde había seis caballos, y tomó a Furia, un alazán vinoso muy joven e inquieto, y lo embridó y ensilló, haciéndose a un lado a continuación para le hiciera una demostración. Ernesto hizo amago de ayudarle a subir a la silla, pero Tito lo impidió, diciendo:

—Déjalo, ¡che! ¿No ves que ya es todo un gaucho?...

Con no pocas dificultades montó, siendo preciso tomar carrerilla, aferrarse de la silla y poner después el pie el estribo, que Tito había acortado frunciéndolo. Con un gesto de sobria chochez, le alargó las riendas, las enredó en los dedos de su mano izquierda,

y le propuso:

—Sin parar y al galope, llégate al monte y volvé.

El monte —aquí, entre nosotros—, era una pequeña arboleda que había no muy lejos de la estación de tren, en el jardín público que nombraban por El Prado Español, distante como kilómetro y medio de donde estaban.

¡Que gran caballo para tan menudo jinete! Sobre el equino parecía Pelusa apenas un muñeco que imposible hacía pensar que pudiera manejar a jumento tan brioso;, pero él, con una sonrisa fulgúrea en sus labios que mostraba con impudicia su desencuadernada dentadura, arreó al caballo con la voz, y salió del recinto como una centella, no dejando de halarlo hasta que se perdió a galope tendido en la distancia, mientras Tito y Ernesto seguían sus evoluciones desde el pretil. Aguardaron sin decir ni pío algo más de seis minutos, al cabo de los cuales sintieron la trápala del caballo por el camino opuesto, anunciando su regreso. Efectivamente, allí llegaba, no apreciándose del jinete más que una pequeña prominencia tras el pescuezo del animal. Al llegar ante ellos, queriéndoles impresionar con su habilidad, quiso saltar la tranquera; pero ello es que el animal se espantó, clavó sus manos y levantó la cabeza, saliendo Pelusa desarbolado sobre ella, sin soltar las riendas y dando formidable guachapazo en el suelo. Tito y Ernesto corrieron a él, quien aun llorando se incorporó ágilmente, se fue al caballo e intentó golpearle en el hocico. Ya iba Ernesto a tomarle en sus brazos para consolar sus lágrimas, cuando Tito le detuvo, arguyendo:

—Déjale; dejale que se saque la mala sangre.

Ambos contemplaron cómo el mocoso, sobreponiendo su orgullo a su dolor, trataba de golpear con su menudo puño a Furia, a quien trataba de atraer sin éxito tirando de las riendas, pero el cual, asustado y con los ojos desorbitados, reculaba arrastrándole. Rieron con su animosidad, recreándose y enorgulleciéndose de él, hasta que Tito, pasados unos instantes, sacó las manos de los bolsillos, se acercó a su retoño, tomó las riendas y le asesó con estas palabras:

—Mirá, pibe, se hace así.

Y de un golpe en el hocico del animal, lo hizo trastabillar entre horribles relinchos, hasta que cayó al suelo, donde permaneció durante casi un minuto. Luego, animando a Pelusa a que retomara el control de la situación, le apuntó:

—Ahora, m´hijo, patéale las bolas y rétale firme.

El pequeño, restregándose con el mugriento mangote de la camisa las lágrimas que copiosamente le arañaban el rostro, se fue a él como una saeta, le golpeó los genitales con tanta inquina como pudo, y, luego, acariciándole la frente, le abrazó, diciéndole con

embeleso:

—Nunca más me hagás esto, Furia.

Y Furia se incorporó, sacudió la cabeza y se quedó quieto como un perro faldero, bajando su testuz para que el infante le abrazara con aquella amorosa profusión.

—¡Qué rebueno me salió este pendejo! —dijo el padre con hondísima complacencia, y se llevó a su hijo Ernesto consigo, dejando al benjamín que se reconciliara con su caballo.

Ambos fueron a la parte de atrás de la casa, y, mientras desensillaba a Pinto, le puso a corriente de los planes que tenía el comisario para ellos.

—Esta noche, con seguridad, tenemos acá la sudestada.

—Sí —confirmó Tito, mientras soltaba la cincha de Pinto—, se viene preparando desde hace rato, y en una horas más se va a armar la gorda. Ya güelo el agua y barrunto el frío.

—¿Le pagó el Colorao? —inquirió Ernesto, dando por acabado un tema y tomando otro, al tiempo que retiraba la silla y la ponía sobre la tranquera.

—Sí que lo hizo. Con ascos, pero aflojó la guita —admitió pechisacado. Y, tras una breve pausa para apreciar cómo había caído la noticia, añadió la segunda andanada—: Y lo de esta noche será a dos mil pesos la cabeza.

—¡Bárbaro!

—¿Y Jorge y Rubén?

—Rubén fue a ver si cazaba algún avestruz o algún conejo, y Jorge..., ya se puede imaginar.

—Ese putañero solamente piensa en lo mismo; no nos va quedar otra que embramarlo. En cuanti se va el sol, se lía el poncho y no retorna hasta que las velas ya no arden. El día menos pensao nos mete a tos en un bochinche, ya lo verás. A veces, pareciera que el Malo le hizo nido en el alma.

—Déjele que se entretenga, que no fuerza a nadie.

—Ya...; pero por ahí se dice que anda con la mujer del Colorao..., y ese es de los no se la dejan llevar robada.

—¡Pues que rejodan al Colorao, que a ningún buen diablo deben faltarle sus buenos cuernos!

Y no había terminado de decir esto, cuando sintieron la voz del tenorio delante de la casa riendo con Pelusa, quienes no tardaron en plantarse ante ellos.

—¿Ya anduviste en lo tuyo? Vos siempre andás de florcita como bola sin manija, y un día u otro vas a tener que salir de esa jugada. En vez de tanto tarantear, más te valiera buscar un palenque ande ir a rascarte.

—Y..., bueno, me saqué un unos mangos y me alivié el

aburrimiento.

—Los hay que morirán de enfermedad, pero vos lo harás de esa manganeta o de tanto darle a esa vaina. No te des tantos aires, y andate con ojo, que te estás metiendo en huerto ajeno. Andate prevenido, m´hijo, que este embucho tarde o temprano alguna lo aclara, y se armará entonces el revolutis.

—Yo no las busco, pero tampoco me rajo, ¿vio?... ¿Y qué hay de malo si me saco unos pesitos por darlas lo que ellas quieren y a mí me gusta?...

—No te hagás el fantástico y cuidate de no embrollarnos a tos con tus enredos, ¿eh?..., que esta macana es cosa peluda.

—Quedate tranquilo, viejo, que a ellas las interesa más que a mí tenerlo bien tapado. Lo que pasa es que en este gallinero hay muy poco gallo... y mucha gallina.

—Vos sabrás, que ya sos grande. Un día vas a sublevar a alguno al saberse gorreado, y veremos entonces cómo hacés la cuerpiada. Luego, no digas que no estabas alvertido.

—Tranquilo, ¡che!, que el asunto está asegurado.

—Bueno, si me da plata, mando a Rosa a comprar vino para la comida —terció Ernesto.

Tito, sin añadir tilde, sacó de su faltriquera el manojo de billetes, tomó algunos de ellos y se los dio, yéndose Ernesto hacia la casa para mandar a su esposa a hacer el recado.

Una soberbia tufarada que a cualquiera le hubiera puesto patas arriba, le recibió al abrir la puerta; pero ello es que él estaba más que acostumbrado y entró al interior, donde su madre, Lorenza y Rosa estaban preparando la comida. Se dirigió a su esposa, la entregó el dinero y le pidió que hiciera la encomienda, quien sin decir palabra los tomó y salió de la casa, seguida de su esposo.

Estaba embarazada como de ocho meses; pero se adivinaba a pesar de su deleznable y descuidado aspecto una belleza que ni en esas condiciones renunciaba a mostrarse sin ambages. De piel lechal como la luna, ojos grises, rasgos finos y delicados, más propios de una mujer cosmopolita que de la esposa de un gaucho, y cabello rubio con algunas mechas castañas, tenía una donosura y elegancia de movimientos que resultaba más que impropia viviendo dónde y cómo vivía. Sin embargo, vestía andrajos que hacía mucho que habían abandonado su empleo de vestiduras, conformando su atuendo una falda de paño común con flores estampadas en rojo y amarillo, una camisa de tergal beis con pintitas azules muy menudas, y calzaba unos zapatos de cuero ordinario negro que tenían las suelas despegadas y los tacones gastados.

Los Repetti eran una familia ni rica ni pobre, pero que vivía con cierta holgura gracias al comercio de telas que tenían muy cerca de

la plaza. Rosa casó con Ernesto por amor; ese que con el discurrir de las incomodidades va dando lentamente en resentimiento hacia sí y hacia su galán, porque más puede el desharrapamiento que el afecto, y sobre todo cuando ella había renunciado a una vida de comodidad por seguirle hasta aquella cochambre, donde ni siquiera podía yacer con su esposo sin que sus cuñados o su suegra se entretuvieran observándoles con desvergonzado descaro, como si estuvieran viendo un programa de televisión. Además, su pasión y ceguera por su romeo la había costado ser repudiada por su familia, quien ni siquiera asistió a los esponsales, negándola incluso el saludo si con ella se cruzaban, pues entroncar con los Luna era para ellos la mayor ignominia, muy comparable a hacerlo, aunque en menor medida, con el mismo diablo y sus secuaces. Mas, a pesar de todo, le quería todavía, aunque era ya un amor algo devaluado por la catástrofe de la necesidad, sobreviviendo una ternura que a duras penas se sostenía entre aquella manada de seres que se apilaban en aquel mechinal.

Ernesto, sin embargo, sí que la quería. Por ella se empeñaba en cualquier empresa, incluso en el cuatreo que tanto detestaba, con tal de ofrecerla unos pesos con los que aliviar la tristeza que día a día iba ganándola. Él, al fin y al cabo, era un soñador que empedernidamente se negaba a la evidencia de una realidad que le arrinconaba en la misma esquina en que se agolpaba buena parte de la suciedad del mundo, y cuyos sueños se quebraban, no ante el vendaval del infortunio, sino ante la más leve brisa de contrariedad, por vivir siempre en el justo de límite de la supervivencia.

No obstante esto, ambos se empeñaban por mantener vivo aquel amor que les empujó a quererse desde la primera sangre, y cuando tenían fuerzas para sobreponerse a tanto inconveniente y hallaban un poco de intimidad o de soledad, que venía a ser casi lo mismo, era un gusto para el alma verles tomándose las manos y dándose el pico como dos tórtolos que hundidos en el cieno aún soñaban con improbables paraísos allá en lo alto.

—¿Querés que te acompañe? —se ofreció fuera de la casa.

—No, mejor, que vaya sola —rehusó—. Quedate con tu papá y tus hermanos. Seguro que ya andan metidos en otra.

Él se acercó a ella con ternura, la detuvo, la miró a los ojos, hundiendo en ellos sus pupilas esmeralda, y con una ternura tan abismática que era pura emanación del alma, le dijo:

—No seas cruel conmigo. Sabés que lo hago por vos..., por nosotros y por esa criatura que nacerá cualquier día de estos.

—¿Sabés, Ernesto?...: eso es lo que más me preocupa de todo, mi hijo. ¿Qué vida vamos a ofrecerle?... Yo no quiero esto para él. Yo te amo, vos lo sabés y creo haberlo demostrado, y estoy dispuesta a

seguirte hasta el fin del mundo; pero yo no quiero que se avergüence de su papá por cuatrero. Vos me entendés, ¿no es cierto?...

—Yo bien lo quisiera, mujer, no seas tan dura. No elegí esta vida por placer. Mirá, lo mejor será que te acompañe y que hablemos.

Caminaron en silencio hasta que se alejaron de la casa, seguramente ordenando su pensamiento cada cual para exponerlo con la mayor ternura, evitando lastimar a quien todavía amaban.

—Todos los problemas son a causa de tu familia. Si viviéramos solos, Ernesto, en nuestra propia casa..., seguro que iba a irnos mucho mejor, y podríamos criar a nuestros hijos como mejor nos pareciera.

—Mi familia no es mala, Rosa: solamente quiere vivir, ¿es tanto pedir?... Unos, nos niegan el laburo por lo del abuelo Pedro; otros, por lo nuestro, vos lo sabés; y los demás... Los demás, Rosa, creo yo que nos pintan malos para que por comparación se crean mijores sin serlo.

—Pero ¿y qué ganás estando con ellos?... Por favor te lo pido, Ernesto: vivamos solos, ¿sí?... Mirá, tenés esa tierrita: podemos levantar una casita de chorizo, y ya veremos cómo arreglamos lo demás. Yo te volveré a querer de esa forma que siento que se va apagando, y vos podrás quererme como yo sé que deseás. Si seguimos así, querido, vamos a ser muy desdichados, y lo serán nuestros hijos. Yo te pido que cumplás la palabra de amor que me diste, y que me hagás la mujer más feliz del mundo. No te pido riqueza, ni lujos, ni nada de eso: solamente tenerte a vos, a nuestros hijos y ser honrados, sin temer a los milicos ni a otros chorros. Nada más que esto te pido, ¿no me lo darás?...

—Vos sabés, querida, que yo te daría el mundo si pudiera. Si estoy con mi familia, es porque sepan que las gentes de ley sabemos estar a las buenas como a las malas, y que no damos la espalda a la calamidad; pero quizás tengás razón y sea hora de que levante el vuelo y forme mi propio nido —recapacitando para sí—. Lo haré, sí..., por este amor que te tengo, y por volver a verte sonreír con esa hermosura que siempre supo enloquecerme. Pero, una cosa te pido, Rosa: si lo hago, vos me prometés que nunca, nunca, dejarás de sonreírme y de estar sobre mí, así que podás, ¿conforme?...

—¿Aunque peque de repesada?...

—Vos nunca podrás ser pesada para mí. Sos la carga más liviana del mundo... y la más amorosa. Que estés sobre mí, es lo más parecido a que Dios lo esté, porque no puedo pensar en nada malo.

—Entonces, conforme. Pero ha de ser pronto, ¿eh?..., no me engañés.

—Hoy mismo se lo diré a mi familia.

—¿Sabés Ernesto?... Te amo como nunca soñé que podría amar, y cuando te ponés así de dulce..., no sé, te comería a besos.

—Querida, nunca te privés de hacerlo.

Y sin reparar en que estaban en la mitad del pueblo, se besaron con tanta pasión, pero tanta, que a los escasos viandantes que había les forzaron a detenerse, cuchicheando entre sí con desagrado por la impostura. Ellos, ignorando esta maledicencia de la gente, siguieron empeñados en lo suyo, sin percibir que Susana, al verles tan melosos, se echó a llorar de rabia y se fue corriendo.

4 — La pampa sin luna

Como la noche estaba agradable, aunque ya se presentía la sudestada, cenaron en la parte posterior de la casa, al aire libre, sentados en torno a una desvencijada mesada con asientos corridos por sus bandas más largas, que Tito construyera muchos años atrás, tras sus esponsales. Aún se sostenía en pie, pero no se sabía por cuanto tiempo, pues ya mostraba los achaques propios de los años, que no solamente son las criaturas vivas las que envejecen, sino todo en este mundo, y tenía tantos síntomas de rendición que únicamente la faltaba mostrar la bandera blanca de armisticio, sobre todo en días en que como ese la familia en pleno la atribulaba.

Buena parte de la pata que el día anterior carneara Ernesto, la habían asado a fuego lento durante todo el día en el precario quincho de fábrica que había adosado al muro posterior, desprendiendo de sí un aroma que se las prometía tan de suculento que hasta las glándulas salivares secretaban sus jugos sin que aún estuviera sobre la mesa. Cuando Tito sacó su facón e hizo el primer corte, de lo pardo surgió la carne roja como ambrosías que les prometían desagraviar de las estrecheces de las últimas semanas, durante las cuales no comieron como buenos cristianos, sino que se alimentaron de mazamorra, armadillos, alguna caza menor u otras gallofas de parecido jaez. Con poco se contentan los pobres, pero con menos quienes como los Luna vivían al día, sin saber qué y cómo les depararía el día siguiente. Ternura despertaba verles alimentarse con aquel agradecimiento, cual si estuvieran sentados en la misma mesa de Odín entipándose ambrosías divinas. Casi sin decir palabra masticaban y tragaban vino como si no supieran cuándo iban a tener su siguiente oportunidad, hasta que no quedó sobre los platos o en la damajuana nada más que sedimentos, que hasta los huesos les echaron a los dos perros que tenían para que nada sobrara.

Una vez finalizado el banquete, entretuviéronse mateando

largamente y hablando de sus cosas con tal optimismo, que parecía que el porvenir precisaba de su anuencia para poder verificarse. Ernesto estaba recostado sobre el tabique de chorizo de la casa, con su esposa apoyada sobre su pecho, y Pelusa durmiendo serenamente tendido sobre la bancada, con la cabeza apoyada en sus piernas. Sorbía uno su mate, soltaba su discurso y se lo devolvía a la Lechiguana, quien de nuevo lo cebaba y se lo pasaba al siguiente, en una liturgia que algo tenía de religiosa. Los pájaros ya se retiraban a dormir en las copas del ombú bajo el que estaban, mientras la luna parecía jugar a la rayuela sobre la grama, donde los perros hacían la digestión. El paraíso de los pobres mucho tiene que ver con todo esto, con un algo de estómago lleno, un algo de amor abrazado y de niño durmiendo, y un algo de familia que en paz departe de las cosas sencillas, sin pretensiones ni jactancias.

Ernesto sentíase el más dichoso de los mortales, sintiendo la cabeza de su hermano como si fuera la de su hijo en ciernes, y el calor de su esposa acompañando el sereno y feliz trote de su corazón. Qué más precisaba él, si nada podía ser más completo. Y con honda satisfacción, mientras reía de las ocurrencias del zascandil de Jorge, quien no cesaba de darle a la hebra de sus cuentos y de referir aventurillas, fumó un cigarrillo con infinita complacencia. Acariciaba el cabello de su esposa con ternura dejosa, como si no fuera su mano lo que empleara para hacerlo, sino su propio corazón, yéndosele el alma a idear cómo sería vivir así, a su lado y con sus hijos. Parecíale que ya podía verlo, que no precisaba sino empequeñecer un poquito los ojos para columbrarlo, como quien atisba en la distancia algo que va poco a poco definiéndose...: su ranchito, su caballo, su perro perdiguero, su carabina colgada del muro, junto a la guitarra, y su esposa rodeada de mamones que revoloteaban entorno a su falda o que iban a importunarle con sus menudencias, pidiéndole que les contara de aquella familia que arrancaba de lo más fiero de los indios pampa, primeros y legítimos dueños de aquella tierra, antes de que llegaran los cristianos con sus feas costumbres y sus alambreras.

—Queremos levantar nuestra propia casa —dijo a bocajarro, sin regresar apenas de su viaje al deseo, sorbiendo con lenidad el mate y mirando casi por arriba de las cejas.

Todos se callaron, incluso Tito, quien se había puesto el pie para ir a tenderse un rato sobre la hamaca que estaba tendida entre el ombú y un palo borracho que ya iba tomando cuerpo, regresando al punto a su sitio y tomando de nuevo asiento. Miró a sus padres y hermanos, y vio que todos esperaban con litúrgico silencio que explicara la razón de su determinación. Y lo hizo.

—Es hora de levantar el vuelo. Pronto Rosa me va a dar mi

primer negro, y precisamos independencia. Construiré una casita de chorizo allá, en la tierrita de La Candora.

—¿Cuándo pensás hacerlo? —inquirió la madre, cebando de nuevo el mate que Ernesto la entregó.

—Tan pronto acaben las lluvias, después de la fiesta del Día de la Tradición. Además, primero tengo que levantarla. Espero que me ayuden a hacerlo.

—Claro, contá conmigo, gordo —se adhirió Jorge.

Luego lo hicieron los demás, incluso Tito, quien a pesar de parecer haberse perdido en ciertos pensamientos, enseguida comprendió la necesidad de su vástago y volvió a la sonrisa, ofreciéndose para lo que fuera preciso, incluido construir algunos muebles con lo que sacaran del trabajo de la noche, o de los pesos que obtuvieran de la yerra que les ofrecieron realizar para la antevíspera de la fiesta.

La Lechiguana, sin embargo, quedó como extraviada en el incierto laberinto del pasado, pues parecíala que todos los días vividos desde que nació Ernesto se arremolinaban ante ella, mostrándola su grandeza y sus miserias. Ella sentía por él algo muy especial. Bueno, mejor será decir que lo sentía por todos: por el sesudo y bravo Rubén, por el alegre saltabardales de Jorge, por la dulce Lorenza y, cómo no, por Pelusa. Pero Ernesto..., no sé, era algo distinto a los otros, con un poquitín de cada cosa: con su algo de niño que nunca crece, como Pelusa; con su algo de eterno adolescente, siempre echado lo mismo a la risa que al juego, como Jorge; con su algo de feminidad, si es que a la feminidad la damos en llamar delicadeza de poeta, como Lorena; y con su algo de sesuda sobriedad y estirada compostura, como Rubén. Y al mismo tiempo, además —no sabía bien cómo explicarlo—, tenía algo que era ajeno al resto de la familia que le hacía un tanto más querible o especial, y era ello su tendencia a un romanticismo que nunca supo de dónde había salido, que lo mismo le hacía hablar a solas con su diosito que juntar flores para llevárselas a Rosa, acaso como Tito hacía con ella cuando la cortejaba. ¡Hubo tantos días en que la habló de sueños tan enormes que no cabían en La Pampa!... Fue antes de casarse y entregar la mayor parte de su corazón a quien ya era su esposa. En días como ese, se acercaba a ella, tomaba asiento a su lado y la hablaba de distancias infinitas, de sueños que imposible eran que se dieran sobre esta tierra con los pobres, de amores por los que se desangraba su alma cuando aún Rosa le ignoraba. ¡Tenía un espíritu tan grande y libre, y, sin embargo, que ansiaba tanto cierto tipo de cadenas!... Ella le veía ahogarse sus pupilas esmeraldas en el océano de las lágrimas, y le mentía acerca de un tatita Dios que le daría su parte de aquel sueño porque le

quería y le velaba, por más que fuera pobre y no tuviera ni ropa decente para cortejar a esa moza que le encabritaba los sueños y el corazón, empujándole a contemplar el mundo como un ejido abandonado. ¡Era tan tierno!... Para ella era especial, muy especial. Era un manojo de sueños que le ausentaban de todo lugar, abatiéndole la realidad como una perdigonada a un tero; pero era un sueño de hombre, sin debilidades de mujer, que más que capaz se sentía de hacer nudos con la vida, de mamarse solito su dolor y volver al mundo, incluso para hacer cosas que le repugnaban, haciendo de tripas corazón. Un empedernido soñador que hallaba en los animales o en la soledad lo que en los hombres le faltaba, y para quien estos, fuera de los de la familia, no eran sino una peste que atormentaba el mundo y la vida por donde pasaban, con sus egoísmos y angurrias. Luego, vino lo del fútbol. ¡Ser querido como él, había pocos! Los chicos, que son limpios y sin complejos, le apreciaban por sí mismo, no por su historia ni por lo que tuviera, viéndole como el ser angélico que era y disputándose su compañía y amistad. Jugó en el Fútbol Club Tres Algarrobos, los Verdes, como un gran delantero arrojado y generoso que nunca buscó sino el protagonismo del equipo, a menudo renunciando a la gloria del gol para dársela a sus compañeros; pero los chicos crecen, y se hacen hombres, que es decir perversos. Terminó su aventura futbolera y, poco a poco, le fueron dando de lado. Unos, se echaron novia; otros, buscaron un empleo que les proporcionó unos pesos que él no tenía; y todos, le devolvieron adonde pertenecía: le convirtieron en un Luna, sin que nunca hubiera dejado de serlo. ¿Qué clase de sangre benditísima corría por sus venas, Dios mío?... Había de ser..., qué sabía ella, oro celeste acrisolado y rojo como la del mismo Cristo, como la de aquel Cristo que tenía en su alcoba y que un día, en un arrebato de piedad, le desclavó de la cruz y le puso vendas en las heridas. Los chicos comenzaron a menospreciarle y echarle en cara el baldón de sus carencias, a menudo arrufados porque su hermosura y gracejo conquistaba a las mozas sin que ni siquiera lo pretendiera, burlándose de sus ancestros, de Pedro Luna o de ella misma de forma tan despectiva, que arrancábale furias que parecían prestadas por el Cielo o el Infierno, y a más de uno le mandó a General Villegas a que le practicaran curas de urgencia. Entonces fue cuando comenzó a refugiarse en su familia como último baluarte contra el mundo, no porque reculara, sino porque comenzó a detestar a la sociedad y sus fueros, y se acostumbró a frecuentar solamente la compañía de los suyos, excepto los años que vivió Alejo. Este era un amigo de la escuela rural aquella a la que fue los escasos días que no trabajó en el campo, antes de cumplir los ocho años. A los doce años, a Alejo le dio una especie de parálisis

cerebral, una de esas enfermedades que los médicos de pueblo no entienden y que poco a poco le fue ganando la partida: «Cosas del crecimiento que no tienen importancia», especificó el doctor. Primero, la enfermedad le retuvo en la cama, y más tarde, le sacó a ratos de ella para repartir su tiempo entre su alcoba y la sombra del patio, en una silla de ruedas. «Meningitis tuberculosa», le diagnosticaron en Buenos Aires; pero ya era demasiado tarde, y, por si fuera poco, sus padres no podían costear ningún hospital, además de que nadie estaba completamente seguro de que fuera eso y no otra cosa. Él iba cada tarde a charlar con su amigo como cuando estaba sano, y juntos pasaban horas y horas hablando de esto y aquello; pero la enfermedad avanzaba, y un día comenzó a hablar con gran dificultad, y más tarde dejó de hacerlo. Mas no por eso dejó de visitarle, incluso consolando a una madre que iba muriendo al mismo tiempo que su hijo, acompañándole a ese rincón de las lágrimas del que ya no se retorna. Porque Alejo lloraba por no poder hablar, por no poder correr ni montar a caballo. Cuando llegaba la hora de la visita, después de que Ernesto terminaba su jornada de peón, y aún sin haber ido por casa a baldearse un poco de agua que aliviara su sudor, iba a visitarle a su patio y con él pasaba unas horas parloteando como un loro y definiéndole lo que su amigo ya iba olvidando. A medida que se aproximaba la hora, este poníase inquieto, y cuando llegaba Ernesto, serenábase como un mamón al que por fin se alimenta. ¡Le quería tanto!... Como lo que debe suceder, sucede, un día, cuando llegó al patio, Alejo no estaba. Su madre, Cándida, le dijo que estaba por entrar en el último sueño, en su cama. Agonizaba. Abría su boca agitadísimo, como aferrándose a una vida que se le escapaba entre horrorosos dolores, buscando a uno y otro lado. Cuando entró Ernesto en la alcoba, pareció serenarse, y con gran esfuerzo le tendió su mano. Él se la tomó con indecible ternura, tomó asiento a su lado, en el lecho, y le abrazó para que no viera que estaba llorando. Nadie sabe de dónde sacó fuerzas Alejo para abrazarle también, ya confiado y calmo. «Ya no puedo tener miedo», llegó a decir con insoportables esfuerzos. Ernesto se retiró de él, enjugándose las lágrimas con el mangote de la camisa, y le miró con tanto afecto, pero tanto, que aún Alejo le dedicó sus últimas palabras: «Eres un ángel que se desconoce», le dijo. Y se durmió para siempre. «Vos sí que sos un ángel ahora», le dijo entre sollozos Ernesto. Porque Ernesto lloraba. No se escondía entre blasfemias o juramentos como sus hermanos u otros hombres, creyendo muchos que más tenía de mujer que de varón; pero era el más varón de todos, pues no en vano fue el único que no abandonó a su amigo en la mala hora. Y se refugió en su madre, en ella. Estuvo muchos, muchos días en un estado transido,

lo recordaba bien, como si estuviera ausente de sí mismo, viajando sabe Dios adónde. Iba al campo como un autómata, comía como si fuera una desagradable obligación y dormía llorando, tanto por Alejo como porque había dejado de entender el mundo. A veces, hablaba con ese Cristo vendado, peguntándole cosas que partían el corazón del más pintado, ya fuera en la iglesia, adonde acudía cada miércoles como aquel que murió su amigo, como en su casa, cuando creía que todos dormían; pero en su casa no lo hacía nadie, sino que todos estaban listos para auxiliarle, a poco que lo pidiera. Tito envejeció como doscientos años, y ella, ¡qué decir!... Incluso el balilla de Jorge dejó de lado sus chuscadas y sus cuentos, y trataba de sacarle a que se distrajera un poco con Rubén. Los tres iban al Club de los Verdes a tomar unos tragos, y ahí comenzó a ser pendenciero, más por resentimiento con quienes fueron sus amigos que porque esa fuera su naturaleza. Algunos de ellos, más por sentirse a salvo de su mal genio que por afecto, cruzaban algunas palabras con él, pero eran pocos y siempre a escondidas. ¡Y tenía un carácter de lo más montaraz y violento cuando en esas estaba, ya lo creo! Si se tomaba un trago de más o se le cruzaba una mala estampa, ¡pobre del que pillara a mano! En más de una ocasión estuvo a punto de faconear a alguno de sus antiguos amigos, pero, gracias a Dios, estaba Rubén, que con la zapatilla resolvía el asunto dando una tunda de las buenas, pero sin matar a nadie. A Jorge, tanto le daba, que si por su hermano había de matar, mataba y a otra cosa. La familia, para ellos, era lo primero, tuvieran o no razón, que nadie más en el mundo había que hubiera hecho por ellos otra cosa que atormentarles. Fueron malos años. Diríase que odiaba a todos y a todo. Se echó al trago..., y luego vinieron las mujeres. No le importaba cuál, creo yo que más por humillarlas que por gozar con ellas, porque a menudo terminaba llorando; pero las sacaba los pesos igual. Más tarde fue Susana, la mujer del Colorao, quien se prendó de él y quería tenerle como un perrito faldero, de esos que usan las solteronas para entretenerse, no porque no tuviera hombre, sino porque el que tenía la desagradaba. Al principio, ya digo, fue por distracción, pero terminó por hacerse indispensable para ella, y su buena plata se gastó en tenerle contento, que lo mismo le regalaba camisas o alpargatas que le daba algunos billetes para que pecoreara por ahí con sus hermanos. Mas no hay mal que cien años dure, y, ¡gracias a Dios!, Rosa se fijó en él de vuelta. Desde los años del fútbol no lo hacía, pero un día coincidieron en un baile. Creo que fue el Día de la Independencia. o el de la Bandera, o, quizá, el de las Fiestas Patronales, allá para agosto, no lo tengo muy claro. Él la pidió bailar, y ella, que le vio tan bizarro y bien plantado, con camisa y alpargatas nuevas, no pudo negarse. Desde aquel día

memorable fue abandonando sus vicios y fue retornando a su ser, como una goma que se recupera tras un arduo esfuerzo. Y volvió a ser el de antes, efusivo, afable y dulce, todo dedicación y entrega para los suyos; pero ya no había marcha atrás, y no era un ser querido para el pueblo. Todos decían pestes de los Luna, tanto por el abuelo Pedro como por su conducta, la cual arrastró a sus hermanos.

Y volvió a la mente de todos la Maldición de los Luna, huyendo cuantos les conocían como si estuvieran apestados o si el acabijo que orlara esa leyenda no pudiera ser otro que una matanza. Cuando supo que los padres de Rosa la apremiaron a que dejara de verse con él, tuvo arrestos para retirarse de su lado, no porque no la amara, sino precisamente por quererla demasiado, pues sabía que junto a él sería una mujer desdichada. Sin embargo, ella, que era hembra de una entereza encomiable, no solamente se resistió, sino que aseguró que si no se casaba con ella, allí mismo dejaba su vida. Y lo hizo con el revólver de su padre en la mano. No era un farol, sino una advertencia. A cualquier cosa estaba dispuesta, menos a renunciar al amor de su vida, a su dulzura y a su encanto, porque ella conocía mejor que nadie la verdadera sustancia de su alma, la naturaleza de sus sueños y la probidad de su espíritu. Y se casaron. Los padres de Rosa, encorajinados por el despecho, les repudiaron, e hicieron cuanto les fue posible porque todos les dieran la espalda, malmetiéndoles con hacendados y terratenientes hasta que nadie más quiso saber de ellos. Eso fue lo que les forzó a entrar en tratos con el Colorao, quien ya estaba harto de los Rías, los Testa y otra chusma de muy mal jaez. O eso..., o el hambre. Durante la primavera, incluso durante el verano, se podía cazar algo, algún avestruz, algún conejo o algún pájaro; pero no era bastante. Y cayeron. Sabían que una vez dentro ya no podrían salir así como así, si no había sangre por medio, que ese es el precio que hay que pagar taz a taz por meterse en ciertos pantanos del vicio y la corrupción; pero no hallaron otra alternativa. Y eran conocientes de que el Colorao les engañaba, que se llevaban la porción menor del matute aunque eran los que corrían el riesgo; pero tenían las manos atadas, cual si el destino, obstinado y tenaz, les entregara por fin al papel que les correspondía interpretar en la farsa de este gran despropósito del mundo. Y él, Ernesto, aunque lo intentó con ahínco, no pudo evitar que su familia, sin decir ni pío, le siguiera los pasos hacia el mayor descalabro, porque, al fin y al cabo, se sentía único responsable de todo. ¡Qué infatuación sentía de ellos! No le importaba ya que le vincularan a Pedro Luna, porque él sabía que fue su mal carácter y la nobleza de la familia que tenía lo que les condujo a todos adonde estaban. Pero era hora de separarse por

fin, de que él apechugara con su responsabilidad solo y de que recondujera su vida, tal vez mostrando que fue un mal transitorio. Y debía hacerlo en su casa, con su esposa y con sus hijos: los que su tatita Dios les diera. A ella, a su madre, se le abría el alma en cien gajos; pero no se podía detener aquel reloj que se había puesto en marcha. Su corazón le decía que precisaba de ello como del bendito aire de la libertad, como de la benditísima pampa, porque allí, por fin, se reencontraría consigo mismo y rebrotaría aquel Ernesto que se agostó junto al lecho de Alejo y sobre el césped del campo de fútbol. ¡Qué le iba a hacer! Con harto dolor se le iba aquel poeta que era capaz de ver cisnes en las charcas pampeanas, o colibríes libando en las enredaderas del patio lo mismo que abrazarla en un atardecer y decirla: «¿Viste..., viste, mamá, qué hermoso que es mi diosito?... Mirá qué colores tan lindos pinta para tumbar al sol. Verás que Él nos va sacar de esta miseria y vos vas a ser la reina que sos, aunque aún no tengas corona.» Se le iba; pero era la hora de abrir la mano, no de cerrarla, y permitirle volar con aquellas alas que eran sus sueños, porque Alejo siempre tuvo razón, como todos los que ya ven la otra orilla de la vida: era un ángel que se desconocía.

—Es hora de que caminés solo —le dijo, bebiéndose sus lágrimas.

Ernesto, que bien entendía el dolor de su madre, se puso en pie, haciendo la maniobra con mimo para no despertar a Pelusa, y tomó asiento junto a ella, abrazándola con tanta fuerza, que tuvo que fingir una compostura que la faltaba.

—Dejame, ¡che!, bruto, ¿o es que querés marchar huérfano?...

—Mamá, no porque me vaya se va a librar mí, ¿sabe?... Usted, mi Lechiguanita linda, me va a tener cada tantito acá, jodiendo, siquiera sea para que me abronque.

—Andá, andá, zonzo, déjame ya, que me ahogás, y dejá las troladas, que eso no es propio de un Luna.

Y se levantó, tomó algunos cacharros y se metió a la casa. Ernesto hizo ademán de seguirla, pero Tito le detuvo en el acto, diciéndole:

—Dejala, m´hijo, que quiere quererte a solas... y echar unas lagrimitas.

Rosa tomó la mano de Ernesto, quien tendía su mirada melancólica hacia la ventana, y la apretó suavemente, dándole soporte para regresar al presente. Él, costosamente, sonrió con largueza, y la besó la frente.

—Bueno, no se me pongan blandos o, de lo contrario, me arruinarán el sueño —generalizó Jorge, poniéndose en pie y estirándose esperpénticamente—. Me voy antes que todo esto se

llene de moqueros.

—Nosotros también nos vamos a dar un paseo —dijo Ernesto, tomando de la mano a su esposa y echando a caminar hacia la estación.

Tito les siguió con la vista, sonriendo para sí, pues de más sabía que iban a comenzar a levantar los planos de lo que sería su paraíso particular, por más que este se enmarcara entre unos pocos metros de barro y no hubiera más lujos que aquel amor impenitente que se profesaban.

* * * * * * *

Hacia la una de la madrugada, cuando ya estaban los cuatro Lunas ensillando los caballos, llegó Jorge Rías, quien en muchas ocasiones compartía con ellos correrías como la que iba a tener lugar, y quien servía de enlace para dirigir a los camiones al punto de encuentro.

Era un hombre joven, juncal y con cara de tener muy pocos amigos, pues siempre llevaba los labios en pico, como haciendo a todo ¡fu! Vestía con sencillez, aunque se había puesto un engomado, una especie de gabardina que le alcanzaba hasta los pies, y un sombrero de ala ancha de cuero, sin duda previniendo la sudestada que estaba ya por descargar de un momento a otro, pues el ozonado aroma del aire anunciaba lluvia pronta y abundante. Hombre lacónico como él, había pocos en Tres Algarrobos, que hasta los monosílabos parecía regatearlos, pareciendo incapaz de trabar conversación con nadie, y mucho menos amistad, pues daba la impresión de tener pendencia personal con todo el mundo, sin distinciones.

No eran ni mucho menos amigos, sino, mejor, compadres de miseria, por más que no se tuvieran ningún aprecio, como nunca lo hubo entre los Rías y los Luna, con la única excepción de Pedro Luna y Martín Rías, y todo terminó como ya les referí. Fuera de esto, nunca hubo mayor afinidad o enemistad, pues los Rías nunca se molestaron en vengar a aquella rama que se extinguió con Martín, cual si no fuera con ellos o fuera tan natural que Pedro le hubiera matado a Martín como lo contrario. Sin embargo, ambas familias estaban en los límites de lo que pudiéramos llamar legalidad, y en ambos casos por muy semejantes razones, que no hay peor consejera que la necesidad ni mayor valentía que la que da el hambre. Fuera como fuese, los Rías casi siempre vivieron al margen de la ley, y fama tenían de ser más que bravos, que incluso al abuelo de Jorge lo tuvieron que balear metido en un desagüe por temor a que aún le quedaran más balas, después de haber dado

muerte a cuatro de los seis policías que fueron a detenerle. No eran gentes de ideología, al menos de otra diferente a la de la supervivencia—y esto ya era bastante—, a pesar lo cual, el Colorado se había servido de su radicalidad para ajustar las cuentas con un tío de Jorge, acusándole ante la autoridad militar de montonero, quienes le arrestaron un año atrás y nunca más se supo..., o, dicho de otra manera, se supo, pero nunca se halló el cadáver. Así era ese diablo del comisario, y bien que podía atestiguarlo él, quien aún su túmido semblante develaba los modales que la noche anterior tuvo aquel con este, quien se contentó con desmontarle el lomo de una tunda en la comisaría, tras acriminarle de la carneada que hizo Ernesto.

Y casi sin palabras los cinco jinetes se pusieron en camino de La Lora, cuya linde más próxima al pueblo estaba como a veinte kilómetros. Era esta una hacienda de más de treinta mil hectáreas dedicada casi en exclusiva al ganado de raza Héreford, cuya carne era muy apreciada en la capital, tanto en Almacenes Croto como en las Carnicerías Generales, principales clientes de los hermanos Pagán. Los dueños vivían en Buenos Aires, aunque los veranos solían pasarlos en la hacienda, donde habían levantado una hermosa casa de tres plantas de estilo germánico, y plantado uno de los más hermosos jardines de los contornos, para lo cual trajeron coníferas de todas las especies del mundo, pudiéndose hallar allí lo mismo secuoyas de los Estados Unidos de Norteamérica que abedules de Suecia o cedros de Líbano. Los Pagán, a través de gentes que tenían en el Gobierno de la Provincia, habíanles hecho ir a Buenos Aires para vaya usted a saber qué, aunque tal y como estaban las cosas podía pasar cualquier cosa, pues todos los hacendados estaban con la mosca detrás de la oreja desde que se menudeaban los robos de reses de un tiempo a esta parte, lo que hacía imprevisible que no se presentaran en persona o que no enviaran una cuadrilla de criminales a sueldo para cortar el mal de raíz, en vista de que la policía no era capaz de detener el latrocinio.

Aún restaban más de diez kilómetros para alcanzar las lindes de La Lora, cuando se desató una feroz tormenta que les forzó a los Luna a ponerse, a falta de engomado, un plástico a modo de sobretodo. El camino convirtiose en un barrizal por el que los caballos caminaban con dificultad, chapoteando en los charcos. Nadie decía nada, sino que bajo la lluvia y el azuleo de los relámpagos cabalgaban los cinco hombres, con la mirada muy fija en la distancia, sin duda calculando las maniobras que iban a ser precisas para realizar su trabajo.

Acercábase a pasos agigantados el centro de la tormenta, pareciendo que el mundo iba a quebrarse como una nuez, por la

intensidad de los rayos y el cavernoso fragor de los truenos, forzando a los jinetes a apearse de sus caballos y caminar separados de ellos como diez o doce pasos, no fuera que cayera un rayo sobre los animales y perecieran juntos. Poco antes de llegar adonde se dirigían, la tormenta derrotó hacia el norte, dejándoles una zarracina tal que pareciera que el invierno había regresado sobre sus pasos. Era imposible ver más allá de uno o dos metros y, como quiera que el refusilar se acentuaba, decidieron los hombres ampararse bajo un ombú, al menos hasta que escampara, pues tratar de reunir reses en ese estado era poco menos que una quimera.

Así las cosas, los cinco hombres se pusieron en manos de la paciencia mientras fumaban, todos en silencio y con la mirada perdida en el vaho de la distancia, en esa negritud que escondía el paisaje de su vista como si el universo se hubiera convertido en una insondable y abismática caverna. De tanto en tanto, iluminábales el fulgor de una centella con una vaporosidad muy semejante al azuleo de enormes flases, restallando a continuación horrorosísimos y cada vez más lejanos truenos que hacían trepidar la tierra como si fuera la badana de un tambor.

La primera exigencia que impone la naturaleza cuando amenaza es el sobrecogimiento; la segunda, cuando la demostración de poderío se diluye y el peligro pasa, es la meditación. Ante su poder el hombre sucumbe, y el pensamiento, libre y antojadizo, se hunde en el ánimo, introspeccionando los fondillos del alma. Y, no podía ser de otra manera, los cinco hombres se zambulleron en sus cuitas o recelos, haciendo sin quererlo suma y resta de haberes y esperanzas mientras aguardaban, fumando con una lenidad que parecía que hasta sus movimientos se hubieran lentificado. Sin decir palabra, cual si estas se hubieran agotado, miraban, no a sus compadres de fechorías, sino a una distancia remota que imposible era medirla en leguas. Para Tito era el inicio de tiempos mejores, que para él se alternaban estos y los malos a capazos, y hora era ya de comenzar a repuntar, siquiera fuera cobrando un poco más por ese matute al que se veía obligado a participar; para Ernesto, ya se pueden ustedes imaginar, que era el último acto de su vida como hijo para comenzar la segunda parte de esposo y la de padre; para Jorge, nada cambiaba, que siempre, desde que tenía memoria, había estado metido en correrías de semejante índole como si no ofreciera otras posibilidades en el mundo; para Rubén, un deber que aceptaba por destino, por más que prefiriera ganarse el jornal trabajando en esa tierra que era parte de sus entrañas sin tener que entrar en tratos con aquella morralla que, siendo lo peor de la Tierra, se tenían por superiores; y para el Rías, una más de tantas,

que cualquier cosa le parecía buena si con ello se embolsaba un buen caudal, pues que entre amigos de lo ajeno el latrocinio era virtud.

La lluvia, al fin, poco a poco amainó, escorando la tormenta hacia el noroeste, tronando aún con regularidad pero cada vez más distante. Ernesto se dirigió a por los caballos y los acercó al grupo, deteniéndose un instante en limpiarle el agua a Fierro con una gamuza que llevaba en su recado, y se pusieron en marcha de nuevo, impartiendo Tito las instrucciones pertinentes a sus hijos, y pidiendo al Rías que se fuera unos kilómetros adelante por el camino de General Villegas para advertir a los camiones, mientras ellos reunían el ganado.

Favorézcales la oscuridad, y sin hacer un ruido, apenas manejando la voz o el rebenque, fueron separando las reses hasta reunirlas junto a la cerca que daba al camino por el que habrían de llegar los camiones. Esperaron largo rato, hasta que unas luces en la distancia les anunciaron que ya llegaban, y por precaución, se ocultaron tras las reses, haciendo tenderse a sus caballos, no fuera que los hacendados les hubiera dado por llegarse a su dominio con ese tiempo y a esas horas. No eran los camiones, pero, gracias a Dios, tampoco lo eran los propietarios, y, cuando el automóvil al que preteñían los faros se detuvo, salieron los Luna de atrás de las reses y se acercaron a él. Era el Colorado y tres de sus hombres quienes llegaban conducidos por el Rías. Se apeó el comisario y, sin saludar siquiera, averiguó:

—¿Juntaron las reses que les pedí?... Los camiones llegarán como en dos horas. No puede ser antes.

—Colorao —le replicó Tito—, mientras sería bueno que me dieras mi plata, tal y como acordamos.

—Será mañana. No la traje —aseveró el comisario, haciendo caso omiso y retirando su vista de Tito, añadiendo mientras lo hacía —: Y dejá de joder con esa macana, que nadie va a quitarte lo tuyo.

—Lo que entre hombres se habla, entre hombres se cumple. O la guita, o rajamos ahora mismo.

—Dejá de hinchar, viejo..., dejá de hinchar, que mañana te daré tu plata.

—Mañana será otro día del que todavía no mentamos na.

—Pues no la tengo, ¿viste?... Así que..., a joderse y a esperar.

—Jodete vos, Colorao.

Y Tito, ignorando que era una treta del comisario para demorar el pago, ordenó a sus hijos que espantaran las reses y regresaran a casa.

—Pero... ¿qué hacés? —inquirió sorprendido e iracundo el comisario. Pará, ¡carajo!, pará, viejo de porquería.

Tito no replicó, sino que los cuatro Lunas espantaron a las reses gritando y aventando los lazos o los rebenques, según lo que cada cual tenía más a mano, desperdigándolas en un instante por la llanura. Luego, al trote, regresaron por donde habían llegado, se detuvieron un instante frente al comisario y los milicos, y le dijo estas palabras:

—Amo que paga mal, no merece obediencia.

—¡Conchudo de mierda!, por mis muertos que esta me la pagás.

El sargento Rodríguez, fiel cumplidor y gran secuaz del comisario, se echó mano a su arma reglamentaria, mientras decía:

—¡A estos Lunas me los fundo!

—Vos, boludo, no tenés intención de armar quilombo, ¿no es cierto? —le señaló Tito, quien había mostrado el arma que empuñaba bajo el poncho.

El sargento, viendo esta y el facón que Rubén estaba listo para lanzarle, se reprimió, pero sin separar su mano de la cartuchera.

—No te conviene, Rodríguez —le dijo Jorge con ironía—. Mirá que vos sos el último en todo..., y, además, obtuso.

Esta referencia le resultó particularmente dolorosa, sobre todo cuando en Tres Algarrobos se rumoreaba que Oriana, su esposa, estaba en tratos con él, pareciéndole que hacía referencia a esta y a su nesciencia. Ofuscado y con los ojos como bolas de fuego, quiso sacar su arma y darle cumplida respuesta a la afrenta, pero él, espoleando a su caballo, le derribó, hizo girar sobre las patas traseras del animal y descargó un fuerte golpe con la empuñadura del rebenque en el rostro del policía, quien quedó tendido en el barro y semiinconsciente.

Tito, sin separar la mira de su arma del comisario, quien le observaba encabritado y fuera de sí, le dijo estas palabras:

—Ahorita, Colorao, por prevención vas a dejarme tu arma, no sea que te den malas intenciones que te hagan daño. Te las dejaré por el camino, junto al ombú.

Pero el comisario no hizo ademán de entregarla, sino que tuvo que ser Rubén quien se apeara del caballo y desarmara a los tres policías.

—Saben que los Pagán no los van a perdonar esto; pero, si lo hicieran, sería yo quien se tomara el derecho a castigarlos.

—Yo bien quisiera darte la derecha, pero sabés que no puedo. Además, Colorao —expuso inmutable Tito Luna—, mejor que si te entonas nos despaches a todos..., o serás vos el que reconozcas el hoyo.

—Sea pues, si así lo querés.

—Dejá las balacas —terció Ernesto—, que vos solamente sos bravo con las mujeres..., y por la espalda.

Esta referencia a su hombría le sacó los demonios que llevaba dentro, y soltó desvergonzadamente la siguiente amenaza:

—Reíte, ¡hijo de puta!, que vos no verás el año nuevo: ¡por estas!

Y se besó el índice y el pulgar en cruz, signo y señal de que era más una premonición que una amenaza.

—Ninguno de vosotros verá el año nuevo —se sumó el sargento Rodríguez, quien, puesto en pie y echándose la mano al enorme chichón que tenía en la cabeza, mirábales con un resentimiento tal que, si los ojos fueran cuchillos, allí mismo les hubiera degollado.

—Muchos Lunas para tan poca pradera —les desairó Rubén, retándoles.

—Bueno, ¡che!, rajamos de acá que ya estamos de más. Si nos buscás, ya sabés dónde encontrarnos.

—No te apurés, viejo, que mi palabra te entrego en prenda.

—¿Y vos, Rías? —inquirió Tito, cuando ya sus hijos habían tomado camino de Tres Algarrobos.

—Yo..., na, Tito, que esta no es mi guerra. Allá ustedes con Dios y lo suyo, que yo me quedo acá con Dios y lo mío.

Y con Dios se quedaron los unos y con Él se fueron los otros, que siempre es bueno que sea omnipresente para que todos tuvieran su porción de Él, habiendo tomado, como habían hecho, tan diferentes caminos.

Decir que tanto el comisario como el sargento estaban encorajinados, es sin duda minimizar su estado de ánimo hasta el ridículo, pues no les faltaron ganas de irse a buscar sus armas, perseguirles con el automóvil y darles muerte allí mismo; pero no lo hicieron. Y no lo hicieron, en parte, porque el sargento Rodríguez —entre nosotros el badulaque más ladino y cobarde que uno pueda echarse a las barbas—, tanto más experimentado en resolver estas cuitas por su experiencia con el malhadado comisario Martínez, había aprendido y mucho en las formas; y, en parte, porque bastante tenían con la que se les venía encima, pues así que los Pagán supieran del suceso, falta iba a hacerles un buen capote para torear su endiablado genio. De lo que no había duda es de que el Colorado, resentido o no, en cierta forma admiraba la determinación de aquellos hombres, por más zafios e ignorantes que fueran, no había más que ver la forma en que les miraba. A mil como ellos prefería que a uno de esos nebulones que se enmascaraban en la traición para salirse con la suya. El valor era algo que admiraba, y si consintió en que se fueran sin mayor riesgo, fue precisamente reconociéndole, que por de más sabía que podrían echar las patas por lo alto o ser duros de pelar, pero que estaban en su dominio y que podría cobrarse su venganza cuándo y como

quisiera. No así el nefando sargento, quien, salvo holgada ventaja, jamás osaría enfrentar a uno solo de aquellos hombres terribles, decididos por igual a la muerte que a la vida. Sobrados ejemplos de esta clase de matasietes hay en la Historia, de los que emplean métodos más sutiles y eficaces, que al fin y al cabo son los que cumplen propósitos y salvaguardan sus vidas.

El sargento Rodríguez era la antitesis de lo que los cánones demandan que ha de ser un hombre, así en su carácter, taimado y miedoso, como en su físico, pues más parecía ese eslabón perdido que los antropólogos se afanan en hallar, sin encontrarlo, que demostraría el irrefutable parentesco entre el hombre y el mono, según la Teoría de la Evolución de las Especies que promulgara Darwin. Efectivamente, si la Providencia había constituido al hombre sobre la base de la Divina Proporción, por fuerza en la del sargento metió sus dedos el pícaro Satán también, multiplicando acá y dividiendo allá el número áureo por varios enteros. Así sucedía con su cara, que casi era más ancha que larga, como con su cuerpo, corto y rígido como uno de esos troncos que usan los aizcolaris para demostrar su pericia haciéndolos astillas, y como con sus miembros, siendo las piernas excesivamente cortas y torcidas y los brazos tan desmedrados y largos que casi podía rascarse las rodillas sin doblar el espinazo. En el semblante descollaba una frente, estrecha y reclinada, que no era sino una delgada franja de piel con trazas de cuero sin curtir que difícilmente se hacía hueco entre una ceja única y solemne que le corría de sien a sien; una nariz, retraída y ancha como si al nacer le hubieran permitido desplomarse de ídem sobre el mármol del pavimento de la maternidad, y por cuyas cavidades mostraba insolentes mechas de cabellos con las que bien se hubieran podido hacer coletas; una boca, de insolente grandor y provista de finísimos labios que defendían su descuadernada y feroz dentadura, toda ella en dientes de sierra, la cual daba la impresión de poder masticar lo mismo piedras que a cualquier cristiano, y aún de sobrar espacio para otros menesteres; unas peludas orejas de terciado tamaño y tan arriba que más parecían de lobezno, si no de licántropo que no precisa ya de la luna llena para manifestarse; y una barba, cernida y tan abundante que parecía siempre a medio rapar, pero que en realidad es que le crecía con tal exuberancia que preciso le era afeitarse varias veces por día, y aun así, entre horas, más daba la imagen de mendigo que desconoce lo que es el aseo que de policía en el ejercicio de sus funciones. De mal vestir y peor hablar, era famoso entre sus compañeros del Cuerpo y sus convecinos por su acedía y crueldad, si es que quien caía en sus manos era inofensivo o a quien podía meter el miedo en el cuerpo, lo que no era muy difícil si el detenido

solamente reparaba en su imagen; y de extremado servilismo, si se hallaba ante quien suponía con mayor poder o autoridad.

—¿Vio qué hizo el comisario Martínez para sacarse de encima a Pedro Luna y al Rías?... Pues eso, comisario: mejor enfrentemos ahora al Rías con Tito... o a los Rías con los Luna, y nos los sacamos de un golpe a todos —decíale el sargento con mucha malicia mientras regresaban camino de General Villegas en el automóvil para detener a los camiones, en vista que el hurto se había frustrado.

—No —recusó el comisario fuera de sí—; yo me tengo que dar el gusto de poner a esos hijos de la concha de su madre en el camposanto..., en su momento. Esos corajudos no se van a salir con la suya: ¡por mis bolas! No me voy a morir sin darme el capricho de recagarlos a balazos: son míos y en lo mío están.

Juraba y perjuraba el comisario con un rictus anublado instalado en el semblante, que nunca hasta entonces nadie le había atrevido a desarmarle..., y eso que había encarado la flor y nata de la delincuencia de seis provincias. Pero, bueno, ¡hasta ahí podían llegar las cosas! Porque un asunto era que tuviera sus diferencias... menores, digamos; pero otro bien distinto que ahora fueran los bandidos los que se le subieran a los bigotes, además de enfrentarle con los Pagán. Y por ahí sí que no pasaba, no señor: ¡primero muerto!

El sargento, por el contrario y sin duda por estar herido en su masculinidad, sacaba de sí cuanta razón hallaba a fin de exacerbar el ánimo de su superior, quien no parecía atender a razones y concederle la venia de dar cumplida cuenta de los Luna a su modo y manera. Muy por el contrario, a medida que se iban aproximando a su destino en General Villegas, el comisario parecía subir el tono de su estima hacia los Luna, que solamente le faltaba hacerles una loa, entretanto menospreciaba la ofensa que a todos ellos les habían hecho.

—Mire, comisario, yo me voy a encargar de este asunto, o de otro modo esto nos puede meter en líos a todos —propuso el sargento—. Al fin y al cabo, es un deber que tengo, por eso que ha dicho de la Oriana.

—Nada de eso. Yo le diré cómo o cómo no se resuelve esta cagada. Ni quiero acabar como el Martínez, ni preciso de manos distintas de las mías.

—Allá usted, pero yo me saco esta espina de uno u otro modo.

—Vos, sargento, si movés un pelo sin te lo ordene, te saco el mondongo.

Poco antes de llegar, hicieron dar la vuelta a los camiones que iban a su encuentro, y todos se dirigieron finalmente al pueblo,

donde confiaban hallar a los Pagán y darles puntual cuenta de lo sucedido. Y, efectivamente, apenas detuvieron los camiones junto a la gasolinera que había en la carretera de entrada a General Villegas, salieron a la puerta de la cafetería del hotel los dos hermanos, enfundados como siempre en sus trajes blancos.

El comisario se acercó a ellos, fingiendo una sonrisa dura que evidenciaba que era solamente cuestión de cortesía. Sin embargo, Jacinto supo leer en ella un fastidio nacido de inconvenientes que ignoraba y que no le barruntaban nada bueno, y, calculando el tiempo desde que salieron los camiones hasta su regreso, se temió lo peor.

—¿Qué pasó, Colorao? —le inquirió a bocajarro, sin esperar que llegara adonde se encontraba.

—Esos Luna de mierda —se quejó, eximiéndose—, la jodieron, don Jacinto: ¡la jodieron!

—¿La jodieron?... ¿Qué es lo que jodieron?... Mirá, mirá, no me vengas con argumentos, y soltá qué pasó. Soltá la píldora, que soy capaz de tragar lo que sea... y sin diluirlo.

—Que se rajaron. Como les dije, pidieron más plata, y yo, siguiendo sus instrucciones, les dije que el precio era el de siempre...

—Y eso, ¿qué significa exactamente, pelotudo?...

—Pues..., don Jacinto, espantaron las reses y rajaron, incluso desarmándonos.

—¡Pelotudos!... ¡Estoy rodeado por un hatajo de tarados! ¿No te dije que me los bajaras y que te buscaras a otros?...; pero vos no, ¡qué va! Vos sos muy listo, ¿no es cierto?... Y ahora, el que paga las consecuencias de tu boludez, soy yo, ¿no es así?... ¡Harto! ¡Estoy harto de estas gauchadas! Pues escuhame bien, Colorao: o ellos, o vos..., elegí.

El comisario y el sargento permanecieron inmóviles frente a los Pagán, mientras el otro policía aguardaba en el Falcon. Casi por arriba de las cejas mirábales el comisario, leyendo sin dificultad en el rostro de los matuteros que la cosa se había puesto difícil, y que podían caerles a ellos todas juntas como al perro los palos, si es que no resolvían el asunto con atino y serenaban su ánimo.

—Vení, vení a mi cuarto, que este no es lugar para discutir estas cosas. Y decí a esos camiones que rajen de acá y se vayan a la puta que les parió, que no quiero verlos más.

Con la mayor oficiosidad, el sargento se acercó al automóvil y dio instrucciones al policía para que despidiera a los camiones y esperara ahí su regreso, mientras ellos iban con los Pagán a parlamentar un rato. Luego, con la mayor prestitud, siguió los pasos de aquellos, quienes ya habían entrado al patio interior del hotel, en

cuyo perímetro se abrían las puertas de las habitaciones.

Habían tomado la que tenían por costumbre, una amplia ubicada en la esquina de poniente, que sin duda era la de más lustre del hotel. Sin embargo, cualquier cosa era menos lujosa, pues el establecimiento estaba más concebido para camioneros o viajantes de comercio que hacían la ruta de Chile o de Córdoba que para huéspedes de cierto ringorrango. Dos camas que ocupaban el muro frontal a la entrada; dos mesitas de noche; una cómoda con espejo, en no muy buen estado; un mueble bar bajo, de esos de formica imitación madera, sobre el cual había una televisión que no se sabía si emitía programas en clave o captaba emisiones marcianas por la pésima recepción de las imágenes; y una mesa con dos sillas a las que casi había que sortear para acceder al cuarto, era todo el mobiliario que abrumaba la alcoba.

Sobre la mesa había unas copas y una botella de grapa, evidencia que habían pasado bastante tiempo esperando la resolución del negocio. Sin decir palabra, tomaron asiento sin ofrecérselo a sus invitados, quienes igualmente se sentaron sobre las camas a pesar de todo, y encaró, como en él era habitual, el asunto por su justo meollo.

—¿No te dije que los bajaras? Decí, ¿no te dije?... Pues si me volvés a contrariar, Colorao, por mis pelotas que voy a dar un escarmiento con vos.

El sargento, viendo que el comisario tenía poca paciencia para las amenazas y que ya iba poniendo el gesto de poner sus garfios sobre la navaja y despanzurrar a los Pagán, atajó la conversación, y soltó una catilinaria en la que menudearon las invenciones, a fin de poner a salvo al comisario y a sí propio, y permitir que cayera toda la culpa de la parte de los Luna. Ambos hermanos escucharon el exordio sin decir ni mu, pero poniendo cara de muy pocos amigos, hasta que en un momento determinado, hartos ya de tanta excusa, dio Jacinto un golpe sobre la mesa, y concluyó:

—¿La jodieron los Luna, me dicen? ¿Los Luna?...: ¡ustedes sí que la jodieron! ¿Y ahora qué? Le irán con el cuento a quien le venga en gana de que se rieron en las barbas de vos, que me importa una mierda, y de mí..., que me revienta las pelotas. Mirá, no nos interesa esto en absoluto. ¿Qué lo sabe todo el mundo?..., pues claro que lo sabe; pero una cosa es eso, y otra muy distinta que pongan en entredicho mi autoridad, mi organización. Si eso pasara, quienes están más arriba no tendrían otra que recagarnos a nosotros para salvar sus negocios, y no hay duda que el pulso no iba a temblarles. Tal y como pintan el cuadro, estoy seguro de que esos largan lo sucedido a los cuatro vientos, hasta que manden a alguien con redaños y nos cargue de cadenas, si es que no paramos esta bola a

tiempo. Pero no, nada de eso va a pasar. No sé cómo te las vas a arreglar, Colorao, pero no quiero que pase de esta semana sin que les jodás a esos..., y para siempre, que nadie en esta puta tierra se va a agrandar de haber plantado cara a don Jacinto y seguir vivo.

—Pero, don Jacinto —arguyó el comisario—, ¿no se da cuenta que sería peor el remedio que la enfermedad? ¿No cree que sería mayor escándalo matarlos que dejarlo pasar?... Incluso podría intervenir la prefectura de Buenos Aires o los militares, y eso sí que no conviene.

—Pero, milico de mierda, yo no te estoy diciendo que les metas en tu casa y los balees, sino que te las arregles como querás, que eso a mí no me importa. Tu antecesor, el comisario Martínez, no tenía tantos remilgos.

—Por eso está criando malvas.

—Pues que te jodan a vos también, ¡carajo! —objetó don Jacinto, soltando regular manotada sobre la mesa—. ¿Y a mí qué? Vos la cagaste, ¿no?...; pues ahora te las componés como querás, pero lo arreglás. Poco me importa todo. Ya te dije, Colorao: o ellos o vos, elegí.

El comisario tenía reclinada la cabeza sobre el pecho, meditando. Mas no lo hacía acerca de cómo dar fin a los Luna, sino de hacerlo con aquellos o con los Pagán, pues su rostro estaba congestionado como un globo a punto de explotar.

—Don Jacinto..., si me permite, yo puedo encargarme de eso. Me hicieron ver que el tal Jorge anda de lío con mi mujer...

—¡Joder con la noticia! —exclamó don Jacinto—. Con la tuya y con la de medio pueblo, lo mismo que el Ernesto ese de mis pecados. Claro, que esto me pasa por rodearme de cornudos. Si no saben proteger su casa, ¿cómo mierda habrían de proteger mis intereses?

—Por eso —alegó con mala ceja el comisario—, y porque si fuéramos más listos no nos conformaríamos con los centavos, ¿no es cierto?

—En eso estamos de acuerdo —capituló don Jacinto, con un gesto de amarga ironía enseñoreándose en su rostro—, sí señor. Que vos sos boludo, eso está más que claro, como lo está que Rodríguez te secunda; pero no se me pongan piolas, que yo no soy de los que andan con medias tintas. Y te voy a decir más, Colorao: si a este le andan metiendo los cuernos, no pensés que a vos no. Y si no me crees, preguntá a Susana.

El comisario, como si le hubieran dado una lanzada en el salvohonor, se incorporó de un brinco, sacando en un parpadeo la navaja y poniéndosela en el cuello a don Jacinto, y, casi echando espumarajos por la boca, promulgó estas detestables palabras:

—Escúcheme bien, ¡saco de grasa!: no va a seguir con esas, porque le juro por mis muertos que le saco el mondongo acá y ahora mismo. A mí no me corona con cuernos ni mi padre, ¿entiende?...

La primera reacción de don jacinto fue perder el color y tomar prestado el del traje, que por un momento parecieron los ojos querer escapar. Nunca hubiera esperado reacción como esa de un servidor al que pensaba tener más que bien atrapado. Luego de un instante, recobrando la presencia de ánimo, le dijo con dolorosa parsimonia:

—Tenés dos opciones, Colorao, o me matás ahora... o te disculpás, si es que no querés que sea yo quien te haga carne molida.

Su primera intención fue optar por la primera propuesta, que por de más sabía que aquello suponía un salto del que ya no cabía la marcha atrás; pero luego, pensándoselo mejor, aflojó la presa, y dijo:

—Conforme, pero no me vuelva a mentar a Susana, o le juro, Pagán, que me lo llevo por delante.

Una vez se sentó de nuevo el comisario y guardó su navaja, se recompuso don Jacinto el traje, lo sacudió con descuido, intentando ocultar la tembladera que le agitaba el cuerpo como un árbol sacudido por un terremoto, y dijo:

—Esto se está yendo de las manos. Vos, comisario, nunca hubieras debido hacer esto..., pero lo hiciste. Ya veremos cómo lo arreglamos más adelante. Ahora, lo que interesa, es que me saqués a esos Luna de encima, y antes de una semana. No te doy un día más. Si me hacés ese servicio, contá con que este incidente está olvidado. En caso contrario...

Y se le quedó mirando con ojos de vacuno, mientras el comisario, arriscado, mantenía reclinada la cabeza sobre el pecho. Sobre el rostro desplómabase densa sombra por causa del sombrero que detenía en seco la luz que caía a plomo de la lámpara que había sobre ellos, y sus ojos destilaban la luz más negra, cual si estuviera mascullando el más abyecto de los crímenes, no se sabía bien si hacia los Pagán, los Luna... o hacia Susana.

—Mirá, no te lo tomés a mal, comisario —continuó don Jacinto, con un tonillo más conciliador—, pero es lo mejor para todos, porque todos ganamos. Vos vengás tu honor, salvamos el negocio y será una lección para los que vengan a reemplazar a esos negros.

—Podríamos emplear a los Rías —propuso Rodríguez, insuflando su ponzoña al mismo tiempo que trataba de dar por sobreseído el primer asunto y centrándose en el matute, del que obtenía sus buenos pesos.

—En eso yo no entro. Los detalles son cosa suya. Les tengo confianza, y sé que van a resolver bien este asunto, porque en ello les va algo más que unos mangos, y lo saben. Nosotros, por un tiempo, no vendremos por acá, al menos hasta que este asunto haya sido liquidado, en cuyo momento nos dan aviso. Si en el término de una semana no resolvieron, tendremos que hacerlo nosotros, y eso no iba a gustarles, ténganlo por seguro. ¿De acuerdo, Colorao?

El comisario se incorporó lentamente, arrastrando consigo aquella sombra densa y negra de antes. Metió las manos en las faltriqueras y encaró a don Jacinto, hundiendo en su rostro abofado y en sus ojos aquel hielo negro de su mirada, y soltó con su escalofriante tonillo homófono estas tenebrosas palabras:

—¡Sin aflojar la manija hasta que no quede más sangre!

Y sin decir ni mu salió del cuarto, dando un portazo que percutió con ronco eco en casi todas las habitaciones desocupadas del hotel.

No las tenían todas consigo los hermanos Pagán sobre si había sido un juramento de lealtad o un aviso de que la Parca también les rondaba a ellos, pues lo que sintieron fue que un frío glacial les encogía el corazón, como si les hubiera mirado a los ojos el mismo Belcebú.

—Esto se nos ha ido de las manos, hermano —se lamentó don Jacinto, tanto pronto se quedaron solos y le regresó el alma al cuerpo—: se nos fue sin remedio. Mirá, me temo que no va a ser bastante conque nos libremos de los Luna, sino que a estos los vamos a tener que despachar también..., si es que queremos vivir tranquilos.

—Pero no..., Jacinto —interpuso su hermano—, no puede ser. No podemos andar por ahí matando gentes...

—Vos sos imbécil, Alberto. ¿No sabés que si no son ellos, a quienes nos van a joder es a nosotros?... ¿Sabés lo que podría destaparse?... No, hermano, no; lo que se nos viene encima es todo un baño de sangre, y quiera Dios que no nos salpique.

—Estoy asustado, Jacinto.

—Y yo hasta las bolas de tus troladas.

5 — Fidelidades e Infidelidades

Antes de irse a sus respectivas casas, el comisario y el sargento hablaron lago y tendido en el automóvil. Fumaban ansiosamente un cigarrillo tras otro mientras se daban cuerda, exacerbándose los ánimos como calderas que atizaran los demonios. El sargento quería, no tanto vengar su honor como su orgullo herido, porque aquella gentualla le hubieran burlado, jurando que tiesas se las guardaba a Oriana tan pronto la tuviera ante sí; y el comisario, claro está, no quería ceder el privilegio ni en esas, impidiendo que el impulsivo e insensato Rodríguez pudiera cometer una imprudencia y dejar su pensión al garete o, lo que es peor, dar con sus huesos en un penal.

Porque, pongámoslo sobre el tapete ahora que nos viene que ni pintiparado, el comisario jamás perdía la compostura, no siendo desconocedor que, de un modo u otro, su futuro estaba resuelto si se andaba con tiento y no cometía errores, que eso del cuatreo y otros negocios eran... asuntos menores, digamos, que le proporcionaban algún ingreso extra que jamás le lanzaría a la fortuna; pero de ahí a ir baleando a la gente, por más que se lo mereciera, nanay. Por otra parte, ya no eran los tiempos de las guerras de fronteras y no podía hacerse una matanza sin llamar la atención; de manera que mejor que el tiento y la sensatez se impusieran a la fragua de la sangre que exigía y clamaba venganza pronta y ejemplar. Los únicos que tenían licencia para matar sin responder ante nadie, era solamente los de las Fuerzas Armadas y quienes con ellos y por su mandato colaboraban; pero jamás se tragaría nadie que los Luna tenían algo que ver con cualquier ideología fuera de la supervivencia. No, no; mejor prudencia, ya digo. Al fin y al cabo, un muertecito hoy, otro mañana, etcétera, hasta que terminaran con los cuatro, ¿quién lo iba a relacionar?, sobre todo si no eran los mismos los ejecutores, sino que hoy era un agente, mañana un Rías, el otro Rodríguez y más tarde, como guinda que colma el pastel, él mismo. Porque a Ernesto se lo tenía

reservado, y ese coco, pian piano, se lo comía solito, vaya que sí, ¡y sin pelar! Por el contrario, si organizaban una matanza, por más que no hubiera testigos, supondría poner en pie de guerra a no se sabía bien qué fuerzas, pues las gentes que se guardaban tras el matute eran de lo más principal, así en la provincia como en la misma capital. Mejor que se impusiera el seso, sí, porque ellos no iban a permitir que una investigación les pusiera bajo sospecha, y estando los militares en el poder nunca se sabía.

En estos bien mesurados términos razonaba el comisario antes de llegar a casa, trazando planes más que bien definidos. Sin embargo, no por eso dejaba de hacer verdaderos esfuerzos por evitar que Rodríguez cometiera una badulacada, que era hombre con pocas pulgas y todas muy malas, y, por más que fuera el mayor cobarde que vieron los siglos, bien sabía que estos son los peores de todos y perfectamente podía cometer cualquier disparate. El sargento se tenía por sensato y bien pensado, pero no, nada de eso era cierto; lo que el Cielo no le dio de talento, habíaselo suplido con largueza con brutalidad, y a fuer bruto, de ignorante. ¿Los Rías meterse en pleitos de sangre con los Luna, después de las experiencias del pasado?... Pero, bueno, ¿ese Rodríguez loqueaba o es que había contraído un mal?... ¡Faltaría más, hombre! Los Rías, como los Luna, eran matas de la misma huerta, y si en el pasado tuvieron sus pleitos, siempre se cuidaron muy mucho de entrar en pendencias directas entre familias. No, no, nada de eso. Si trataban de levantar lo equívocamente ponderaban como liebre, todo fuera que les saliera un tigre, y en vez de tener que eliminar a cuatro adversarios peligrosos, se tuvieran que enfrentar a todo el pueblo... malo, digamos, hombres y mujeres que tenían lava por sangre y que no cejarían hasta que les enterrasen, que ni de los más chicos ni aún del tiempo se podía uno fiar, como ya se vio con el comisario Martínez.

En fin, el caso es que tras un largo tira y afloja pareció ceder Rodríguez a las exigencias del comisario, no sin su pataleta correspondiente, para conseguir lo cual tuvo que hacer valer hasta su rango, as este que tenía guardado por si fallaba todo lo demás, como así había sido.

Rodríguez, aceptó, pero se mostró absolutamente renuente a ceder su privilegio de matar a los Luna a terceros que no fueran ellos o los Rías. Al principio de la conversación parecía comedido, e incluso capaz de hilvanar un plan con visos de poder ser llevado a cabo; pero a medida que pensaba que Oriana retozaba con esa cochambre humana de Jorge Luna, vaya usted a saber cómo y dónde, comportábase como si tuviera los más exacerbados demonios en el alma, los cuales avivaban su ánimo, empujándole al

desquite. Parecíale ver a su esposa ligera de ropas haciendo con ese gaucho lo que con él jamás haría, siempre tan recatada y mojigata que hasta no sabía cuánto hacía que no la veía desnuda como una buena cristiana. Para ella el amor era cosa de rutina, de sábado por mejor decir, y rapidito, que solamente la faltaba limarse las uñas u hojear una revista mientras él mugía como un bucéfalo. Y no es que se demorara mucho, no, que tenía eyaculación precoz por influjo de una mente que se echaba al barranco de la perdición antes de que el cuerpo pudiera seguirle; pero, ¡caramba!, hasta ese minuto o minuto y medio le negaba, privándole de un deleite que calentara su carne como ardía su cerebro. En fin, que enfrentar esta imagen... de la costumbre, digamos, a la visión que tenía cuando le imaginaba con el Luna... o con los Luna..., o con vaya usted a saber cuántos otros, que una vez que se empieza no se sabe cuándo se tiene bastante, le hacía efervescer la sangre como si fuera soda. Y la veía ante él quebrándose de placer, mientras el gaucho la hacía mil perrerías, entretanto ella mostraba desmanes muy propios de esas ratas de sacristía que repartían su tiempo entre cruces... y cuernos. Ya la iba a dar él su buen relicario..., ¡y de comulgar!, porque si lo que quería era penitencia, que lo tuviera por cierto que no iba a faltarla..., ¡y al contado! Nada de oracioncitas ni misas ni mandangas de esas, no señor: al contado y a colores, que preferiblemente fueran del morado al violeta, sin olvidarnos del negro.

Así fue calentándose Rodríguez mientras trataba de dilucidar con el comisario el castigo apropiado para esa gentualla y cómo llevarlo a efecto, pareciéndole a cada propuesta que hacía que se iba quedando corto. Era como si hasta que comenzó a imaginar esta situación estuviera noqueado, como percibiendo la realidad cual si fuera ajena, y por fin despertara. ¡Y cómo despertaba, Santa Águeda bendita! Si ahora pensaba que mejor darles dos tiros por la espalda y en la noche, uno a uno, a renglón seguido juraba que prefería hacerlo a la cara, para que supiera bien a las claras antes de morir quién y por qué le arrancaba la vida como una mala hierba; y no terminaba de exponer esto, cuando ya estaba proponiendo que mejor llevarles a un garaje o a un granero, y hacerles la manicura y cuantas otras herejías se les ocurriera, que nadie, nadie en el mundo iba a poder decir sin su justa recompensa que había puesto los cuernos al sargento Rodríguez.

Gracias a Dios, como digo, el comisario logró poner un poco de orden en aquel desconcierto, obligando prácticamente al sargento a hacer lo que él le demandara con una puntualidad rigurosísima, aunque en compensación a su paciencia, y por ganársele, le prometió parte del premio y cederle al menos una de las víctimas,

Jorge Luna. En fin, mejor eso que nada, pareció pensar el sargento, y con algo más de continencia, marchó a su casa a cantarle las cuarenta su recatada esposa, que si quería juerga, esa noche iba a hartarse, ¡y de tenazón!

No las tenía todas consigo el comisario, quien veía irse a su subordinado con ese característico abatimiento que en un instante lo desbarata todo, a poco que se rompieran cualquiera de las débiles ligas que él le había impuesto. Ese hombre no era de fiar, y mejor le parecía que sería tenerle bien controlado. Pena le daba verle irse en aquel estado, casi pegándose a los muros de las casas, a imagen como los toros buscan la madera de la barrera para morir..., aunque en una de esas, bien podía darse un arranque, embestir mal y desbaratarlo todo. Y se le pasó por la crisma la idea de usarle de ariete contra los Luna, sacándoselo así de en medio, que si un peligro era ahora, mayor peligro lo sería más adelante, siendo quizá su subordinado el que tuviera en su bolsillo las llaves que podrían cerrar para siempre su celda.

Fiebre le parecía tener de cómo le funcionaba el cerebro, sucediéndose las alternativas y soluciones como si fueran una infección que le consumía. Por algún resorte ignorado, habíase puesto en marcha su máquina lógica, aquella que durante tantos años le sirvió para embolsarse sus buenos pesos sin caer jamás en una trampa o pisar en falso, no teniendo otra cosa contra él que el testimonio de quienes compartían matute, fueran o no gentes de ringorrango. No había duda, la lucidez en su manifestación más dichosa le embriagaba, e ideaba planes como si los coleccionara, razonando ora en dar al traste con los Pagán y achacárselo a los Luna; ora en enfrentar a policías y Lunas, que si estos caían, ya le pondrían otros, que de eso sobraba; u ora en sacarse de en medio al mismo sargento, quien bien podría frustrarlo todo, dándole dos pistoletazos bien dados en un callejón y argüir que fueron los maldecidos Luna, poniendo al pueblo de su lado y bendiciendo el exterminio de esa gentualla.

Incluso, véase cómo puestos a disparatar los desbarros se suceden sin tasa ni colmo, poner a su misma esposa en un Gólgota bien crucificadita por..., bueno, ya se imaginará por qué. Porque, digámoslo ahora, si comparamos su crítica situación frente a los Pagán o los Luna con lo de su esposa, vamos, es que se le llevaban los diablos. ¡Qué iba a comparase ni compararse! Esa Fulana era lo peor de lo peor, no porque atentara contra su vida, que de otras más tiesas había escapado indemne, sino porque había atentado contra lo más sagrado para él: su hombría. Su hombría, sí, y bien su hombría. Lo del honor y esas simplezas ni las discurría, pero que quien consideraba de su exclusiva propiedad le viniera a poner una

corona de pitones, nombrándole rey de los cornudos, era algo que le sacaba de sí, obnubilándole y no viendo otra cosa que sangre. Al fin y al cabo, se trataba de eso, de propiedad: ella era tan suya como su arma reglamentaria, su billetera o sus calzones, ni más ni menos.

Y con estos pensamientos, que llenábanle al alma de zozobra, se fue a su casa e hizo que Susana cantara como una soprano bajo su batuta, y leamos por este último eufemismo, puños. La mujer, que ni tiempo tuvo de saber de dónde ni cómo la caían los golpes con aquella cadencia tan encomiable y en tal profusión, dio todo tipo de explicaciones, temiéndose que iba a dejar la vida en aquel brete. No faltaron excusas y eximentes, pero ninguna de ellas la sirvieron para mitigar el castigo, pues allá cuando amanecía, estaba como una estera por lo vapuleado, aunque tuvo su buen cuidado el fajador de evitar que hubiera ostensibles marcas en el rostro.

Ella, viendo que era inútil obstinarse en cerrarse a cal y canto a cuanto su esposo demandaba tan gráficamente, optó por lo que en su saber de mujer era lo más conveniente: descargar lo grueso del delito en las espaldas de otro. Y juro y requetejuró que, si cayó en la felonía, la culpa la tuvieron el tal Jorge y el tal Ernesto, quienes la amenazaron insistentemente con demandarle a él por el asunto del cuatreo, advirtiéndola que tenían en Buenos Aires un primo de su abuelo, sobrino de Esteban Luna, que su buena mano tenía en el Congreso y bien podía poner al fiscal general en su contra, metiéndoles a todos en una celda bien obscura.

La mujer, a pesar de que la sucesión de golpes y gritos no la dejaban pensar con claridad de juicio, no podía borrar de sus mientes la imagen de Ernesto besando a Rosa ante sus narices, como les viera la mañana precedente. Si rabia sentía su esposo por la traición, no menos sentía ella, quien al ver esa estampa percibió que para siempre se le había escapado aquel gauchito que supo robar su corazón, lazándole y poniéndole su marca. Ese perro, pensaba para sí, no iba a salirse con la suya, así fuera lo último que hiciera en su vida. Lo de Jorge, al fin y al cabo, era peccata minuta, cosa de fruslería y entretenimiento y de estar más cerca de quien verdaderamente era depositario de sus afectos, porque la había proporcionado más que simple y vacuo placer carnal: un sentimiento en que había mucho de su alma.

El comisario, ya fatigado de dar golpes a quien con tal perseverancia se afirmaba en cargar lo abyecto de su proceder sobre esos Luna, no tuvo otra que creerla, o así se lo demandó su conciencia. Y es que al pecador, inmediatamente satisfecho la compulsión del pecado, todo se convierte en atrición y lágrimas de cocodrilo, atormentándole su conciencia con aquel respirar fatigoso de Susana, a quien, sin la menor duda, había roto varias costillas,

temiéndose que se le había ido la mano y que bien pudiera haberla matado. Si momentos antes se hubiera quedado con su vida entre las manos y la hubiera exhibido orgulloso como un trofeo, ahora era todo desvelo y mimo, pidiéndola perdón tan conmovedoramente que ganas daban de darle consuelo a él. Así de feo es el pecado, que el verdugo solicita clemencia de la víctima, a imagen como en la Edad Media pedía una moneda que representaba el indulto por su crimen a quien iba a ser decapitado.

Esta debilidad la supo aprovechar Susana, sacando de ello tanto partido que pareciera que hubiera sido un plan concebido por ella misma. Y es que de tonta no tenía ni un pelo. Era una de esas mujeres de armas tomar, capaces, como vulgarmente se dice, de sacar leche de una alcuza. Y no podía ser de otro modo, pues había sobrevivido a muchos años de matrimonio, saliéndose siempre con su encanto, así tuviera que pagar de tanto en tanto un pequeño tributo, como lo eran esas tundas esporádicas que recibía. Bien hubiera podido separarse de él, o incluso haberse dado a la fuga con alguno de los numerosos amantes que tuvo a lo largo de su infernal maridaje; pero no, ella se quedaba ahí, haciéndole pagar al ciento por uno, que era cuestión de tiempo que en una de esas se metiera en un lío del que ya no podría salir y se dejara la piel en algún callejón... o algún penal. La paciencia, para ella al menos, tenía su premio.

El comisario, todo amorosidad y arrepentimiento, quería dar muestras de que solamente fue un mal momento, una cerrazón por una infidelidad, pero que no únicamente la perdonaba, sino que admitía que ella, blanca paloma entre gavilanes, había caído en la trampa de aquellos pelafustanes. La preparó un café bien cargado y se lo llevó a la cama, sobre la que ella estaba recostada, llorando histriónicamente como una Magdalena.

—¡Sos un animal! —imprecábale ella—. Todos tus malos modos caen siempre sobre mí, sin preguntarme siquiera por qué se han dado las cosas de esa forma. Pero vos, nada, a lo tuyo, como si Dios te hablara a cada rato al oído. ¡Pues te equivocaste, monín!... No he cometido otro pecado que ser una víctima tuya, y, por tu culpa, de esos. Porque todito ha sido porque no te metieran en líos y te enviaran a un penal. ¿Y así me pagás? ¿Sabés cuánto he sufrido por verme sometida a esa ignominia? No, claro, vos qué vas a saber, si andás siempre metido en tus cosas con esos hampones con los que andás, que vas a terminar tirado en una esquina o metido en el portaequipajes de un auto. Pues ¿sabés lo que digo?..., que mientras me forzaban, porque eso es lo que hicieron, forzarme, vos no estabas donde ha de estar un esposo. Porque me forzaron, viejo: me forzaron. Sí; la primera vez me agarraron allá, en La Olla, y me

violaron los tres hermanitos esos: Rubén, Ernesto y Jorge, que no sé quién es peor de los tres, aunque me creo que es Ernesto. Yo vine a casa llorando como una bendita, ¿pero dónde estabas vos? ¡Por ahí, con tus enredos!... ¡Bien que se habrán reído de vos en tus barbas! ¡Y vas de piola!... Ja, piola: ¡de cornudo, diría yo! Ellos gozando a tu esposa cuando se les antojaba, y mientras vos poniéndoles carita dulce y sacándoles de líos. ¡Si es que no puede haber hombre más zonzo en el mundo! Te meten los cuernos, y vos les pagás por lo que hacen. Pues, ¿sabés qué te digo?... ¡Que más te valdría haberles baleado como lo que se merecen, sobre todo a Ernesto ese, que es el cabecilla de todos! No has sabido ni defender tu honor, y probablemente seas el hazmerreír del pueblo, porque acá todo se sabe enseguidita, y seguro que todos murmuran de vos. Encima de cornudo, apaleado. No, si es lo que digo, que a vos las grandes te las cuelan y las pequeñas ni las olés. Y venís acá, todo fantástico, y me soltás esta milonga para que tus enemigos se rían más y mejor, que seguro que ahora estarán disfrutando de lo lindo. ¡Zonzo, que eres un zonzo! ¡Si no te quisiera como te quiero, no sé en qué darías! Pero te quiero; muy a mi pesar, pero no lo puedo evitar, ya ves. Soy débil, viejo, ¡débil!, y te amo como una colegiala, vos lo sabés; de otro modo, hace mucho que te hubiera dejado una nota: «Vale por una mujer.» Pero me tenés ganada, y acá a tus pies. De eso te valés, ¡mal hombre!, ¡mal esposo! Si fueras como debés, agarrarías a esos y los colgarías del palo más alto, para que todos sepan bien a las claras que nadie se ríe del comisario ni de su esposa. ¡Ay, Dios, qué vergüenza tan grande! Nunca más me voy a animar a salir de casa: ¡nunca más!

El comisario, que oyó el exordio de su esposa como una lista de cargos ante el tribunal supremo de la conciencia, enfurecíase por instantes, y no contra ella, precisamente, quien había logrado desviar su atención a los Luna, convirtiéndose en herramienta propicia de su venganza.

—No te apurés, flaca, que esos ya están tiesos: ¡lo juro! —dijo con su tonillo homófono, sin salir de su estado pensativo, pero pronunciando estas palabras con tal acíbar, que al más pintado le hubiera cuajado la sangre en las venas.

Sentado en la cama, con la cabeza reclinada sobre el pecho, como un colegial reprendido por haber sido sorprendido en plena pifia, no pudo ver la sarcástica sonrisa de su esposa, quien daba por más que bien pagada la paliza, saboreando ya las mieles de la revancha.

* * * * * * *

Nunca se supo con exactitud qué o qué no dijo Oriana a su esposo, el sargento Rodríguez. Tan solo se apreciaron las consecuencias, y estas fueron como un reguero de pólvora que recorrieron Tres Algarrobos tan rápidamente que peligro hubo de que se incendiara por los cuatro costados, a imagen de la Roma de Nerón. No se sabe si delató o no a los Luna, aunque no pocos suponen que sí; pero de lo que no cabe ninguna duda, es de que levantó la liebre de doña Laura, la Celestina que cedía o alquilaba alcobas en su casa para los escarceos amorosos de sus convecinos más allegados o pudientes, y se armó una zapatiesta de mil diablos. Fue el mismo sargento Rodríguez quien informó a Fabián Stefano, el esposo de doña Laura, el cual sin recato ni sigilo, la agarró por el moño en el almacén de don Pedro y se la llevó arrastrando por las guedejas hasta su propia casa, donde la sometió a un cuestionario de padre y muy señor mío, y quien entre el La y el Do, cantó tantos nombres que pocos, muy pocos convecinos pudieron jactarse de no hallarse en aquella nómina. ¡Vaya letanía, Santa Bárbara bendita! Pareciera que en el pueblo a todos y a todas les había dado por lo mismo, en una suerte de pansexualismo que les empujaba, a falta de otros entretenimientos, a matar el tedio rural dándole a las horcajaduras. ¡Y cómo le daban, Santa Madre de Dios! Seguramente, todos pensaban que se entretenían a espaldas de su consorte, pero estos, fueran hombres o mujeres, hacían otro tanto, de manera que quien más, quien menos, ponía y recibía córneas coronas casi a diario.

La que se armó en el pueblo, ya se puede imaginar, que aquella misma mañana se oyeron los nombres por rotondas y esquinas como si se hubiera decretado una movilización general, y pocos fueron los que no tuvieron fandangos en su casa, mientras los chicos estaban en la escuela. Entrada ya la tarde, pareciera que era cosa de carnaval, pues no pocas mujeres mostraban en sus semblantes los excesos del celo matrimonial, e incluso un par de ellas mudaron de residencia, pues pusieron punto final a sus respectivas vidas maritales, bien por sí, bien animadas por sus consortes.

Como digo, excepto del nombre de Laura, no se sabe en qué más se explayó Oriana. Misterios que solamente se pueden resolver por la vía de la observación de los acontecimientos posteriores, pues siempre los efectos delatan las causas que los originaron. Y los efectos fueron terribles, no hay duda. Algo, y muy gordo, debió decir de los Luna, pues aquella misma noche, cuando Rosa regresaba a su casa cerca de La Olla, y ya cuando las últimas luces del día amenazaban con extinguirse, la salieron al paso cuatro o cinco hombres y la violaron a pesar de su estado. Hay testimonios al respecto para todos los gustos: que si fueron Fulano y Mengano de

tal hacienda...; que si Zutano era o no era un hacendado o si Perengano se metió en el ajo...; pero lo único en lo que casi todos coincidían, es que entre los cinco asaltantes había al menos tres policías, y uno de ellos era el sargento.

El caso es que la salieron al paso cuando bordeaba la ciénaga, la derribaron como a un potro, rasgaron sus ropas e hicieron con ella cuanto les vino en gana. Rosa, qué duda cabe, trató de resistirse como pudo, pero ello es que no fue suficiente, y todos ellos abusaron de la indefensa mujer, sin duda como rúbrica de complicidad en el escarmiento, poniendo en un tris su embarazo. Nadie oyó—o quiso oír— sus gritos, ni atendió su deprecación a su estado, pues aquellos que sobre ella estaban eran cualquier cosa menos hombres, pareciéndola que el mismo Infierno había liberado a sus faunos para que dieran rienda suelta a lo más abyecto de sus instintos. Finalmente, se entregó a sus verdugos, extenuada por el desproporcionado combate, permaneciendo inmota mientras contemplaba el cielo cuajado de estrellas y de sus ojos caían copiosas y densas lágrimas. Se entretuvieron con ella cuanto les plació, no abandonándola hasta que casi estaba privada de sí misma, pues no solamente fue abuso sexual, sino que la propinaron diversos golpes en varias partes de su cuerpo para aplacar su furia, aunque el peor de todos ellos fue una patada que como despedida le propinó el supuestamente cabecilla.

No inmediatamente, pero cuando recobró la consciencia y se halló sola por fin, llorando aún como una Magdalena, se incorporó como pudo, se recompuso las ropas lo mejor que supo y partió hacia la casa, teniendo que detenerse de tanto en tanto para poder respirar, pues la parecía que debía tener roto el alma. Mas no era este dolor mordicante lo que más la afectaba, ni siquiera la camisa y el sujetador hechos jirones o la falta de bragas que permitía que aquella infecta aguadija se deslizara piernas abajo desde lo más íntimo de su ser, sino el temor de perder a su hijo, quien se agitaba en su seno como si estuviera agonizando. Por ese especialísimo sentido que tienen las madres que las une indefectiblemente con la vida que engendran, parecíala oír sus ahogados grititos, su ulular nonato, como si fuera el estertor de un pajarillo al que han expulsado de su nido. Su corazón trastabillaba, como su pensamiento acibarado y tenebroso, haciéndola ver ante sus ojos terribles escenas que imposible es que ojos mortales pudieran contemplar. La angustia deshacía los terrones más sólidos de su fortaleza, convirtiendo sus emociones en inconsolable amargura e insoportable padecimiento. A medio camino de su casa, pareció desfallecer. Hincó rodilla en tierra y, con ambas manos aferradas en la grama, gritó fuera de sí: «¡Mi hijo, virgencita: mi hijo!» Pero

nadie escuchó su alarido de madre abatida, salvo el inconsolable cielo, quien permitió que una lumbrosa cometa rayara la negritud de Norte a Sur, como una benditísima lágrima de Nuestra Señora, quien, al fin y al cabo, es la decana de todas las madres. Hacía algo de frío, sin duda consecuencia de aquella sudestada que aún persistía, pero su sangre hervía como la lava, atizada por aquellos pensamientos que sembraban zozobra a su alrededor, cual si las trompetas del Juicio Final ya estuvieran llamando a cónclave.

Casi una hora tardó en alcanzar la casa. Nadie había aún en ella, pues los hombres y la Lechiguana habían ido a tratar el asunto de la yerra del día siguiente. Les habían llamado aquella misma tarde para suplir a unos forasteros que habían decidido partir antes de terminar la faena, y al hacendado no le quedó otra que recurrir a los Luna, si es que quería tener marcado todo su ganado para el Día de la Tradición. Solamente Pelusa esta allí, ovillado junto a la puerta de la casa, tiritando de frío.

Sin perderle de vista, se arregló lo mejor que supo, cruzándose tanto la camisa que impidiera ver que la faltaban los botones, estirando el brazo a lo largo de la falda para que no se apreciara el desgarro que prácticamente la convertía en un paño único y, tras pasarse ambas manos por el cabello, reordenándolo, se dirigió a la casa como si nada hubiera pasado, y le dijo:

—¿Qué hacés acá?... ¿No tenés frío, que andás solamente con esa remera?

Pelusa, quien se puso en pie de un brinco como si hubiera visto al Santísimo, sin descruzar los brazos para consolar su tiritera y metiendo aquellos dos carbones que tenía por ojos en Rosa, la respondió con esta simpleza cargada de inocencia:

—Frío, tengo. Lo que no tengo es pulóver.

Ella no dijo ni mu, pues en el momento de echar la puerta al muro la dio un pinchazo en el vientre como si la hubieran ensartado con un hierro candente. Se acercó a su lecho, tomó asiento, y, dirigiéndose al galopín, le pidió, fingiendo naturalidad:

—Pibe, agarrá algo de abrigo y ve a ver por qué se demoran tanto.

Pelusa agitó la cabeza afirmativamente, y en un decir ¡Jesús! salió fuera. Le sintió subirse a su caballo desde el palenque y salir más que aprisa por el camino que daba a la estación, lugar de donde vendrían los suyos. Ella, entretanto, salió fuera y se aseó lo mejor que pudo, frotándose con tal rabia que más pareciera que quisiera sacarse brillo, mientras copiosas lágrimas caían de sus ojos y entre dientes soltaba una retahíla de andróminas que por lo grueso omito reseñar en estas páginas. Luego, volvió a la casa, se puso ropas limpias y se tendió sobre el lecho, poniendo una mano

sobre el vientre y el otro brazo cegando los ojos. Y comenzó a canturrear una nana, meciéndose sobre el colchón de paja cual si acunara a su retoño nonato.

En estas estaba, cuando entró la Lechiguana en la casa.

—¿Te sentís mal?... Vamos, flaca, decí: ¿te sentís mal?...

Ella, sorprendida, se incorporó como si le hubieran clavado un alfiler por debajo del colchón, y replicó algo azorada:

—Sí... No... No sé, quizá algo rara.

La madre de los Luna la miró de forma un tanto ambigua, de un modo que Rosa no supo identificar, medio llena de preocupación, medio llena de sarcasmo, y trató de disimular una inquietud que a todas luces evidenciaba con su conducta atropellada y depresiva.

—¿Le pasa algo?averiguó.

—Decilo vos —gruñó la Lechiguana, mostrándola una prenda suya impregnada de sangre y aguadija que había hallado atrás, junto en el lavadero, cuando fue a cerrar el grifo abierto—. Te dejaste abierta la canilla, y mirá lo que encontré.

Su primera intención fue soltar una bola de esas que hacen época, pero la desechó apenas se la ocurrió tan infeliz disparate. A continuación trató de urdir una excusa, algo que justificara aquella sangre sin tener que confesar lo sucedido; pero creyó que los ojos de aquella mujer castigada podían leer sin dificultad en las páginas de su alma. Al fin, comprendiendo que la verdad era el único camino que se hallaba expedito a su aflicción, soltó este elocuente soliloquio:

—Yo la pido, Lechiguana linda, que nada de lo que la voy a decir salga de acá, de entre nosotras. No..., no diga nada, y escúcheme primero. Luego, si lo cree conveniente, pégueme, castígueme o pídame un milagro, que yo voy a hacérselo gustosa; pero no diga nada a nadie sobre lo que voy a contarle, sobre todo a Ernesto, ¿si?... Bueno, el caso es que me salieron al camino algunos hombres, y me violentaron. Yo sé por de más quiénes fueron, pero no voy a decirlo jamás. Oí a uno de ellos decir, que tan pronto Ernesto fuera a cobrarse venganza, lo mandaban al oyo, y no quiero que le vaya a suceder nada malo por mi culpa. Usted me entiende, ¿verdad?... No podría perdonármelo. Tratan de usarme contra mi esposo, y yo no voy a ser más que su apoyo. No va a vencerme esta rabia que me roe las entrañas. Mi venganza, precisamente, va a ser tener a este negro y ser feliz con mi marido, como yo sé que Dios lo quiere. Si él supiera algo de esto, trataría de vengarlo, así le fuera la vida en ello. Yo sé qué represento para él, mamá...; lo sé muy bien, y no voy a consentir que nadie le haga daño. Él ve por mis ojos, sueña a cada rato conmigo, y si supiera algo de esto... Usted va a ayudarme en esta mentira, ¿verdad?... Él no debe saber nada. Temo

por mi hijo..., no sé, como que me siento mal. Quizá no sea más que un trastorno pasajero y dentro de un rato me sienta como nueva; pero... no sé, algo me dice que no está bien. Quizá sea una aprensión, o solamente que el parto se adelanta, ¡Dios lo quiera!..., pero siento que algo falla.

Ambas guardaron un instante de silencio. En aquella vizcachera, la grandeza de aquellas dos mujeres relumbraba como la más preciada joya en el más inmenso estercolero del mundo. Su egregia entereza, su amor enhiesto y su fortaleza de hembras se elevaba sobre este planeta de sabandijas, inundando el entorno de una luz sobria y amansada, remanente de dos almas castigadas que aún sabían beberse su horror y su pena, mamarse su miedo, para que sus hombres no supieran que les estaban tendiendo emboscadas. Solas, casi abrazadas, buscaban con ahínco fuerzas dentro y fuera de sí para conjurarse en suplantar con sonrisas su rencor y apagarlo con su amor inmenso, mostrando a sus hombres, cuando regresaran, la cara que les ponía a salvo del honor y de la muerte. Si había una forma hermosa de querer sobre las demás, sin duda era esa.

Regresaron los hombres, y ellas, como Fénix que emergía desde las cenizas de la angustia y el desconsuelo, brotaron, mostrando un carácter que, sin llegar al dicharachero, sabía ocultar la tragedia que dentro de ellas amargamente se celebraba. Tal vez por experiencia nadie percibió en la Lechiguana nada fuera de lo común; pero el torpe disimulo de Rosa les hizo temer que había caído enferma. Ernesto, todo complacencia y delicadeza, se interesaba insistentemente por su estado de desasosiego, que tenía en el rostro una mueca como de haberse hallado cara a cara con el mismo diablo; pero ella no soltaba prenda, dándole largas, evasivas o, lo que es peor, cambiando de tema.

—Déjala, che, ¿no ves que eso es cosa del embarazo? La hora se acerca, m´hijo, y los miedos aprietan —terció la Lechiguana, echando un capote desde el fogón.

—No, no es eso —intervino Tito, quien por ser viejo se las sabía todas—; no creo que el miedo la haya hecho esas marcas en los brazos y en el cuello.

Ernesto, que hasta ese momento no había reparado en ello, detuvo a su mujer en seco, la tomó las manos y, temiéndose lo peor, le dijo:

—¿Qué fue esto, Rosa?... ¿Quién fue el hijo de la gran puta que te hizo esto?...

Artificioso sería decir que se quedó atónita. Antes bien, podía casi leerse en la expresión de su rostro todo un atestado inculpatorio. Trató de articular varias frases, presumiblemente de descargo, que por de más conocía a los suyos, y si sospechaban que

había habido atropello, ahí mismo se abrían de par en par las puertas del Erebo; pero no salió de su boca ni una fusa. Al fin, haciendo acopio de integridad, hinchó el pecho y, fingiendo una compostura del todo anacrónica en ella, soltó el siguiente jicarazo:

—Me lo hice yo, porque..., porque... estoy sangrando. Me caí, ¿sabés?..., y estoy muy preocupada. Quiero demasiado a este pendejo como para perderlo a estas alturas, y la rabia... o el miedo, me hizo llorar mucho.

Vamos, eso no se lo creía ni quien lo pronunciaba. Tito, casi guiñando un ojito, dijo «acá hay busilis», y fingió quehaceres para la faena del día siguiente, pero sin perder ripio de cuanto hacía o decía.

—Es cierto —se reafirmó en su mentira—. Sangré mucho.

—La culpa fue mía —intervino la Lechiguana, pronta al quite, sin dejar de cacharrear—. La mandé a un recado al patio, y se dio una morrada. Pero, ¡bah!, no ha sido na. Un golpe mal dado..., y un susto.

Ernesto, ciego como todos los esposos cuando se trata de acallar los quebrantos de su esposa, por ser lo más urgente y principal, dedicose a consolarla, no olvidando sus resquemores, pero sí postergándolos para mejor momento.

—A vos te jodieron —gruñó Tito—..., como si lo estuviera viendo. Hija, yo soy viejo ya, y estas milongas no tienen acordes en mis oídos.

—Pará, papá, no jodás más —cortó Ernesto, quien tomó a su esposa por el hombro y la sacó de la casa.

—Vos sos el bocón más pelotudo que jamás me echaré a la cara —le riñó la Lechiguana al punto que ambos salían.

No saludaron a Jorge y Rubén cuando se cruzaron con ellos bajo el dintel, sino que estos entraron un tanto sorprendidos por su actitud, sin perderles de vista.

—Y a esos, ¿qué les pasó? —indagó apenas puso un pie en el interior.

—¡Qué les pasó, qué les pasó! —coreó con muy mala ceja Tito, sin dejar de trastear como si estuviera sumido en un peculiar y singular combate con aperos y enseres—. Que este pueblo de mierda ya me tiene colmado. Estas gentes malas, están por hacernos la vida imposible.

—¿Qué ocurrió? —dijo muy secamente Rubén, poniendo un gesto que bien dejaba entrever que su genio iba tornándose del azul al negro más cerrado.

—Por lo que me barrunto, a esa, esta noche, la despatarraron. No, si la que a mí se me escape... Este mundo es un asco, y ya no quedan hombres, sino bichos. Agarraron a esa criatura, no sé dónde,

y la han desgraciado, como si lo estuviera viendo. Miren que yo soy algo brujo, sin duda herencia de familia, y estas cosas no me pasan desapercibidas.

—¡Hijos de la gran puta! —bramó Rubén, yéndose a por el revólver que colgaba de su funda en uno de los muros.

—Pará, gordo, pará — le detuvo Jorge, tomándole por la mano —. ¿Adónde vas?... Y vos, papá, dejá de calentar la pava que vas a hervir el mate.

—Quitame las manos de encima, Jorge, o te cago a palos.

—Pero, ¡carajo!, ¿y dónde vas a ir?... ¿Qué sabemos si es así o no?... Además, si así hubiera sido, cómo saber quién lo hizo?

—El Colorao... y el sargento Rodríguez, seguro. Y si no han sido ellos, seguro que no andan desparejos.

—Dejá que primero nos cuente la Rosa.

—Ni falta que hace. Ya nos contarán esos lo que queremos saber, ¿o es que tenés miedo?

—¿Me estás cargando? ¡No embromés!... ¿Miedo yo de esos milicos de mierda? ¡Menuda tembladera me entra de pensar en ellos!... No, no es miedo, sino que no sabemos quién o quién no..., ni siquiera si fue como dice papá.

—¡Pues nos enteramos, hostia!...

—Ta bien, ta bien... ¡Carajo de gordo pelotudo! Vayamos pues al Club de los Verdes, y veamos qué se cuece, que si nos huyen, seguro que por ahí anda la cosa.

—Vamos pues.

Mientras los hombres se afanaban en cargar sus revólveres en la rastra, la Lechiguana contemplaba la trifulca embargada por una emoción ambivalente: por un lado, sentía que las cosas se delataran a sí mismas; pero por otro, ¡Dios!, se ufanaba, sentía inmarcesible engreimiento de los suyos, siempre listos a derramar o a verter sangre por su honor, que sin ella nadie iba a hacerles un Calvario.

—Y si fue alguno de esos, que pague en sangre la putiada —les despidió, agrandada.

Los tres hombres, Tito, Rubén y Jorge, se dirigieron en sus caballos al club de Los Verdes. No quisieron decir nada a Ernesto, quien estaba abrazado a su esposa en una esquina del patio, apoyados en la cerca; pero le echaron una mirada que era todo un epistolario. Aquella era la fidelidad de los Luna, la que no obraba por razones ni medía riesgos, sino que lo hacía por deber, honor y sangre, así les fuera en ello la misma vida, pues para tales enjuagues gente como esa, poca.

Las calles estaban inusualmente desiertas, resonando la trápala de los caballos con cierta macabra cavernosidad. Los tres al paso, erguidos sobre sus monturas, tenían la mirada fija en la distancia.

Los facones bien a mano en la rastra, a la espalda, y en ella, en el vientre, los revólveres, los tres de distinta marca: un Smith & Wesson del 38, un Colt del mismo calibre, y una Astra del nueve largo. Iban a por todas, a por la vida de los agresores, si es que lo fueron, o a dejar la suya sin temores ni suspicacias, porque ese era, en su particular fuero, su sagrado deber. Pero cuando entraron al local no había nadie, a excepción del camarero. Los tres rodaron su vista por el local y avanzaron hasta la barra, tomando asiento en butacas contiguas y pidiendo a Tomás que les sirviera unos vinos.

—Tomás, ¿adónde anda la gente esta noche? —investigó Tito con picardía, sin mirarle siquiera, hundiendo su mirada en el fondo de aquel vino mineral.

—Mirá, Luna, yo no sé nada. No quiero quilombos, ¿eh?...

—¿Y por qué ibas a tenerlos? —terció Jorge, acariciando las cachas de su Colt.

—Por ahí se dice... En fin, que no quiero líos. Tomen lo quieran, y marchen nomás.

—No iremos, sí; pero no antes de saber lo que vinimos a averiguar. Te repetiré la pregunta, Tomas: ¿adónde anda la gente?

—¿Qué les hice yo?... Yo estuve acá todo el día, ¡carajo! No sé nada. Si quieren saber algo, llamen a Informaciones.

—Pero es que yo no quiero saber de Informaciones, Tomás, sino de vos.

—¡Basta de esta mierda! —exclamó Rubén, echándose al coleto el vino de un trago y saltando la barra, casi al tiempo que ponía en la garganta de Tomás su inmenso facón—. Rajá, boludo, o hago albóndigas con vos. Si no tenés que temer, rajá nomás..., o por mis bolas que mañana vas a tu sepelio.

Tomás, que nunca se había visto en otra de ese jaez, soltó la lengua con tal premura, que solamente le faltó hacer dibujos.

—La culpa, creo, la tiene la Oriana esa, la esposa del sargento Rodríguez, quien dijo que tus hijos la habían forzado a ella y a otras como ella. Yo no sé más nada, ¡lo juro! Eso es lo único que sé. Desde esta mañana las cosas andan medio revueltas, y esta noche no vino nadie.

—No me cargués, Tomás —gruñó Tito sin inmutarse, y no me vengas con cuentos. Volviéndose a su hijo Jorge—. ¿La Oriana?... ¿Qué sabés vos de la Oriana?...

—Papá, vos sabés cómo es esa. La gustan más los hombres que a los chicos los dulces; pero yo solamente soy uno más. ¿A qué tendría yo que forzarla, si abre las piernas antes de que la mirés?...

—¡Boludo! Tus macanas nos van a matar a todos —y descargó sobre él un golpe con el envés de la mano, que le hizo recogerse sobre sí. Luego, regresando a Tomás, quien aún continuaba con el

facón al cuello, le preguntó—: ¿Y quién forzó a la Rosa?

—De eso yo no sé nada, te juro, Tito. Apenas nadie vino por acá esta noche. ¿Cómo voy a saber, si estoy todo el día entre estas paredes?...

Tito pareció meditar lo que decía el mozo, a quien solamente llorar le faltaba, pues sus ojos clamaban una piedad que no estaba seguro de hallarla, conociendo como conocía a los Luna cuando estaban en esas. Luego de un instante, levantando su cabeza, le miró con ojos ensangrecidos, y pronunció la siguiente declaración:

—Ta bien, Tomás. Vos no sabés na; pero decí a ese o a esos hijos de puta, que ellos o nosotros ya estamos muertos, ¡lo juro! —y se besó los dedos índice y pulgar cruzados, lo que venía ser como una sentencia que únicamente se postergaría si antes llegaba el Fin el Mundo.

Rubén soltó su presa, guardó su facón, y saltó la barra. Apenas estaba del otro lado, agarró a Tomás por la pechera de la camisa, lo trajo hacia sí, y casi rostro contra rostro, le dijo:

—Asegurate que se lo decís, Tomás. Los Luna vamos a bebernos su sangre. Y si no sabés quiénes son, decíselo a todos los que vengan, que ya les van a llegar las voces. Veremos si son tan machitos con hombres y se bancan morir como cristianos. Decíselo, Tomás, por tus muertos, no sea que vos también te reunás con ellos.

Pagó Tito los vinos, echó a Tomás una mirada que era advertencia y ruego de comprensión a la par, y los tres Luna salieron del local. Montaron sus caballos, pero no tomaron el camino que les conducía a su casa, sino que se dirigieron sin pronunciar palabra a la comisaría. A su paso, tras alguna ventana los visillos cegaron la luz que del interior de las casas manaba, no queriendo ver a adónde o a qué iban los Luna, que para esa hora cuanto había pasado ya estaba en el conocimiento de todo el mundo, excepto de Ernesto. En la puerta de la comisaría, se detuvieron, y sin desmontar y con la mano diestra en la culata de sus armas, llamaron a quienes dentro de ella estaban. Al instante salió un policía, quien quedó paralizado por la sorpresa.

—¿Está el Colorao o el Rodríguez? —le interrogó Tito.

El guardia negó con la cabeza, agitándola como si espantara moscas.

—Deciles, que si ellos tuvieron algo que ver con lo de la Rosa, tenemos cuentas pendientes. Deciles, que en ese caso nos esperen..., o que les esperamos. Ya estamos averiguando, y solamente es cuestión de tiempo que sepamos.

Agitó esta vez afirmativamente la cabeza el agente, sin responder de palabra ni una sola sílaba. Inmóvil, les vio tirar de las riendas, yéndose hacia la calle que daba a los arrabales donde los

Luna tenían su casa. Apenas habían comenzado a caminar, dos policías que había en el interior salieron armados con carabinas, y uno de ellos les tomó en el punto de mira con la intención de hacer fuego sobre ellos; pero el primer agente, deteniéndole, le dijo:

—¿Sos tarado?... ¡Dejá que se vayan a la concha de su madre y que arreglen sus cuentas como quieran! No te jugués la vida por esos hijos de puta. Ni el comisario ni el sargento lo merecen. Además, si los bajan, igual nos ascienden.

Cuando llegaron a su casa, ya estaban aguardándoles con la mesa tendida. Entraron, tomaron asiento y comenzaron a cenar como si nada hubiera pasado. La Lechiguana les miró, tratando de inferir por su semblante cómo se les habían dado las pesquisas; pero una mueca de Tito enseguida la hizo ver que todo estaba ya encaminado y en orden, regresando a su plato con gesto de honda satisfacción. Ernesto, sin embargo, sí se atrevió a preguntar:

—¿Dónde fueron, papá?

—Na —replicó sin mirarle—, allá, con el Loco Aguirre, a comentarle algunas cosas de la yerra de mañana.

Rosa le miraba indagando qué se ocultaba tras el gesto grave de Tito y sus dos hijos, temiéndose que no fueran las cosas como las promulgaba, y preguntó:

—¿Está todo bien?...

—Bien, bien, mi amor. Vos comé, para que ese negro que me traés venga sano y sea un buen Luna.

Y todos se centraron en la cena, e incluso Jorge se animó a echar uno de sus cuentos que restaran hierro a una situación que, quienes estaban al tanto, sabían que iba a traer mucha, pero mucha sangre.

6 — Payadores

La mañana se presentaba espléndida y azul. Si la noche anterior tanto Rosa como Ernesto temieron que pudieran perder a su hijo en ciernes, ello es que no pasó el asunto a mayores y todo hacía indicar que había quedado en un susto, pues había dejado de sangrar y había retornado a su semblante un rúbeo color que la prestaba feliz lozanía.

Desde poco antes que amaneciera habían estado los Luna preparando los aperos y recados y sus mujeres los enseres que pensaban llevar consigo, y, antes de que el sol rayara el horizonte, ya con el relente cuajando la grama de rocío, todos ellos se pusieron en marcha hacia La Tranquilla, la hacienda en que iba a tener lugar la yerra. La temperatura era fresca pero agradable, y el día se presentaba afanoso. En la parte de la estancia que habían destinado para marcar las reses, en los corrales que había no muy lejos de la vivienda del capataz, hallábanse treinta o cuarenta gauchos dispuestos para dar comienzo a la faena cuando llegaron los Luna. La actividad era febril, llenando las últimas sombras y las primeras luces de fenomenal guirigay; unos, atizaban el fuego con los hierros para marcar las reses, cebándolo con leños; otros, reunían el ganado en los corrales, el vacuno a un lado, a otro el caballar; otros más, aprestaban sus lazos y pertrechos, disponiéndose para dar inicio al trabajo, apenas el capataz diera la orden; y las mujeres, no muy lejos de las mangas y bajo un frondoso algarrobo, montaban larga mesa para la peonada y acomodaban entorno a las fogatas hechas puras brasas los costillares en cruz que tenían intención de cocinar para el gaudeamus de la noche. Durante la noche habían sacrificado y desangrado un par de vaquillonas bien cebadas a este efecto, las cuales ahora descuartizaban las mujeres en un ambiente festivo del que mejor mantenerse lejos, porque cuantas había y de fiesta estaban, con jocoso buen humor y haciendo camarilla eran más que capaces de reírse del Santísimo Misterio.

Estas yerras se celebran una o a lo sumo dos veces por año, y

por lo general en invierno, allá para los meses de julio o agosto, según venga el frío. En esta ocasión, sin embargo, se hacía ya bien entrado noviembre y con el calor haciendo de las suyas, porque el estanciero, ante la pérdida continuada de ganado y la baja rentabilidad que tenían de una hacienda que parecían haber hecho suya los cuatreros, había decidido vendérsela a un acaudalado alemán que vaya usted a saber para qué demonches la querría. El caso es que había que marcar todo el ganado, y en la faena participaba casi todo el pueblo, así los hombres en las peonadas como las mujeres en labores auxiliares o cocinando, y aún la chiquillería, quienes estando de fiesta escolar a causa del por el Día de la Tradición, acudieron arrastrados por sus mayores. La gente menuda era quien más disfrutaba de estos eventos, porque, francos de deberes y con libertad para hacer de las suyas, para ellos estas ceremonias tenían algo de rito iniciático o de liturgia mística, como para los devotos cristianos lo tiene la Santa Misa; el trabajo es muy duro, pero mézclase con un espíritu de fiesta donde cada gaucho exhibe lo mejor de sus habilidades, a menudo competiendo entre sí en pericia, ya sea en la monta, en la lazada o el derribo de las reses, aunque siempre con un espíritu colectivo que obvia diferencias..., al menos en el decurso de la faena.

Cosa rara, ninguno de cuantos allí estaban, a pesar de los funestos sucesos del día anterior, hizo mención alguna a los mismos o mostró recelo hacia mis hombres, quienes realizaron su labor a salvo de comineos y con la presteza y diligencia que les caracterizaba, siendo ejemplo para los más jóvenes o menos experimentados y acicate para los ya curtidos. Y es que era un gusto verles cabalgar, ir apartando las reses con la voz o abacorándolas con sus menudos caballos, lazarlas de las manos o derribarlas en un decir ¡Jesús!, y dejarlas listas para que las pusieran la marca en los cuartos traseros. Pocos había con su habilidad, que caballo y jinete parecían gobernados por una mente única, a imagen de aquellos legendarios centauros, obviando el uso del rebenque y casi de las riendas, pues diríase que los caballos mismos conocían el oficio tan bien o mejor que sus dueños.

Más de dos mil reses y doscientos potros esperaban turno en los campos y el corral adyacente. Acaballados en la empalizada del corral, abrían la portezuela, un gaucho a caballo empujaba una res, corría esta por la manga, entraba en el bañadero, salía de la fosa, la inmovilizaban, la vacunaban y la soltaban en el predio de marca, donde era lazada, derribada y marcada. Y así una tras otra, durante toda una jornada que tanto tenía de fiesta y solaz para las familias como de ruda labor para los hombres.

El propietario de la hacienda había llegado bien temprano con

su esposa y sus seis hijos para presenciar el espectáculo, que más era esto que una labor como tantas, donde se reunía lo mejor de la tradición gauchesca, sin conocer lo cual, nadie puede decir ni por lo cínico que conoce el campo argentino. Allí no había distingos, sino que respirábase una suerte de hermandad que unía por lo más sublime a todo el gauchaje, realizando cada cual su tarea como si fuera parte de un todo o de una memorable danza, y coordinando cada quien sus actividades sin que el capataz tuviera que decir otra palabra que con qué grupo de reses comenzaban o con cuál daban término a la yerra.

Jorge y Rubén, acarreaban las reses de los predios adyacentes al corral; Jorge Rías y el Loco Aguirre, las empujaban desde allí hacia las mangas, imponiendo orden en la manada; Ernesto y otros laceros las iban recibiendo, lazándolas y derribándolas muy cerquita de donde el fuego con los hierros estaba; y Tito y otros paisanos las marcaban. La Lechiguana, Rosa y Lorena miraban a los suyos con una pleitesía que rezumaba inmodestia. Nadie había más gallardo que ellos, y nadie, siendo excelentes gauchos, montaban con aquella naturalidad innata. Pelusa, subido a la cerca que defendía el recinto de marca, no perdía ripio de cuanto su progenitor y hermanos hacían, cual si estuviera mamando con la mirada de un arte que no se aprendía en las escuelas, y sintiendo ya indecible prurito por montar a Furia e imitarlos. Rosa se acercó a él, y, abrazados, contemplaron un rato cómo Ernesto lazaba las manos de las reses y las derribaba, arrojándose sobre ellas como un amante lo haría sobre la prenda de su corazón, maneando sus patas en un decir ¡amén! y sujetando sus cabezas con el cuerpo, mientras Tito ponía sobre el cuero el hierro al rojo.

—Un día yo voy a ser como ellos —se conjuró Pelusa.

—Ya lo sos, Pelusa, aunque no lo sepás.

—¿De veras?

—¡Seguro! ¿Acaso no sos un Luna?... Mirá, negro, estas son cosas que no se aprenden: o se nace con ellas, o no se tienen nunca.

—¿Y yo lo tengo?...

—Pues claro que lo tenés, ¿sos loco?... Un pibe, cuando nace, se trae de valija la ciencia de sus mayores. Vos vas a ser un gran gaucho, date tiempo.

—¿Como Ernesto?...

—Sí, Pelusa, como Ernesto..., o como Jorge o Rubén.

Y se hundió el infante en un sueño de caballos que obedecían la voz o el silbo como si fuera un lenguaje con el que dos almas de distinta naturaleza se comunicaban, haciendo entre ambos, lo que por sí mismos no sería capaz ninguno. Y se veía ahí, como ellos afanándose, jinete que sabría dar nombre a una raza de hombres

que si en otros asuntos de la vida no tuvieron suerte, en esa eran santos de la devoción del más entendido, cual si sangres ancestrales despertaran cuando se subían a un caballo, e indios pampa y decenas de generaciones criollas les entregaran en prenda lo mejor de un arte mal pagado y casi escarnecido.

Durante toda la mañana en estas estuvieron, hasta que el sol estuvo en lo más pingorotudo, momento en que comenzaron a hacer pequeños altos por turnos para tomar un breve descanso, sorber un mate, echar un trago de vino de la bota o echarse al coleto un chorizo o una tajada y un zoquete de pan, y vuelta al trabajo. Ya cuando el sol se hundía en el horizonte y las sombras se estiraban hacia el oriente como flechas emponzoñadas, pusieron los hombres la última marca y el capataz dio por terminada la yerra. Todos los presentes, entonces, se reunieron en torno a la larguísima y corrida mesa, y comenzaron a comer con no poco regalo y sentido buen humor tras tan dura jornada. Reían, comían y bebían, amalgamados como si fueran hermanos de leche o de sangre, cuando entre no pocos de ellos había pendencias que arrancaban desde Dios sabría cuándo, que muchos ya lo habían olvidado.

Bajo las frondosas ramas del algorrobo todos compartían sus haberes, a excepción de los propietarios, quienes se retiraron una vez contabilizadas las reses y potros marcados. Allí corría el vino y el asado con munífica prodigalidad, echando quien más quien menos sus cuentos, o refiriendo el Loco Aguirre historias que, por su propia naturaleza, eran los mayores embustes, pero quien se los creía a pies juntillas; mas eran mentirijillas inocentes, de esas que se echan para recabar una admiración que de otro modo jamás obtendría, siendo apenas una venialidad en su expediente, pues, a pesar de su avanzada edad, era un gaucho merecedor de todo el encomio y la admiración de sus paisanos.

Tito, según era su costumbre, había permanecido hasta entonces enfrascado en lo suyo, limitándose a escuchar o, a lo más, a echar alguna parrafada con quien tenía más a mano. No era hombre vanidoso, y su natural modestia le impedía instituirse en centro de atención, a no ser que le insistieran en que tomara la palabra, como así sucedió. Jorge Rías le sacó del anonimato en que se hallaba, pidiéndole que les refiriera a unos forasteros, que hasta allá habían llegado como peones para la faena, lo que sucedió cuando en sus mejores años tuvo sus más y sus menos con la policía. Naturalmente, según eran sus maneras, rehusó reverdecer aquel acaso, no por no sentirse orgulloso de haber puesto en un fil su vida por proteger a quien con el tiempo sería su esposa, sino en un inútil intento por pasar desapercibido. Sin embargo, ante la insistencia de casi todos, y ya que en deferencia de compadres se hacía, aceptó, y

dio comienzo al siguiente relato:

—Jué hace mucho tiempo, y sabrán bustedes perdonarme, si la memoria me traiciona. Tal vez alguno de los prisentes, que juera testigo, me corrija y me dé rienda pa dirigir con atino el cuento, si es que desbarro; mis recuerdos con los años se emborronan, y hay veces que no sé si jueron sucesos riales o disparates inventaos. En cualisquier caso, jue un quilombo que me encontré sin aviso por culpa de un picaflor que llegó a estos pagos en una yerra, hay quién dice que de San Luis y quién que de Ayacucho, aunque en verdad poco importa, pues lo mesmo jué a dar al oyo. El asunto, como muchos sabrán, siquiera sea por riferencias, tuvo su origen en una apuesta. Vinieron piones de toas partes, entre ellos este que miento, quien se impleaba como pialador, aunque creo yo que´staba con las manos en otros enredos. Era un hombre medio feo y más que duro de boca que se pasaba el día rebotao, si es que no estaba en pedo, y a tos nos cantaba el punto y nos trataba al estropajo. Yo, como bustedes sabrán, por no tener, entonces no tenía ni querencia, pues vivía como un carancho, estaba despilchao y en tamangos, y tenía tan pelada la chaucha que con el cuero tocaba las tablas. La paga era güena, ¡pucha!, y yo por entonces ya me veía con mi Higinia. Ella se hartaba de llorar y tenía los ojos como el ají porque no tenía qué ponerse pa ir a la fiesta que darían esa noche en la plaza; pero le prometí que no se moriría de antojo, pues más que bulla me hacía el corazón, así me dejara la vida pa comprarle, manque na más juera, una pollera y un pañolón. Laburé como una bestia los tres días de yerra; pero ni aun con esas la guita alcanzaba. Y a la noche, una noche como esta, cuando tos chupábamos de la damajuana, manque alguno me decía chancleta, vino aquel gaucho piola a ritarme a una carrera, jugándonos la soldada. De muchas cosas no intiendo, pero de caballos sé lo mío, y el que él tenía era uno bichoco que él decía salirse por las orejas, me malicio que manotiao. El mío, ¡pucha!, era mijor, y de más sabía que la carrera la tenía ganada sin correrla; pero el muy ladino, aprovechando que estaba divertío, al mío le puso maneas y, apenas arrancamos, Pinto se jué por los suelos y yo di con el lomo en la grama. Quiso cobrarse mi guita, pero pelé el facón por la parte el filo y le hice la pata ancha, que de to había hecho en mi vida menos criar sebo o no saber entonarme. Él se puso a lengüetiar hasta que otros piones se interpusieron, y voltió el anca y salió de allí que se las pelaba, apenas tuvo aónde, no sin antes jurarme que lo suyo cobraría. Creo yo, y no exagero, que era de carne de paloma, y que no bailaba el gato por si alguien lo desplumaba. En fin, el caso es que como estaba un poco mamao, dejé correr el asunto; pero era gaucho porfiao, y esa mesma noche de changango en la plaza, tuvimos su

último encuentro. Yo bailoteaba con mi Higinia, y en un momento me pidió asado; de modo que la dejé con unas chinas y juí a buscarlo. Me pareció oír algo, y paré las orejas. Ella gritó como el chajá, y yo ascuché el reclamo. Me abrí cancha como un rayo, y me planté ante él. Se me hizo el chancho rengo y me riclamó el pucho, pero mi Higinia aseguró que quiso sacarla el rebozo. Estaba medio puntiao, pero me dio lo mesmo, porque desnudé el fierro; él también lo hizo, y se vino a mí con la intención de despacharme, pero no aflojé la manija, sino que lo serpentié y le hice mostrar el sebo una vez y otra, hasta que allá mesmo estiró la jeta. Cuando la espichó, los milicos me pusieron preso, pero fue cosa de dos días, que voces no faltaron pa relatar lo acontecido, lo mesmo que acá refiero sin agrandarme, que no es hombre bien crecido ensancharse en la sangre. A decir verdá, entavía lamento su muerte; pero si de nuevo tuviera que elegir entre cualisquier criatura y mi Lechiguana, poco me importaría que juera ángel o diablo: yo lo pongo ante Dios, y que Él decida aónde lo manda. Y esto es to, amigos, sin presunción lo he contao, como creo que se dio el cuento.

Callo por sabida la jactancia de Higinia, pues miraba a su esposo con tal chochez que, si sus años fueran otros, uno jurara que estaba ante dos tórtolos que ronroneaban de amores. Ella, toda recatada y con el serenero cubriéndola las guedejas, tomábale la mano con disimulo bajo la mesada, acariciándole con tal afecto que un rubor de adolescente trepó al rostro de su caballero, despertado en él aquellos días lejanos cual si se hubieran traspapelado del pasado y establecido ante él con toda su plenitud. Y no sé en qué hubiera dado la cosa, que tal vez hubiera pasado a mayores, si el farandulero de Jorge Rías no toma su guitarra y comienza a garrapatear las cuerdas al son de una payada, atrayendo a la sí la atención de cuantos allí estaban.

Este, era un hombre joven todavía, algo desvaído y con buenas dosis de bribón, por lo mismo capaz de pactar con Dios que con el diablo, si con ello se sacaba unos pesos sin demasiado esfuerzo. Pero, a cada cual lo suyo, tenía una voz y una facilidad para la milonga que su buena fama de payador le había proporcionado en todos los contornos. Así, púsose en pie, tomó la guitarra que siempre llevaba consigo a estas faenas, pisó el asiento y descargó su volumen sobre el instrumento, comenzando a garrapatear en las cuerdas haciéndolas que casi llorasen arpegios, y soltó con sentido ritmo, el siguiente canto:

Clama mi voz pa que atiendan
esta sentida querencia
que invita a la concurrencia
del compadre Ernesto Luna:

replique a una otra guitarra
y a este payar otra cencia.

Ernesto le miró, esbozando una amplia sonrisa. El cantor detuvo su trova y se quedó aguardando respuesta, mientras muchos animaban a mi hombre a la réplica, que laureada fama le seguía de tener una voz como la de los pájaros y de saber sacar de la madera muerta las notas más vivas. Y, aceptando el reto, tomó una guitarra, se puso en pie, y dio sentida réplica al Rías. Primero, se entretuvo un instante jugueteando con las cuerdas, sacando de ellas notas que más eran una emanación del alma, un efluvio de emoción que se derramaba desde el río interior que, caudaloso e intempestivo, corría por sus venas, mitad sin desbravar, mitad sometido a las invisibles pero firmes riendas de su esposa y su gente. Y ambos se entregaron al toma y daca, primero de forma festiva pero enseguida, para sorpresa de Ernesto y de muchos de los presentes, imprimiéndose sorprendente giro, en los siguientes términos:

ERNESTO:
Ya que vos me pedís un son,
con gusto lo afino, amigo;
crea que no miento si digo
que me siento el mijor cantor
de cuantos puso mi buen Dios
sobre este mundo bendito.

RÍAS (Con malicia):
Al decir mundo bendito,
te olvidaste de prenunciar
que pa´l gaucho es pa laburar
y lo dimás le es prohibido:
no hay sudor, rigor o afán
que saque al gaucho de chico.

ERNESTO:
Digo amén, si Dios lo quiere,
que no le enmiendo la plana,
pos soy hombre que el mundo ensancha
y al porvenir futuro ofrece:
sin tener, nada me falta
con mi china y el hijo en ciernes.

RÍAS:
Te siento, Luna, algo blando,
y no sé decir de fijo,
si es por tu esposa o por tu hijo
que un Luna se está rajando:
hay algunos que están dañando
lo que mentás por bendito.

ERNESTO (Con sorpresa):
Por hombre me tengo, Rías,
y por tal digo a la cara
sin que tiemble la palabra
que jamás rebotaría:
lienzo que ensancha la vida
bien vale como mortaja.

RÍAS:
Me banco, Luna, este insulto,
mas yerra el destinatario;
pinsaba en un comisario,
o en un milico sargento:
ellos son el istrumento
pa erigirte este Calvario.

ERNESTO:
Manque no soy fraile alvierto
que se midan las palabras,

no sea que la caja que abras
más que de son sea de muerto:
el maliciar sin ser cierto
arrastra cosas mu malas.

Si tenés algo que ixplicar
dilo claro y en punto fijo
que el andar con acertijos
nunca jué de hombre cabal:
si a algunos quiere retratar
póngale nombre y apellido.

RÍAS:
No soy, Luna, tu enemigo,
ni creo que lo sea acá naide
mas en los prisientes cabe
que es verdad cuanto te digo:
te lo dice un buen amigo
que solamente quiere avisarte.

ERNESTO:
Pos ya me doy por avisao,
y en la misma onda te digo
que en cada Luna hay un cuchillo
que sabe frenar al lanzao:
la víbora se ha equivocao
si creyó de hornero el nido.

Sin querer dar un disgusto
puedo jurar por mi vida
que si van por mi familia
ya pueden verse dijuntos:
el honor jamás supo de untos
ni es de regalo la vida.

Quiero influirle, Rías, a un lao,
no sea bronce que repica
pos la sangre si salpica
no sabe a quién ha manchao:
cuchillo bien desenfundao
no güelve con hoja limpia.

RÍAS:
No gaste tantos avisos
que repito soy compadre,
y si quiere Dios y se abre
la fea tapa del destino,
junto a vos va mi cuchillo
listo pa derramar sangre.

Por gaucho, Ernesto, soy llano,
pero como hombre soy lumbre

que niega la mansedumbre
cuando aprietan a mi hermano:
soy rival de tu alversario
y yo caigo si sucumbes.

ERNESTO:
Agradezco amigo el gesto
pero es de Lunas el asunto,
ni de Rías, ni del mundo,
con rispeto le contesto:
no es propio de hombre derecho
inorar cuanto barrunto.

Y pongo a Dios por testigo,
que siendo hombre bien prudente
si lastiman a mi gente
daré ejemplar castigo:
sea cristiano o sea judío,
gaucho, milico o intendente.

RÍAS:
Apee amigo esa montura
y sea el paisanaje unido
ante el bicocho destino,
que así tuerce la fortuna:
más hacen dos manos que una,
y mijor cortan dos filos.

Echá de vos los recelos,
que un amigo empuña el canto
de su dolor y su llanto,
de su esperanza y su anhelo:
lo que espera, yo lo espero,
pos sé que haría otro tanto.

Soy su buen amigo Rías,
y como par de guitarreos
vino, laburos y escarceos,
sabe que me tiene a su lao:
la amistá ya nos ha hermanao
pa encarar a esos malevos.

ERNESTO:
Va, Rías, la agradecida,
y lo digo de corazón,
mas no ixiste modo mijor
de poner pecho a la vida
que solo o con la familia
y aún más si media el honor.

Rías, no me lo tome a mal,
degüelvo el ofrecimiento,
que si llega ese momento

coraje no habrá de faltar:
si alguno me quiere sondiar
aquí tiene medimiento.

Digo sin ser competente,
y termino la payada,
la cosa más esperada
siempre se da de repente:
poquito a poco se apriende
y ahí está la enseñanza.

Cantar que se oye en la grama
o es parranda de jilguero
o la alarma de algún tero
que lejos del nido canta:
quien de regalo apalabra
o está vano o esconde cepo.

En mi Dios está mi hacienda,
ya que otros bienes no tengo,
y manque no soy frailengo
esta es pa mí la correcta:
el nombrarme Ernesto Luna,
es mi otro sentido credo.

Sea entonces lo que Él quiera,
bien sabe qué me conviene,
que Ernesto Luna no tiene
na que temer a su vera:
cualisquiera cosa es buena
si es que de su mano viene.

Y ahorita, amigos, termino,
que ya se alarga demasiao,
pero tengan su buen cuidao
si a los Luna echan aullidos:
como gauchos argentinos
sabemos estar entonaos.

Cierto aire de tragedia había, a qué negarlo, y no era difícil entrever en el rostro de Ernesto un amargo mohín, sin duda consecuencia de haber tenido estas noticias de forma pública y no a través de su familia. Volvía los ojos a su esposa y a su padre, preguntando sin palabras acerca de lo verosímil de cuanto el Rías había dicho, pero un gesto de su progenitor restándolo importancia, pareció aparcar el tema, al menos de momento.

Varias personas felicitaron al Luna, refiriéndose más al canto y al punteo de la guitarra que al contenido de la payada, pero a él bien se le veía que le reconcomía el alma la inquietud que su amigo le había sembrado, y quien no tardó en acercarse a él.

—Ernesto, manque no hemos sido mu amigos, pos nuestros caminos jueron por distintos rumbos, quiero que sepás que cuanto canté es cierto y estoy de tu parte. Si alguna vez precisás de mi facón, a tu lado estará: te entrego mi palabra en prenda, y esto pa mí es bastante.

Ya iba Ernesto a sonsacarle, cuando Tito, hábil y al quite, se metió en la conversación, mudando, como aquel que dice, de tercio.

—Ya sé, Rías —le despidió cortésmente, mientras tomaba a su hijo por el brazo y le llevaba consigo hacia el fuego, donde aún se cocinaba a la estaca un costillar de res—; pero dejá eso pa otro momento. Hoy es fiesta, y no caben dramas. Ernesto, vení, vamos a chupar de la damajuana.

Aguardó este a quedar a solas con su padre. Su semblante era todo un epistolario, abriéndose hueco entre sus habitualmente serenas facciones el feo rictus del desasosiego, si no de la ira. Miraba a su esposa, a lo lejos, quien estaba sentada en la larga mesa flanqueada por la Lechiguana y Lorena; pero ello es que no le sostuvo la mirada, sino que apenas sintió cómo la investigaba desde la distancia, gravitó pudorosamente la cabeza sobre el pecho, con un aflictivo mohín de vergüenza y derrota orlándola con vivísimas chapetas. Ernesto, conociéndola como la conocía y temiéndose lo peor, supo leer entrelíneas de lo esquivo de su conducta su indudable protagonismo en el críptico mensaje que el Rías le había milongueado, comprendiendo que era a ella, y nada más que a ella, a quien concernía la payada, y no a todos los Luna. Los peores presagios adueñábanse de su alma y, regresando sus ojos ensangrecidos a su padre, le soltó a bocajarro la siguiente exigencia:

—No me la cuerpíe, y diga qué hay de cierto en to eso que el Rías refirió. No me ande con remilgos y suéltelo nomás, que tengo

la sangre que me echa lumbre: ¿se metió el Colorao con la Rosa?...

—Bueno, m´hijo —dijo Tito metiéndose las manos en los bolsillos y bajando la cabeza—, algo de eso hay, pero no sabemos exactamente qué. No te quise decir na, porque hasta no tener claras las cosas, no era recomendable; pero vos quedate tranquilo, que ya voy a enterarme de todo.

¡Que tranquilo ni tranquilo, ni qué ocho cuartos! Dejó a su padre con la palabra en la boca y se dirigió como una saeta hacia su esposa, quien en todo ese tiempo no había apartado sus ojitos de él y quien bien se temió la que se la venía encima. Ernesto la tomó por el brazo, la llevó a un lado, un poco más allá de donde los últimos rescoldos de la hoguera estaban, y la exigió puntual y completo atestado acerca de lo que quiera que fuera que la hubiera sucedido, además de las filiaciones exactas de quienes hubieran osado molestarla. Ella, que por de más sabía hasta dónde estaba decidido a llegar si pronunciaba una tilde fuera de lugar, titubeó un instante, tratando de urdir precipitadamente una argucia que no derivara en males mayores; a continuación, y tras un instante en el que procuró ordenar su discurso, trató de tranquilizarle rebajando cuanto pudo los grados, y, no sin cierto histérico nerviosismo, le aseguró que nada irremediable había pasado, que era más el ruido que las nueces, que más hubo de provocarle a él que de hacerle daño a ella, y otras atenuantes por el estilo, que por supuesto no se tragó el enardecido esposo. Protestó de viva voz este, arguyendo que le estaba ocultando la verdad, y atacó por donde sabía que más dolía, repartiendo su estrategia entre la vía del afecto y la del reproche, pretendiendo obtener por un lado lo que por otro no consiguiera. Ella, viéndose atrapada en esta red, no soportó por más tiempo la presión a que la sometía, y se echó a llorar como una bendita, confesando los sucesos acaecidos y sus pormenores entre hipos y balbuceos, entretanto metía con enorme aflicción su rostro entre las manos o se echaba en sus brazos. Ernesto guardó duro y resentido silencio, sintiendo que su alma era soliviantada por los más perversos demonios, mientras escuchaba pávido aquel soliloquio que se precipitaba por las simas más tenebrosas de sus temores. Apenas puso punto final a lo grueso de su declaración, ya algo más sosegada, a imagen del pecador que se libera de la insoportable carga de la falta por virtud del sacramento de la confesión, pasó a informarle de que, pese a todo, el bebé se hallaba bien, dentro de lo que cabía, y que, aunque había sangrado un poco, no parecía correr peligro su vida. Pero ello es que la mujer balbucía sin poder apartar sus ojos de su irascible marido, sin duda temiéndose que no quedaría únicamente en palabras este episodio, sino que, interpretando su silencio y el arriscamiento que develaba su

semblante, podía jurar sobre sagrado que la catástrofe rondaba su alma.

—¿Quién fue, Rosa?... Decíme sus nombres, que esos chanchos ya están viviendo de más.

—¿Y qué importa, si no pudieron conmigo? No; Ernesto, dejá que pase suplicó la mujer, contrita por haber confesado más de lo que quería, y sintiendo que los negros pájaros de la desventura sobrevolaban su alma: ¿no entendés que lo que quieren es que caigás en la trampa que te tendieron?... Son mala gente, mu mala, y a buen seguro que andarán esperándote. Si el pibe y yo estamos bien, mi amor; si ya estoy buena...

—¡Naide, Rosa, puede hacer cosa como esta y quedar limpito; naide, sin sangre por medio, va a jactarse jamás de haber consumado esta hazaña sin consecuencias; y naide, naide en esta tierra, podrá agrandarse nunca de haberse burlado de un Luna! —se entremetió la Lechiguana. Y refiriéndose a su hijo, le dijo—: Luna, hora es que los hombres defiendan lo suyo: los milicos y el comisario, seguro, no se despintan de esto.

Fuera de sí, Rosa, trató de implorar a su esposo que sofocara aquel infierno que se atisbaba en sus ojos ensangrecidos, muestra bien patente del incendio de ira que se estaba dando en su alma; pero él, retirando a su esposa con desdén, le dijo apretando los dientes:

—¡Por estas juro, que ha de correr la sangre! Y se besó el índice y el pulgar puestos en cruz.

Se dirigió a pasos agigantados adonde su caballo estaba, no muy lejos de donde los hombres milongueaban junto a la hoguera, y ya con un pie en el estribo, les gritó:

—Si hay voces que son ecos, avisen a esos perros que asaltaron a mi esposa que la sangre de este Luna les está buscando.

Gran silencio se hizo, quedando cuantos allí estaban entre sorprendidos e intrigados por la sentencia de Ernesto, quien subió a su caballo y clavó los talones en los ijares, saliendo hacia Tres Algarrobos como alma que lleva el diablo. Tito, Jorge y Rubén, al escuchar esto y sin decir esta boca es mía, apartaron de sí conversaciones o bailoteos y se fueron como centellas a sus caballos, lanzándose a golpe tendido en pos de él, acaso temiéndose que cometiera un disparate, acaso para darle respaldo y que fueran más los facones que estuvieran de un su lado, si es que el caso lo requería. Le dieron alcance ya bien entrado en el pueblo, cuando se dirigía, a juzgar por el trayecto, a la comisaría. Tito se cruzó en su camino, forzándole a detenerse, y le advirtió:

—Este camino solamente conduce a una muerte inútil.

—Pero muerte de honor —alegó Ernesto.

—Que son las de los boludos. Primero averigüemos quién o quiénes, y luego obremos en consecuencia.

Jorge vio caminar por la calle adyacente a dos agentes, y sin decir ni mu se fue a ellos, saltando sobre el primero, derribándole y poniéndole el facón sobre el cuello. El otro policía, uno que tenía por nombre Adolfo Fuentes, echó mano de su arma reglamentaria, pero Rubén, quien había acudido en auxilio de su hermano, sin descender del caballo le desarmó con la alpargata, y no cesó de golpearle mientras se apeaba, hasta echarle contra el muro de una casa.

—¿Fuiste vos quien abusó de la Rosa? —preguntaba Jorge a quien tenía a punto de degüello.

—Te juro que de eso no se nada. Pregúntale al Colorao o al sargento. Nosotros no tuvimos nada que ver. No andamos metidos en pleitos con ustedes.

—Decí la verdad, huevón, o te voy a descarnar como a una vaquillona —gritaba fuera de sí el Luna.

Tito y Ernesto ya había desmontado para entonces de sus caballos y comenzaron a interrogar a los policías con no poca indelicadeza, pero ello es que se quedaron asperges y nada lograron sacar en claro.

—Nacimos acá, y acá vivimos —se eximió Adolfo—, y sabemos que no se boludea con los Luna: pregunten al Colorao o al sargento, que ellos sí se la tienen jurada.

—Deciles a esos perros, entonces, que su hora ha llegado.

Y los soltaron, no sin antes patearles el salvohonor. Los únicos que tenían el gesto sombrío eran Ernesto, por sentir herida su honra, y Tito, quien sabía que aquel episodio no iba a resolverse así, sin más ni más. Los demás, Jorge y Rubén, a pesar de la habitual tiesura del segundo, parecían vivir la tragedia como si como si fuera ajena a su naturaleza, o como si esta hallara buen acomodo en el olor a sangre que ya podía sentirse que impregnaba el aire.

Se dirigieron los cuatro hombres a la comisaría, pero no hallaron al Colorado ni al sargento, sino a su primo segundo, el cabo Alfredo Luna, de la rama de los Luna Buenos, quien al escuchar la trápala de los caballos salió a la puerta a parlamentar con ellos.

Era este un hombre como de veinticuatro años, de recio continente y de gran estatura, que vestía el uniforme como remanente de inercia de un ideal un tanto trasnochado que le hacía creerse miembro activo del Cuerpo de la Honradez, aunque esta hubiera que imponerla a balazos. Precisamente esto era lo que le conducía al fiel agente de la ley, quien se consideraba un gran demócrata y un defensor a ultranza de las libertades consagradas en la Constitución a simpatizar con la intervención militar de la Junta

en la vida política argentina, porque le parecía que la patria se estaba cayendo a pedazos como si tuviera la lepra, a causa de tanto pillo como menudeaba por todas partes de la geografía patria. Su frente era ancha y despejada, y su pronunciada inclinación refería cierta fatiga de pensamiento o cierta elementalidad de la razón; su nariz de cuchillo, larguísima y muy afilada, pero tanto, que los ojos estaban tan juntos que parecían disputarse cada imagen; su boca exigua, con los labios finos y siempre bien apretados y un poco en pico, rubricando un permanente enfurruñamiento con el delito, contra el cual había consagrado su existencia; y su verbo escaso, glacial y desmayado, descubriendo su propensión a la acción más que a la conciliación.

—El comisario y el sargento, fueron a la fiesta que da el intendente de Carlos Tejedor por lo del Día de la Tradición de pasado mañana. No creo que vuelvan hasta el alba, si es que vuelven. Los buscan por lo de la Rosa, ¿no es cierto?...

—¿Qué sabés vos de eso? —le increpó Ernesto.

—Vení, vení, Tito, alejémonos un poco.

Se alejaron unos pasos, cruzando la calle hacia el centro de la plaza, deteniéndose al pie de dos de los tres algarrobos que dan nombre al pueblo, a fin de evitar que lo que tuvieran que hablar fuera escuchado por los dos agentes de guardia, quienes estaban en la puerta con la antena bien puesta. Los Luna, a pie, caminaron con él sin decir palabra, y sin prevención alguna, pues sabían de él que era buen hombre, por más que fuera policía y hubiera una ancestral disputa entre esta y la rama de los Malos.

Tiempo llevaba Alfredo empujándoles a que denunciaran los delitos en que participaban ante el tío segundo de ambos, el diputado Fabián Cancedo Luna, también de la rama de los Luna Buenos. Incluso había negociado por su cuenta un indulto general si testificaban contra el Colorado, los Pagán y cuantos otros supieran, considerando el diputado que si estos caían, arrastrarían consigo a Gobernadores, Intendentes y cuantos otros participaran llevándose lo grueso de un matute que estaba esquilmando esta zona de Argentina, y en la que tanto los militares como los pocos políticos honestos que había, que alguno quedaba, estaban más que decididos a terminar. Los Luna, naturalmente, siempre se negaron en redondo a meterse en esta clase de enjuagues, y jamás autorizaron al celoso agente a negociar por ellos ninguna prebenda, pues eran de los que creían que la vida como la gente de bien ni es para pedir ni para dar, sino que cada cual ha de vivir con sus posibles. Además, ¿para qué iban a poner su confianza en nadie, si nadie nunca hizo nada por ellos?... ¿Tío segundo, primo segundo?... ¡Ja! Valientes primos serían ellos si confiaran en políticos que

solamente piensan en figurar en los libros de Historia o enriquecerse a la sombra de otros o en el probo policía que, lo dijera o lo callara, aspiraba a la plaza de comisario por la vía del ascenso rápido. No; ni en sueños se les pasaba por la cabeza, aunque no lograban que el porfiado cabo estuviera dale que te pego a la idea, como si no cupiera otra en sus mientes.

—Lo de la Rosa, según creo —confidenció apenas se detuvieron del otro lado de la calle—, porque nadie suelta prenda, es cosa del sargento más que del Colorao. No; no es que este sea un ángel, precisamente..., pero no ha sido él, estoy seguro, y dudo mucho que haya tenido algo que ver. Lo del sargento, sin embargo, es cosa cantada, porque no deja de echar aleluyas acerca vuestro, y me da en la nariz que no se conforma con eso.

—¿Estás seguro? —le interrogó Ernesto, levantando la voz.

—¡Chist! Bajá la voz, corajudo, que me metés en un lío, ¿no ves que acá las piedras oyen? Mirá, Ernesto, si te referís a si ha firmado atestado, no, no lo hizo; pero, ¡pucha!, no hay que ser de Investigaciones para saber qué se cuece.

—Pues lo bajamos, y listo —arguyó Jorge.

—Después de apurarle algunos nombres más —matizó Rubén.

—¿Y después, qué, boludos? —terció Tito, mirándoles por arriba del hombro—. Primero hay que saber bien todo, pero todo.

—¡Qué saber ni qué saber! —cortó Ernesto—. Yo ya sé todo lo que quería.

—No, no; esperá, Ernesto —serenó Marcelo, tomándole por el brazo al iracundo esposo, quien ya iba a montar a Fierro—. No seas loco, flaco, que te van a joder, porque si no sabés quiénes más estaban con él, alguno de ellos te lleva por delante. No; mejor esperá a que averigüe y, luego, si querés, allá vos. Sin embargo, insisto en que lo mejor es lo del tío Fabián. No sean boludos y háganme caso, que es lo más conveniente para todos. Si quieren, mañana temprano llamo al tío y le cuento, y verán como esos van todos en cana..., si no es que les friegan acá mismo.

Tito y sus hijos se miraron. No; no eran amigos de la policía ni de la ley, ni ninguna de esas mandangas; pero, ¡caramba!, a todos ellos se les pasó por el magín la idea de la muerte o de la cárcel, y maldita la gracia que les hacía cualquiera de las dos opciones. Consideraron que si les demandaban ante su tío, probablemente los malevos pagarían, y esto les gustó; sin embargo, no lo harían por su mano, y ello mismo les frustraría ante sí y ante sus compadres, ante todo el pueblo y ante sus propias mujeres, y esto les desagradaba muy por encima de cualquier otra cosa. En la mirada quebrantada de Tito bien se leía sin dificultad el petitorio de un argumento para ir por esa vía que proponía Marcelo, pero ello que no recibía

ninguno. La inclemencia del rictus que se grababa a fuego en el semblante de Ernesto, desdecía cualquier posibilidad de ceder el privilegio de la revancha; y aun en sus hermanos se rubricaba el extremo de entrar en tratos con la ley, la política, la policía o la rama de los Luna Buenos, quienes siempre les habían mantenido apartados de ellos y de la sociedad, con o sin motivo.

—Vamos, compadres, decídanse, que es lo mejor —apuró Marcelo.

Tito volvió sus ojos a cada uno de sus hijos, quienes en silencio le pareció que le daban su veredicto. «Mía es su sangre, como fue de vos cuando acosaron a mamá», proclamó Ernesto; «Sin aflojar hasta lo más hondo», le declaró Jorge; «Donde está Ernesto, estoy yo», manifestó Rubén»; y Tito, volviéndose al cabo, al punto que metía el pie en el estribo, concluyó:

—Sabremos arreglar nuestros asuntos, Marcelo; pero se te agradece la intención.

Y se fueron, dejando al celoso policía con varios inútiles argumentos en los labios. Los cuatro Lunas, imbuidos en el austero silencio de sus pensamientos, decidieron brujulear por el dédalo del pueblo en búsqueda de quienes ya sabían con exactitud sus adversarios. Por de más conocían que, habida cuenta de los pasos que se habían dado y hasta dónde habían llegado las cosas, era nada más que cuestión de horas que los unos y los otros se vieran las barbas, siendo imposible que ninguno de quienes se había encenagado de tal manera pudiera desaparecer sin dejar rastro. Los gestos graves de sus semblantes, los sentidos alerta y el ánimo decidido, recorrieron las calles hocicando entre las sombras y husmeando en una atmósfera cargada de negros presagios por una huella que les condujera a encarar a quienes habían osado violentar a lo más sagrado de sus humanidades: su familia. En los magines de cada cual bullían diversiformes imágenes que les recluían en un significativo mutismo que, empero, nada tenía de temor; porque tomada la decisión, y se había tomado, nada podía variarla, sino el que la tierra se hubiera tragado a los cainitas, y esto no parecía verosímil que pudiera ocurrir. Hasta altas horas dieron vueltas por diferentes calles, plazas y boliches sin encontrar a ninguno de sus rivales, y, finalmente, pasaron por la puerta de la casa del Colorado y del sargento Rodríguez; pero ello es que en ninguna de las dos casas hallaron vestigio alguno ni de estar habitadas siquiera, de modo que optaron por regresar a casa y dejar sus pesquisas para el día siguiente.

Aquella noche Ernesto se pasó la noche en blanco, mientras todos los demás miembros de su familia dormían con una paz para él incomprensible. El profundo valle que el colchón había formado

a lo largo del eje longitudinal de la yacija, por vicio y falta de aventamiento de la paja que lo rellenaba, no era la causa, desde luego, pues sobre su incomodidad siempre le había visto la ventaja reunirle o sí o sí con su esposa; ni lo era, tampoco, el rugir sostenido y feroz de algunos de los durmientes, a quienes columbraba entre la densa tiniebla de la casa convertida en alcoba como una parte más de sí propio, acaso como miembros que, por más que estuvieran separados de su cuerpo, le pertenecían por ser indiferenciables del resto de su naturaleza en su alma. Mejor, diríase que la causa del insomnio estaba en sus intempestivos y graves pensamientos, los cuales bullían en su cerebro desasosegándole, agigantándose y disparatando su dramatismo merced a la oscuridad y a la imposibilidad de no poder compartirlos, sacándolos de sí y quién sabe si inspeccionándolos y facilitando su justa dimensionalidad. Abrazado a su esposa y con la cabeza de esta apoyada sobre su pecho, perdía su mirada en el entramado de varas y pajizo del techo como si lo hiciera entre los sedimentos de una descomunal taza de té en la podría adivinar, con la aplicación suficiente, la pauta de un incierto porvenir que le angustiaba. Trataba de discernir sobre la sucesión y el alcance de los sucesos que le estaban arrastrando al extremo más radical de su vida, comportando aún no sabía bien qué precio, aunque no le cabía ninguna duda de que enfrentando la muerte, ya fuera propia o ajena, y no sabiendo a cuántos o a quiénes visitaría la Parca; sucesos que lo mismo podrían resolverse con una que con muchas muertes, pero, con toda seguridad, sin poder evitar que alguna se verificara... o con la cárcel como colofón, en el mejor de los casos. Demasiados pasos se habían dado hacia este abismo, y la palabra estaba empeñada, por añadidura, siendo ya cautivo de ella. Su mano corría amarga y dejosamente por la espalda de su amada, acunándola en su sueño o consolándose él con su presencia; y parecíale que la acariciaba por última vez, que acaso nunca más podría tener la ocasión de sentirla así, serenamente dormida entre sus brazos, o que por los escasos vacíos de la sala deambulaba la fría y metódica Átropos eligiendo y marcando a quienes iban a ser suyos, como ellos hicieron durante todo ese día con el ganado en la yerra. No; no había miedo en él, como en ninguno de los suyos parecía hallar hueco donde acomodarse, sino un presentimiento de hecatombe que disparaba su urgencia por hacer o decir los miles o millones de cosas que presentía que dejaba pendientes, si moría en ese embate que ya sentía inmediato, tal vez como conocer a su hijo, quizá como diluirse en la nada con el paso del tiempo como un fantasma que es reemplazado por la rutina de la vida en la memoria de amada, o quién sabe si como pronunciar a los suyos las palabras

o poner de manifiesto los afectos que aún no les había manifestado. Sin embargo, por de más sabía que no había marcha atrás, que la suerte estaba echada y que nada se podía hacer sino continuar tozudamente hacia el destino que le correspondía, pasara lo que pasase, porque él no había elegido las cartas, sino que le habían sido repartidas, como siempre. «Mi Diosito lo quiere, Él sabrá por qué», pensó, conformándose; y añadió: «pero, ¡carajo!, también podría haber dado una de manteca alguna vez, y no todas de hambre.» Y, una vez hubo soltado este sacrílego reproche, su pensamiento saltó como por arte de magia a otros ámbitos más halagüeños, teniendo la feliz ocurrencia de que si bien el cómo se habían dado las cosas era toda una tragedia, también su solución, cualquiera que fuera, pondría fin a la maldición de las Tres Sangres, y tanto su esposa como su hijo y los suyos, y su Diosito quisiera que también él, podrían encarar el porvenir libres de ese cepo que se selló con el infausto sino el abuelo Pedro. ¿Cárcel?... ¿Muerte?... ¿Qué importaba que la noche estuviera oscura si ya estaba por amanecer?... Bien que veía ahora en estos dibujos la mano de su tatita Dios, aunque hubiera sido precisa la rebeldía de una imprecación, y cómo en su infinita sabiduría se sirve de las llaves más negras para abrir las salas más claras. Y, sosegado por la sensación de haber columbrado un destino que se abría ante quienes amaba sin las cargas del pasado, dio por bueno cuento le acaecía, se reacomodó en el lecho, apoyó su cabeza en la de su esposa, la estrechó amorosamente contra sí, sonrió y se durmió.

—Dale, vieja, dormí, ¡carajo!: ¿no ves que ya se durmió el pibe?...

—¡Chist! Ya va, ya va; pero dormite también vos.

Y tres fragores más se unieron al estridente concierto que ya había, en un sueño único y colectivo.

7 — Vísperas

Que la noticia se difundió en Tres Algarrobos como una epidemia, es algo que se calla por sabido. Nadie hablaba de otra cosa, y ya en aquel mismo amanecer estaba el suceso en boca de todo el mundo, no faltando quién hacía predicciones acerca del acabijo que tendría el conflicto.

En el Club de Los Verdes, los hombres se arremolinaban en torno a quienes estuvieron presentes en la yerra y en la posterior payada, recibiendo las noticias—o, por mejor decir, las opiniones—con una ansiedad tal, que más daba la impresión de ser una nueva atracción de la celebración del Día de la Tradición en vísperas. Y esto aún fue a más cuando, ya con el sol bien alto sobre el horizonte, entró Adolfo Fuentes a tomarse un vinito, según era su costumbre —lo de vinito era un eufemismo que solía utilizar para suplantar su costumbre de echarse al coleto cada mañana una botella entera del tintorro más ordinario a palo seco—, quien fue asediado por los parroquianos, inquiriéndole con morbosidad acerca de la reacción de los amenazados, el sargento y el Colorado, cuando tuvieron noticias de las amenazas que contra ellos vertieron.

Este, sabiéndose centro de la atención de todos, guardó silencio un instante, echando sus ojos al fondo de aquel espirituoso fluido que llenaba su vaso hasta casi el borde, con una liturgia semejante a como si tuviera en capilla, la cual más pretendía atraer sobre sí toda la atención de quienes le interrogaban, mientras organizaba su declaración. Luego de un larguísimo silencio, que a no pocos se les antojó infinito, apoyó su codo izquierdo sobre la barra, dando la espalda al camarero, rodó sus ojos por los diferentes rostros que aguardaban como si se les hubiera fugado el alma del cuerpo, y con pasmosa lenidad, hizo la siguiente declaración:

—Yo, compadres, anoche mismo hube de vérmelas con ellos: con los cuatro Lunas. Ni qué decirse tiene que les puse en su sitio, pues nunca me tembló la mano para bajarme a un malevo... o a cuatro, si es que se tercia y al paso viene, que mi arma y yo, en

esas, somos la misma cosa. Y..., bueno, les dije bien clarito: «No se gasten, paisanos. Si tienen disputas con quien sea, arréglenlas; pero no se me manden la parte ni se me pongan piolas, o los riego de plomo.» Cuando me vieron el genio, que ya estaba por balearles, se quedaron los cuatro con el ¡Jesús! en la boca..., y allá se me fueron conque si había sido un malentendido, que si les disculpara..., que si... Bueno, amigos, ya se pueden imaginar.

—¡Dejate de joder, gordo, y echá esos bolazos pa otro lao —le cortó incrédulo Viejo del Toro—, que por la marca que tenés en el rostro bien sabemos el pie que calza Rubén. Vos enfrentarte a cuatro Lunas...: ¡ni a las pampeanas!... ¡Vamos, que ni en pedo!

—Si van a dudar de mí..., no gasto pólvora en chimangos. Cierro el pico, y no suelto ni una fusa más —amenazó con cierto sonrojo el policía, girándose a su vaso de vino.

—¡Hasta la vuelta, mamá, dijo el chajá, y quedó colgado por el pescuezo en el alambre! —protestó de nuevo Viejo del Toro por lo que a su entender era un embuste de los más gruesos.

—Dale nomás —añadió un tal Cacho Álvaro, desmereciendo a su predecesor y queriendo saber más—, contá lo del sargento y el Colorao; pero dejá de agrandarte, ¿eh?...

—Sí, Adolfo, que nosotros te creemos: apurá —le animaron otras voces.

Él, parsimonioso, se echó al buche otro trago y mantuvo silencio hasta que casi le suplicaron algunos, mientras Viejo del Toro y otros escépticos se alejaron del grupo, seguros de que de sus labios solamente escaparían falsedades que pretendían suplantarle por lo que no era. Cuando el agente tuvo a su auditorio al borde del colapso, acercándose a ellos histriónicamente y bajando muchísimo el tono de voz, tras mirar a uno y otro lado, como si lo que iba a decir fuera cosa que bajo ningún pretexto pudiera escuchar nadie y seguir viviendo, poniendo los labios en pico y entrecerrando los ojos, confidenció:

—Pos esta mañana, cuando le conté al Colorao el incidente de anoche, soltó en su mesa una de esas manotadas que hacen temblar al santo misterio, y dijo: «Esos la han cagao: ya se puede decir que están ingresando en la morgue.» Y él y el sargento discutieron por ver quién iba a ser el que los diera pasaporte. Baste decirles, amigos míos, que el Colorao salió de la comisaría como alma que lleva el diablo, jurando al sargento que si se atrevía a echarle la pata antes de que él los ajustara las cuentas, le daba un balazo. Luego, cuando ya estaba con un pie fuera, se paró, nos miró al Julián y a mí que estábamos de puesto, y nos dijo: «Si ven a esos negros de porquería, ni mu: me buscan y me avisan, que hay que prepararles el festejo como Dios manda.» Y se fue. Iba, como aquel que dice, como

marcao por fierro caliente, echando espumarajos por la boca y no dejando santo sin jaculatoria.

Este colofón le había secado la boca, y tuvo necesidad de echarse al coleto cuanto en el vaso había, entretanto sus oyentes formaban impresionante garbullo, admirándose de los sucesos que estaban por venir, unos disparatándolos, y otros jurando que tiesas se las tenían por los Lunas, quienes lo mismo les tomaban la delantera. Los comentarios eran, según se ve, como los días, para todos los gustos, y si unos ya echaban gorigoris por los Lunas, otros hacínalo por los desdichados policías que, con certeza, eran los que iban a dar la cara y poner los muertos. Sin embargo, había algo que a nadie se le escapaba, por más que fuera poco sagaz: Tres Algarrobos ya esperaba su día de sangre.

El pueblo entero era un hervidero. Desde la cantina o el club a los almacenes, desde la estación a las haciendas y desde el consistorio a la más estricta intimidad de las casas, quienes tenían con quién hacerlo, no hablaban de otra cosa. Ni los preparativos del Día de la Tradición, ni la edad de quienes acudían a la escuela, era óbice para que el tema se debatiera, y, cuando ya el sol se hallaba en su cenit, no había un alma en todo Tres Algarrobos que ignorara que ese día, o el día siguiente a más tardar, la sangre correría caudalosa.

Sin embargo, como siempre suele suceder con las infidelidades, la víctima es la última en enterarse, y los Luna de esto no se tuvieron noticia hasta que el mediodía había caído. Y no fue porque algún pariente o un amigo les diera aviso, no, que bien claro se vio cuando más tarde se acercaron Ernesto y Jorge al pueblo para comprar una damajuana de vino, no apreciando en sus vecinos nada que se saliera de lo ordinario, a no ser ciertas actitudes esquivas, las cuales interpretaron, mejor, como un signo de respeto por lo que la noche anterior había sucedido, sino por Susana, la esposa del comisario. Se encontraron con ella al salir de la sodería cuando ya se disponían a regresar a su casa, quien estaba en una de las últimas calles del pueblo apoyada en un muro, como esperándoles.

—¡Susana, flaquita mía! —la requebró Jorge desde su caballo— ¿Venís a verme?...

Pero Susana no le replicó, ignorándole. Se quedó mirando a Ernesto con una indecible mueca de dolor impreso en su semblante, sin duda remanente del que en su alma padecía, y luego de un instante, declaró:

—Mucho me juego estando acá, que hoy todo el mundo tiene puesto sus ojos en vos. Mejor será que nos veamos luego en La Olla, como en veinte minutos. Allá te voy a contar con más calma...; pero mejor será que vengás solo. Dejá antes en casa a este tarado.

Y marchó, como si nada fuera con ella. Ernesto, prudentemente, tiró de las riendas y siguió su camino, invitando a su hermano a que le siguiera, quien no cesó de echar floreos a Susana y a su caminar, según era habitual en su carácter.

Cuando regresaron a su casa y dejaron la damajuana, Ernesto se excusó ante su esposa con la mentirijilla de tener que hacer un supuesto recado, y salió de la casa para encaminarse al encuentro convenido; pero esta supo enseguida, por la forma en que Jorge le miraba, que algo escondía, y le alcanzó bajo el dintel.

—Decí la verdad: ¿adónde vas?

—Ya te dije, mujer —alegó él, dirigiéndose a su caballo.

Que las mujeres tienen un sexto sentido que las permite ver sin penumbras lo que sus hombres esconden, no es cosa que a nadie le sorprenda, y, obedeciendo más a su instinto que a la evidencia, soltó esta a bocajarro:

—Vos vas a encontrarte con la Susana.

—¿Sos loca? —mintió, al escuchar aquel nombre, eludiendo el rigor que le imponía la sangre que creía coagularse en sus venas—. ¿De dónde sacaste eso?... No, mi amor; tengo que ver al Rías para solucionar el tema de ayer en la yerra. Será cosa de un minuto o dos.

—No te vayás, Ernesto: por favor te lo pido.

—Si serán unos minutos nada más —se excusó zalameramente, acercándose a ella y estrechándola contra sí, regalándola toda suerte de agasajos, como solía hacer cuando deseaba salirse con su encanto.

—¿Te tardarás?

—Unos instantes apenas. Verás que en un suspiro estoy de regreso.

—Andate con cuidado, ¿sí?... Mirá que hoy no me siento muy bien, como si este pendejillo quisiera asomarse al mundo —falseó a su vez, usando el ardid del parto.

—Prometido —dijo el galán a subirse a su caballo.

Y se fue, pero sin apartar la vista de su esposa, excepto para retirar la tranquera y echarse al camino, despidiéndola con la mano varias veces, hasta que, bordeando el pueblo por su parte sur, se perdió entre algunas acacias que junto a una de las últimas casas del pueblo había.

Echa un manojo de nervios, como vulgarmente se dice, a un lado de La Olla, bajo la sombra de un ombú esperaba Susana. Con no poca parsimonia se aproximó a ella sin perderla de vista, quien a al reconocerle se puso en pie de un brinco y aguardó con visible impaciencia a que llegara hasta él.

—¿Qué querés? —dijo secamente.

—Mucho pongo en juego por vos, como siempre hice —le encaró, haciendo un gracioso mohín que por instante la hizo gravitar la cabeza sobre el pecho—; pero acá estoy para ponerte sobre aviso.

—Muchos avisos recibo últimamente, y ninguno de ellos de amigos —gruñó con desdén Ernesto—. Vamos, mujer, soltá los que tengás que decir y acabemos de una buena vez.

—¿No desmontás tan siquiera?...

—¿Es preciso, acaso?...

—Lo es, sí. La noticia que tengo que darte bien pudiera derribarte de un solo embate.

—Dejá la cháchara, y largá.

—No, así. Vine a hacerte un favor, pero si vos lo rechazás, mejor será que me largue con viento fresco.

Y ya había comenzado a caminar, cuando Ernesto cruzó su caballo en su camino y quedó mirándola. Vio en el fondo de sus ojos sufrimiento de mujer, de ese que llega siempre por los asuntos del corazón, y en su semblante una luz que restallaba amarga como un latigazo de quebranto que deslucía sus hermosos rasgos. No supo por qué se conmovió, y, endulzando la dureza de su rictus, le dijo:

—Sea, por los viejos tiempos siquiera.

Ya con ambos pies sobre el suelo y con Fierro sujeto por la rienda, púsose frente a ella. Por un instante, solamente por un instante, parecieron soplar brisas de ayer, de esas que llevan mezcladas el rezumo del sudor y la pasión frenética de la carne, y ganas no le faltaron para tomarla por la cintura y quebrarla el talle, porque estaba hermosa como una flor, dándola esa luz amarga de que la hablaba antes una aureola de belleza magnífica y solemne, como si fuera una estampa del sintiempo. Los labios dejosamente entreabiertos se ofrecían muy besables, y en sus ojos aguados y levemente ensangrecidos por el quebranto, rielaba la imagen de aquel galán que tiempo atrás se hundiera de pasión en ella. Las manos juntas sobre el vientre, los hombros caídos y el desorden de su vestido, investíanla de un sentimiento que le inspiraba piedad a la par que enardecía su deseo.

—Desembuchá lo que tengas que decir, mujer —dijo al fin, haciendo acopio de magnanimidad y poniendo freno a su instinto.

—Estoy encinta —le anunció con afectación, al punto que hundía en él una mirada inquisitiva

—¡Eso no es asunto mío! —se eximió, en un arrebato autómata, entrándole vivos deseos de montar a Fierro y salir de allí más que pitando, desapareciendo de una manotada toda la piedad primera como si alguien descorriera una cortina.

—No lo sé. Creo que son cuatro o cinco meses, no estoy muy

segura, y hace ese tiempo vos y yo...

—¡Basta! Vos sabés que eso no es cierto. Además, si tal fuera, sería tu problema, no mío. Debiste tomar tus precauciones, ¿viste?... Demasiados hombres hay en tu vida como para que vengás a mí a poner mi marca a tu hijo. Bien pudiera ser Jorge o el Colorao..., o cualisquier otro. Mirá, Susana, saber quién es el padre de esa criatura en estas que andás, no puede ser cosa más que de mandinga.

—Vos lo sabés, hijo de puta. ¡Mejor que nadie lo sabés!

—Yo no sé na. Y si es para esto que me hiciste venir acá, ya escuché la demanda y pronuncié la sentencia, de modo que ¡chau!

Y se disponía a montar a Fierro, cuando Susana, tomándole por la pernera de los bombachos, le dijo:

—No es solamente eso, esperá.

Ernesto se detuvo algo contrariado. Haciendo acopio de paciencia, pero deseando poner urgente punto final a un encuentro que no le parecía que condujera a ninguna parte, se giró, la miró con afectada indulgencia y la apremió a que concluyera.

—Decí, pues: ¿qué es ello?

—Mi esposo ha jurado mataros a todos, después de enterarse que ayer lo estuvisteis buscando por todo el pueblo mientras estábamos en Carlos Tejedor.

—Eso, Susana, no es noticia. Primero ha de poder..., si es que no le tomamos la mano. Mucho me barrunto que él ha tenido que ver con lo de la Rosa, y ya estoy echando la sonda para saber de cierto. También yo, querida..., también yo estoy deseando echármelo a las barbas y aclarar este asunto, de modo que no va tener que hurgar mucho para encontrarme. ¿Vos sabés si tuvo algo que ver con ello?

—De todo se dice por ahí y de todo es más que capaz —malmetió con malicia, viendo ocasión de que Ernesto se animara a sacárselo de encima, asesinándole—; pero no va a venir a contarme a mí nada de eso, ¿no te parece?... Desde luego, creo yo que, si no estuvo metido de pleno, lejos no andaba, eso es seguro; porque mirá, Ernesto, que cuando dijo lo que dijo no me estaba cargando, que yo lo conozco mejor que nadie, ¿eh? Estaba hecho una fiera, ya sea por lo de Rosa, por lo bocón que sos y por haberlo andado buscando a él y al sargento, o porque sabe que vos y yo...

—Que vos y yo..., y Jorge..., y ve a saber cuántos más, Susana, sé sincera, que tu lista es más larga que la de la deuda externa.

—Bueno, ¡carajo!, pero es con vos y con los tuyos con quienes se ha juramentado. Los Pagán le empujan, y él no quería, pero tras saber lo nuestro...

—Aún con todo, Susanita, no es tan corajudo. Sabe que si fracasa es hombre muerto, y a todos nos habría de matar a una.

—Y así juró hacerlo.

La firmeza de sus palabras y la dureza de su mirada bien echaban de ver que lo creía a pies juntillas. La constricción de su rostro era evidencia del desorden de emociones que tenía lugar en su alma, y este sentimiento que se manifestaba sin impedimentos como si sus esencias estuvieran comunicadas, le alarmó por un instante. Sin embargo, ningún Luna era hombre que se dejaba apabullar por los acontecimientos o que conociera de cerca el miedo, y enseguida recuperó su natural sereno.

—¡Ya será para menos! —minusvaloró.

—Lo será, si vos lo decís; pero si no lo hace él, será el sargento quien lo haga, quien también sabe lo de su esposa y Jorge. Tanto es así que entre ellos pareciera que compiten por ver quién se lleva el gato al agua. Ya no es solamente una cuestión de cuernos o de cuatreos, sino pendencia personal entre ellos, ¿no lo entendés, cabeza hueca?... Van a matarte: ¡van a matarlos a todos!

Ernesto reflexionó un momento, pareciendo que sopesaba los pros y los contras de cuanto Susana le refería y la verosimilitud de que tal cosa sucediera. Luego, saliendo de su abstracción, la miró con cierta ternura, sin duda nacida de la preocupación que sentía, y añadió:

—Te agradezco el aviso, Susana. En verdad digo que últimamente no sabe uno quién es su aliado y quién su enemigo.

—Ernesto, si vos querés, podemos irnos de acá para siempre. Comenzar en otro lugar...

—¿Sos loca?... Qué carajo me estás pidiendo..., ¿que abandone a los míos, a mi padre y mis hermanos, a mi esposa y mi hijo?...

—Yo puedo ser tu esposa y darte este hijo.

—¡Andate, mujer! Mirá, yo no te amo, ¿no lo entendés?... ¡Nunca te amé! Te he deseado, pero nunca te amé. Por ello ambos recibimos recompensa y castigo, como siempre sucede con los pecados, que las dos caras tiene la moneda de ese pago. Lo hecho, hecho está: si hubo falta, está saldada; y si virtud, se gastó. Nada queda, Susana.

Cuando había finalizado su exordio, Susana tenía el rostro metido entre las manos y lloraba con un desconsuelo tal que, si piedad despertaba cuando llegara, ahora era capaz de hacer mil gajos el alma del más pintado. Ernesto, en un arranque de esplendidez, la tomó por las manos y quiso consolarla.

—¡Soltá, hijo de puta! —dijo ella con rabia, evitando el roce siquiera de sus pieles—. ¡Ojalá te maten!... ¡Ojalá los maten a todos!

En vista que imposible era que se impusiera la razón y que las voces de la despechada Susana amenazaban con poner en alerta a la región, diluyendo la clandestinidad primera, Ernesto montó y partió

al paso con Fierro, mientras ella iba en pos de él gritando una vez y otra: «¡Quiera Dios que te maten, mal Luna!... ¡Quiera Dios que los maten a todos como a perros!»

Pero no pudo oír que algunos pasos después se dejó caer sobre el pasto, y quedó llorando con tal desconsuelo que pareciera que el alma se la había quebrado para siempre.

* * * * * * *

Ernesto aguardó a que Rosa se retirara a hacer la siesta con Pelusa para dar la noticia a su padre y sus hermanos, mientras hacían sobremesa en el patio trasero de la casa. Ninguno de presentó credencial de pesadumbre cuando escucharon las nuevas, sino que, muy al contrario, trataron el asunto con desesperante frialdad, como si fuera cosa más que cantada que un día u otro se diera. Tito, en todo caso, fue el único que manifestó cierto pesar por considerarse el causante, metiéndoles en sus asuntos de cuatreo y rebotando parte de la culpa al abuelo Pedro; pero enseguida Ernesto le restó hierro al asunto.

—Papá, vos hiciste cuanto se pudo, y sabés por de más que no quedó otro remedio. O eso..., o el hambre.

—Mejor hubiera sido, quizá, que andar en pleitos con esos ladinos. Si malos fueron los Pagán y el Martínez, los Pagán lo siguen siendo y el Colorao supera a aquel.

—Dejá de darte manija, ¡che!, que al Colorao ese es duro de boca, pero en cuanto se alce un poco, lo hago respiraderos en el pescuezo —animó Jorge, mostrando el facón.

—Vos, pelotudo, tenés buena culpa de todo esto, por desfogarte con sus mujeres. ¡Ya te dije que tu faldeo iba a traernos pleitos!

—Nadie es culpable de esto —intermedió Rubén, rompiendo una vida consagrada al silencio—. Jorge no es más boludo que tantos otros, que pocos hay en Tres Algarrobos que no hayan retozado con esas.

—No me dirás que vos también...

Rubén se encogió de hombros, y dijo mientras se retiraba unos pasos.

—No hace falta agrandarse ante los demás pa ser macho.

Tito no supo si sentir vergüenza u orgullo de su hijo mayor, quien veía a última hora a sumarse a la debacle o a suplir con una pretendida falta las carencias de sus hermanos, evidencia de que su fidelidad estaba por encima de las causas que les empujaban por aquel lóbrego barranco. Y ya le hubiera gustado poner algunas comas en su sitio, si no hubiera aparecido su esposa en escena, quien se aproximó a la mesa y descargó sobre ella lo que en el

mandil llevaba, quedando a la vista de todos cuantas armas había en la casa, así dos carabinas como tres revólveres, ninguno de ellos en buen uso.

—Déjense de comportar como mujerzuelas, y prepárense para lo que venga.

Y se retiró sin añadir nada más.

Tito, quien se la había quedado mirando con hondo respeto, salió en pos de ella, la alcanzó apenas unos pasos más allá, y le dijo muy por lo bajini, tomándola de los hombros:

—Vamos, si has de llorar, hazlo como mujer. No debés sentir vergüenza, pos cualquiera otra lo haría.

—Es que yo no soy otra, ¡carajo!, sino la de un Luna.

Y conteniendo las lágrimas a duras penas, sobreponiendo un gesto duro y huraño a la amargura que sin freno la embargaba, se retiró a la casa, haciendo una mueca a su esposo para que la dejara llorar a solas. Viola partir con sentido afecto, que más que claro tenía que era el verdadero y firme sostén de aquella familia desmedrada, y reparó por primera vez en que la belleza que había ido dejando en los calendarios la atesoraba carne adentro. Chocho de afecto, una vez la perdió de vista se ajustó en un gesto de satisfacción los bombachos, se acercó a sus hijos, y les dijo:

—Limpien bien esa chatarra. Bien pudiera ser que por una vez su vida dependa de la higiene.

* * * * * * *

Tras almorzar, según era su costumbre, el Colorado se tendió sobre el sofá que había en la sala y se dispuso a descabezar un sueño; pero apenas había traspasado la antesala onírica, cuando su esposa le despertó jugando con su sexo con una pasmosa naturalidad que no mostraba desde Dios sabría cuándo. No hizo preguntas, ni siquiera mostró el más mínimo incomodo, sino que se zambulló con hondo deleite en aquella pasión que mostraba su esposa, ignorando, o queriendo ignorar, que era un ardid de esta para sofocar las teas que la incendiaban el alma.

Apenas incorporándose sobre un codo, la tomó por la cadera y aproximó hacia sí, jugando con su mano bajo la falda, sin desprenderla de su ropa interior, pues más era su cerebro el que mostraba incontrolable frenesí que su cuerpo, y más prefería la erótica de la idea que la sucesión de los hechos. Pronto, ambos, tendidos sobre la alfombra que imitaba figurillas persas, se revolcaron con una febrilidad que anulaba sus demás sentidos, hasta que no mucho después, apenas cuatro o cinco minutos, ambos quedaron tendidos cara al techo, mostrando diversiformes

sentimientos en sus rostros: él, de honda satisfacción que le invitaba al descanso; ella, de amarga complacencia... o de repugnancia—a qué no decirlo—, no para con él, sino hacia sí misma, lo que la empujó a buscar el paquete de cigarrillos con ansiedad y prender precipitadamente un pitillo.

—Vos siempre a lo tuyo, ignorando que existo. Podrías esperar a que también yo termine una vez, ¿no?...

—Vamos, no lo arruinés, flaca, que estuvo de muerte.

—Acá el único que la merece sos vos, que jamás me esperás. Apenas comienzo a entonarme y, ¡zas!, terminaste.

—Es que me ponés como una locomotora, viejita —se excusó con carantoñas, intentando besarla el brazo que tenía más próximo a sí.

—Dejá la macana. Pretextos: eso es lo único que tenés siempre. Pero, está visto: como no me ayude yo misma no termino jamás. Y no es para esto para lo que estoy con vos, que si es únicamente para darle a la cachucha, me basto sola. Si está visto que es mi sino, ¡carajo!, que ni lo uno, ni lo otro. Me traés a este rincón olvidado de Dios y ni siquiera me das la ocasión de tener la chance de sentirme mujer, que más pareciera que soy una adolescente que precisa de su mano para satisfacer sus impulsos que una dama hecha y derecha, casada como Dios manda. Pero no es solamente en esto, no, sino en todo, como no podía ser otro de modo. La economía, por ejemplo, mejor que no la toquemos, porque nunca tengo un mango para un extra ni por recomendación del doctor, por más que siempre andés con enredos y rodeado de la peor chusma de dondequiera que estemos; en la cama, visto lo visto, o solita, o nanay del peluquín; y, por si fuera poco, me tengo que bancar el estar en boca de todo el mundo sin que vos hagás nada por evitarlo. ¡Jesús, qué vida! En todo..., en todo, ya te digo. Porque ¿sabés que andan diciendo por ahí ahora?... Pues ni más ni menos que Ernesto, Jorge y qué sé yo cuántos otros son mis amantes. Sí, hijo mío, sí, como lo oyes: mis amantes. ¿Y vos qué hacés por evitarlo? Nada, por supuesto, porque vos siempre andás tan fantástico con esa cachaza tan tuya, que solamente parece que veas tu ombligo mientras los demás van haciendo pelota tu honor... y el mío, que ese me importa más que ningún otro. Porque, ¡carajo!, nadie tiene por qué poner en entredicho mi honestidad, que es impoluta como la de la Virgen..., si no fuera porque ese... criminal de Ernesto me enlodara en La Olla aquel maldito día que aún me abrasa la memoria. Si vos tuvieras bolas, pero bolas de verdad, de las de varón, a esos que dicen barbaridades, como Ernesto y Jorge Luna, los cagarías a balazos. ¡Ay, Dios mío, que hombre!... Si es que no tenés redaños para nada, que te pelan con el cuatreo, largan a los cuatro vientos que te van a

abrasar por tú sabrás qué asunto que pasó anteayer con la Rosa, y hacen lo que se les canta con vos y con tu mujer otro tanto, que andás en boca de todo el mundo como cobarde y un cornudo, y yo como una simple meretriz que no tiene adonde ir a rascarse.

—No te preocupés, flaca —replicó el con insospechada frialdad a su maliciosa y enardecida esposa—, que eso solamente son faroleos de fantasmones. Esos, sin que lo sepan, ya se pueden considerar cadáveres.

—¡Con estos ojitos tendría yo que verlo para creerlo!... Sí, hijo, sí, porque vos andás prometiendo tanto y cumpliendo tan poco que solamente tras verificar el suceso puedo tener fe en vos, y no antes. ¡Bolas: eso es lo que te falta, comisario Colorao!... Bolas, y un par de balazos bien dados, porque si no, y no es una amenaza sino una premonición, no creo que lo nuestro dure mucho. Yo no me veo por mucho tiempo junto a un hombre que lo parece y no lo es.

—Veremos si lo soy o no, ¡carajo!, que cada huevo tiene su Pascua. Date tiempo, y lo verás —resolvió, tratando de lograr un armisticio a la perorata de su esposa.

Mirábala el comisario con ojitos incrédulos, no dando crédito libre a cuanto Susana le manifestaba, pues casi siempre que se quedaba a la luna de Valencia en su relación marital solía salir con alguna pepla. La creía..., y no la creía. Seguíala la corriente como quien deja que un loco se desfogue, mientras fumaba con parsimonia y la torcía los ojos, como diciendo «aquí hay busilis», esperando que se la agotara el fuelle. De lejos le venía la tradición de respetarla sus berrinches, que la cuerda y el silencio era, en su código personal, el alma mater de la armonía familiar, y si no se iba muy allá, si ella elevaba el tono, él menguaba el verbo. Bien sabía lo de La Olla, aunque no se lo creía del todo, lo que la noche anterior habían promulgado en la payada y que les estuvieron buscando por el pueblo durante buena parte de la noche al sargento y a él para... vaya usted a saber qué, mientras él estuvo hasta las tantas en Carlos Tejedor, y todo eso; pero era un hombre frío que sabía vérselas con esas y peores, y que lo que menos le convenía era seguir el impulso visceral y resolver el asunto como le proponía su esposa y como sin duda esperaban sus rivales, conduciéndole a una muerte segura o a una cárcel cierta, y por ahí sí que no pasaba, no señor. Mejor templar y esperar el momento, tal cual se había conjurado consigo mismo, y dejar que pasara el pronto de Susana, quien seguía dale que te pego a la hebra de su calentura.

—¡Ay, qué risa! ¿Que no?... ¿Sabés lo que dijeron ayer en la yerra?... ¡Seguro que sí!... Si voces que te hayan ido con el reclamo seguro que no faltaron, que otra cosa no tendrá este maldito pueblo, pero lo que son chismosos y bocones, sobran. En fin, por si acaso, te

lo repetiré, aunque bien puedes figurártelo, comisario. Pues dijeron, ni más ni menos, que van a sacarte la manteca: para que te enteres. Que a ti y al sargento los minutos que os restan se pueden contar con los dedos, y, además, hicieron alarde de andarse revolcando conmigo y con la Oriana, y con medio pueblo más. Eso hicieron, rico, y así de agrandaditos los tenés.

—¿Ah, sí?... —exclamó, haciéndose de nuevas, en vista que la contemplación pasiva no daba sus frutos. Y fingiendo enorme y colérico enojo, se puso en pie y clamó—: Veremos quién es el machito que saca la manteca a quién. Esto no me lo banco, ¡carajo!, no-me-lo-ban-co: a esos Luna me los eclipso, ¡por estas!

—Ya quisiera yo creerte, pero ya ves: ellos haciéndote de menos y tú tan fresco, que hasta hay rumores de que ya se citaron en Buenos Aires para demandar lo del cuatreo con un sobrino de su abuelo Esteban y cantarle La Traviatta de los enredos en estás metido tú y el sargento y el intendente y los Pagán, y todos los que quieran, porque seguro que música no les falta. No, si al paso que van las cosas, en un rato más te veo en cana y bien cargadito de cadenas.

Si lo demás de cuanto había dicho de sobra lo conocía, esta última noticia le cayó como un cubo de agua helada, congelándole la sangre. ¿Bravuconadas, amenazas?..., ¡ja! Todo eso eran como los latinajos de la misa y esas mandangas, nada serio para echar las patas por lo alto y, por supuesto, nada de lo que hubiera que temer o por lo que tomar prevenciones especiales; pero de ahí a ir a dar la nota a Buenos Aires, levantando la liebre de lo que en sus reales estaba aconteciendo, era otra cosa, pero que muy otra cosa que demandaba otros métodos... más expeditos, digamos. Súbitamente los temores de los Pagán vinieron a confirmarse en él, y se vio en lo más hondo de un calabozo a pan y agua, urgiéndole a poner remedio a un problema que estaba por írsele de las manos y despertando de golpe su cólera de tal manera que, fuera de sí, prorrumpió:

—¡Hijos de la gran puta!... Horas les quedan a esos: ¡horas!... Ya les voy a ajustar yo las cuentas. Si lo que querían era encontrarme, que cesen la búsqueda, porque acá están las bolas de el Colorao.

Y se fue disparado hacia la puerta hecho un basilisco, ajustándose la ropa a medio poner que vestía, y salió de la casa dando un sonoro portazo y sin dejar de juramentar una vez y otra que aquellos Luna, ese mismo día o al día siguiente, y a la vista de todo el pueblo para escarmiento general, se los eclipsaba.

8 — Autos

Desde bien de mañana del Día de la Tradición toda la chiquillería se entretuvo en ultimar sus carrozas y casetas y en preparar el desfile. Su celebración tendría lugar hacia el medio día, arrancando desde las inmediaciones de la plaza y dando término en El Prado Español, el jardín público más grande de Tres Algarrobos, donde serían expuestas para solaz de los aldeanos y para valoración del jurado, el cual premiaría la más fiel con los tiempos de las guerras de frontera, aquellas que mencionaba José Hernández en el Martín Fierro.

Había aire de fiesta en todo el ámbito del pueblo, y desde muy temprana hora se sucedieron diferentes actos, siendo su eje central la Plaza Nueva. Sobre el pasto y las aceras de ambos lados de las calles estaba la práctica totalidad de los habitantes, y al frente, sobre la avenida, habían levantado un entarimado, sobre el cual había una banda de música —por mejor decir, unos guitarreros—, que interpretaba sin cesar gatos o milongas o ponía fondo a voluntariosos rapsodas que declamaban con histriónicos y épicos requiebros diferentes pasajes de la obra antes mencionada. No faltaban puestos de frituras o asados con formas que evocaban quilombos o pulperías, o de venta ambulante de los más variados enseres, así fueran artesanos locales o buhoneros venidos de mil recónditos lugares, en torno a los cuales se arremolinaban compradores y curiosos o a cuyo frente desfilaba la feligresía, como si lo hicieran por obligación cristiana ante santos lugares consagrados.

Cuando el sol estaba en lo más alto dio comienzo el desfile, tras un soporífero y manido discurso del intendente de Carlos Tejedor, primero, y del subintendente de Tres Algarrobos, después, que muy pocos aplaudieron. A los Luna, como siempre, les correspondía lugar de honor en la cabalgata, por tener en sus venas tanta sangre pampa como criolla como por ser de los primeros habitantes del lugar, sin duda privilegio que Esteban Luna obtuvo para su

descendencia. Tras las enseñas patrias, los blasones locales, las damas de honor y el Cuerpo de Bomberos Voluntarios, los cuatro hombres iban en sus caballos, ataviados con lo mejor y más clásico de sus ajuares, y más atrás, en una carreta muy vieja y desconchabada, las tres mujeres y Pelusa. ¡Era una gloria verles!... Los cuatro vestían chiripá blanco listado con rayas grises y con camisola de paño común bajo el poncho, rastras de cuero de mucho lustre, pañoletas anudadas al cuello y sombreros de fieltro negro con las alas cosidas a la copa delante y detrás, excepto Tito, quien usaba boina; calzaban alpargatas a falta de botas; y lucían en la parte posterior de sus rastras primorosos facones. Los cuatro cabalgaban al paso, gobernando sus caballos con la mano izquierda, mientras la derecha, suelta y sin prevención, o bien caía con descuido a lo largo del cuerpo o iba en jarras sobre la cadera, siempre con el rebenque colgando de la muñeca, entretanto la trápala de los caballos iba casi al unísono, con un andar muy musical y gracioso, cual si piafaran. Aplausos recibieron, muchos de compromiso, pero también un bisbiseo tan, pero tan agudo, que evidenciaba por sí mismo la tragedia que estaba fraguándose.

A su paso frente a la tribuna, el intendente, ataviado con su único traje azul, la banda albiazul de la enseña nacional y el bastón, se giró y echó una mirada a la comisaría, cruzando esta con la del comisario, quien en pie junto a la puerta del establecimiento lucía impecablemente su uniforme de gala. Bastante fueron los gestos, pues el comisario, levantando la cabeza con desprecio, le hizo ver bien a las claras al alcalde que no se metiera en asuntos que eran de su exclusiva competencia, y este, haciendo un mohín de consentimiento, lo dejó correr y regresó a su compostura original.

El pueblo era un hervidero de gentes llegadas de todas partes, así de General Villegas como de Carlos Tejedor o de América, cuando no del mismo Buenos Aires, desde donde en estas fechas solía regresar buena parte de los pródigos que allí se fueron a buscar mejores horizontes, y quienes no podían renunciar a esta parte de su alma que había quedado varada en su terruño. Tras el desfile, mientras muchos llenaron con festiva algarabía boliches y soderías o se arremolinaron en torno a los puestos de la plaza, otros se dirigieron al campo de fútbol de los Verdes para presenciar el encuentro de celebración con los Colorados, y los demás a El Prado Español, donde tendrían lugar las competiciones de bochas, tabas, carreras de sacos y otros divertimentos armados para la gente menuda.

Finalizado el encuentro deportivo y algunos juegos, en una zona próxima a la estación de tren tuvo lugar una extensa demostración de monta, donde los jinetes compitieron en habilidad y talento, con

tal suerte de filigranas que uno no sabía si se hallaba ante excelentes caballistas o si ante equinos con un promedio intelectual que superaba al de la mayoría de los presentes. Allí se lució, sobre todo, Jorge Luna, quien montaba y desmontaba a galope tendido, se deslizaba bajo la panza del animal sin detenerse o le hacía bailar al son de la guitarra que era un auténtico regalo verlo. ¡Qué espectáculo para los ojos!... Y tanto le daba que fuera una carrera como hacer puntería en la competición de argollas, que en todo parecía estar por encima de los demás. Tan compenetrados estaban en todo caballo y caballero, que llegaron a arrancar las mejores y más granadas ovaciones, e incluso algún comentario de «qué pena, que hoy perdemos a nuestros mejores gauchos.»

No; no es que ellos ignoraran lo que estaba en boca de todo el mundo; pero no parecían espantarse ante lo que ellos entendían como bravatas. En su forma de ver las cosas, el destino tenía ya repartidas sus cartas y, marcadas o no, la suerte estaba echada: si habían de morir, lo harían sin temor; si que vivir, con la cabeza bien alta; y si nada pasaba, miel sobre hojuelas. Cualquier cosa cabía en ellos menos dar un paso atrás, que la vida sin orgullo, para ellos, no merecía la pena ser vivida.

Entrada la tarde, algunos, casi todos de extracción humilde, compartieron mesa en El Prado Español. Era este un parque cuadrilongo de no menudas proporciones al que se accedía a través de un recio arco rebajado de fábrica revocada, con portones de hierro forjado, y cuyo ámbito estaba cercado de malla metálica. Cuajado de frondosos árboles, entre los que abundaban los ombúes, acacias, quebrachos y jacarandas que proporcionaban densa y gratificante sombra a los rigores del inminente verano, en su centro se abría una amplia y espaciosa solanera a cuyo alrededor habían dispuesto, lo mejor que supieron y sus medios o talento les dieron a entender, las casetas que cada club o escuela había construido para la efeméride, intentando reproducir con la mayor fidelidad los tiempos míticos en que los colonos contendieron a muerte con los indios pampa para establecerse en aquel rincón de Dios. El medio justo de este espacio estaba ocupado por una cucaña, en la cual habían colgado un jarrón de terracota relleno de monedas, algunos billetes con pocos ceros, confeti y pequeñas fruslerías, y la cual servía de soporte a las numerosas ristras de banderitas de papel y luces de colores que se extendían como en una inmensa tienda de campaña imaginaria desde esta hasta los árboles. Alrededor de la cucaña abríase en círculo en su entorno una pista de baile embaldosada con loseta ajedrezada, de algo más de diez metros de diámetro, y rodeada por numerosos bancos con mesada de fábrica, alicatados con fragmentos de azulejo, imitación a la cerámica

talaverana. En la parte citerior de la entrada habían instalado una especie de cantina o pulpería levantada en troncos crudos y tablas, que emulaba a aquellas otras en que los soldados apagaban su nostalgia entre combate y escaramuza con un trago de licor y al son de una guitarra. A izquierda y derecha, según se accedía al recinto, había diez o doce construcciones menores, levantadas por las escuelas o clubes del pueblo, en cada una de las cuales se expendían bebidas o fritangas e incluso algún asado para aquellos que la danza o el licor les recomendara meter algo sólido al estómago; unas imitaban casas de chorizo, madera o caña, e incluso tiendas de soldados; y otras, más prácticas, eran de esas desmontables que ciertos feriantes que habían acudido al lugar en su peregrinaje de fiesta en fiesta habían llevado consigo, no faltando lugar para tiro al blanco, loterías o cosas por el estilo. Y al fondo a la izquierda, entre la hilada de puestos de esa banda y la pulpería de la que hablamos al principio, una tarima, elevada un metro o metro y medio sobre el ras de tierra, era el lugar destinado a las autoridades y los músicos, desde donde estos presidirían o animarían la celebración.

Para las seis o las siete de la tarde, los Luna se retiraron para descansar un poco, un tanto apremiados por el estado de Rosa, quien se sentía pesada y con algunas contracciones; pero se comprometieron con algunos parientes a regresar al punto de las diez o las once, hora para la que estaba previsto el inicio de la celebración mayor y el baile de confraternidad.

Ninguno de ellos, ya en la casa, hizo la menor mención a cuanto sin querer oírlo habían escuchado entre sus compadres, pero antes de tenderse en su catre el ya anciano Tito Luna, al punto que apoyaba su cabeza sobre la almohada, les dijo a sus hijos:

—Esta noche incluyan en su atuendo un revólver..., y vayan bien rezados. Cuando termine la fiesta, allá para la madrugada, una de las dos cosas va a hacerles su buena falta, seguro.

* * * * * * *

—¿Es que no pensás hablarme más? —averiguó con altivez Oriana, la esposa del sargento Rodríguez, mientras le ponía sobre el hule un plato con una porción de carne—. Digo yo que con la paliza que me diste ya te debieras haber serenado, ¿no?... Porque mirá, mirá cómo me dejaste, que no puedo ni salir a la puerta de la casa sin que todo el mundo el mundo me mire sesgado o me anden torciendo las palabras.

—¡Callate, atorranta! —zanjó él de muy mal talante, descargando un furioso golpe sobre la mesa que derramó el vino—. Vos te callás ahora mismo o te voy a dar otra que te vas a enterar,

¿entendés?

Tardó un instante la mujer en recobrar el aliento, que por un momento su lividez era locuaz testimonio de que el alma la había abandonado, temiéndose lo peor. De más conocía a aquel hombre pervertido por el alcohol y por las muertes que tuvo que practicar en su vida, sobre todo con el comisario Martínez. Este tenía la mirada extraviada, como perdida en el asado, y sujetaba el cubierto, no como si fuera a trinchar la carne que en el plato había, sino como si ante él tuviera a sus demonios interiores metiéndole ascuas en el alma. Desde que se enteró de lo de su esposa con Jorge Luna no era el mismo, convirtiéndose en un ser taciturno y resentido que solamente esperaba la liberación de la revancha, una venganza que apenas si paladeó cuando dio a su esposa aquella tremenda paliza a la que ella se refería. En otras circunstancias le hubiera bastado para recobrar su natural carácter sereno e introvertido; pero no ahora. No; ahora no, ¡de ninguna manera! Sus propios hombres le habían perdido el respeto y les sentía cuchichear a sus espaldas con mucha picardía, excepto a Juancito y a Nicanor, quienes en su casa había pasado otro tanto. ¡A saber con cuántos conocidos había estado yaciendo esa Fulana con cara de mosquita muerta!... No; ya no podía confiar en nadie, y cualquiera que hablara bisbiseando, así fuera de la Santa Patrona, parecíale que se refería a su nesciencia, si no a las habilidades extramaritales de quien tan indignamente ocupaba plaza de esposa. Ni siquiera violar a Rosa, la esposa de Ernesto, le había servido para aplacar su enojo o para reconquistar el respeto perdido ante sus subordinados o su media naranja.

Oriana le miraba, y no sabía bien si compadecerle o si odiarle por ello. Solamente se sentía capaz de sentir desprecio, pues los hechos no hacían sino constatar lo que de sobra sabía: que era un cobarde como la santa catedral de Luján. No recordaba cuándo se había extinguido su amor por él, pero sin duda, si es que alguna vez lo hubo, tuvo que ser en la rutina en que se resuelve la pasión tras el matrimonio. En la del día siguiente, o en la del decurso de los dos años. ¿Qué importaba?... Sin embargo, sabía que era, al fin y al cabo, su hombre, y que nada podía hacer sino aguantar... o ir al cementerio como huésped definitivo. Y esto la sublevaba. Si al menos fuera varón frente al mundo o tuviera redaños para enfrentarse a las excrecencias con que se relacionaba...; pero no, él siempre fue un segundón... y no de los valientes, sino que eternamente se escondía como una mujerzuela tras el comisario Martínez primero, tras el comisario Colorado después, tras los Pagán, tras la ley... o tras lo que fuera antes de dar la cara. Si tenía que matar, mataba, era cierto, pero parapetándose en los policías o haciéndolo por sorpresa, si no cuando estaban indefensas sus

víctimas en la comisaría o en un descampado. Ahí, cuando tenía ventaja, bien machito que era y bien que se infatuaba de un valor que todos sabían imaginario, aunque lo callaran. Solamente ante ella parecía ser lo que no era, por más que hiciera ostentación de aquella inútil fuerza que la derribaba a trompadas o que le servía para satisfacer en ella apetitos o frustraciones inconfesables. ¿Divorcio?...: ¡ja! ¡Jamás se lo concedería, de más lo sabía, que antes la metía un balazo en la tronera! La repugnaba, pero no tenía más remedio que aguantar..., aguantar a todo trance, por su vida.

—Bueno, bueno, está bien, como querás. Si preferís que te deje en paz, te dejo; pero quede claro que este embuste colectivo, más pronto que tarde, alguien lo iba a poner a la luz. Pueblo pequeño, infierno grande, ya sabés. ¿Y querés que te diga una cosa?: no me siento bien por ello, pero tampoco un bicho raro. Acá, querido, todo el mundo está en la misma: yo, el comisario ese de los demonios, tus compadres, las mías y todos, casi sin excepción. Pero, claro, todos miramos a otro lado como no queriéndonos enterar. Es un pacto de silencio, como el que vos tenés con esos que andás, que acá nadie se chupa el dedo, y sabe quiénes y quiénes no andan en el cuatreo o en otros enredos aún peores. ¡Hasta el intendente se lleva sus buenos pesitos! ¡Ay, Dios mío, qué vida! Vos me metés los cuernos a mí, ¿con quién?... Que yo sepa con la Andrea y con la Beatriz y con la Lina, la mujer del intendente, y vete a saber con cuántas más; pero, ¿y ellos?...: pues otro tanto, hijo. La infidelidad, en este rincón olvidado de Dios, es una costumbre tan arraigada que si hoy es el Día de la Tradición por lo del José Hernández ese de mis pecados, debería haber también su Día del Cuerno, porque dudá que nadie te pueda echar en cara a vos o a mí ningún vituperio por ello, que virtuosos por acá, es de lo único que andamos escasos. El delito, querido, no es que nadie meta los cuernos a nadie, sino que se sepa a la luz pública, que se sorprenda a alguien in flagranti. Ese, y no otro, es el delito. Lo que pasa ahora, no te engañés, es que tenés miedo porque lo del cuatreo se va al carajo si esos se echan atrás, y andan todos en competencia por echarles a una fosa, porque así lo quieren los Pagán y salvan su platita, ¿no es cierto?... Pero no lo dudés: los Pagán lo quieren porque alguien de la ciudad, tal vez de los Almacenes Croto o de la Gobernación, así se lo exigen, que es mucha la guita que se mueve con esto. ¡Y piensan que si los bajan a los demás les van entrar aprensiones y van a poder seguir con la suya! ¡Pero qué zonzos que son! Sonó, viejo: sonó este asunto, y, de acá en más, vas a tener que conformarte con tu sueldo de sargento, y ¡chau! No; no es un asunto de cuernos, querido, sino de pesos: esa es la enfermedad que os aqueja a todos, por más que el orgullo de algunos se haya visto peloteado. Mirá, tal y como lo veo, si en vez

del Luna hubiera sido el intendente, hubieras mirado para otro lado, como hacen los demás.

Aquí el hombre, que había soportado imperturbablemente la perorata de su esposa yendo y viniendo de la Ceca a La Meca, se incorporó como una centella, la tumbó de un golpe y en el suelo la estuvo zarandeando hasta que su cara fue una sola tumefacción, mientras fuera de sí, la decía echando espumarajos por la boca:

—¡Atorranta, me traicionaste! ¡Yo te voy a enseñar a no querer ser hombre!

Luego, aún con la respiración alterada, se incorporó y regresó a su asiento, echándose al coleto de un solo trago el medio vaso de vino que tenía frente a sí. Después, ya con mayor calma, mientras se envolvía el puño en una servilleta para contener la sangre que le manaba de los nudillos, miró cómo su esposa se incorporaba con dificultad y tomaba asiento al otro lado de la mesa, con el rostro descompuesto con los golpes y echa un mar de lágrimas.

—Sé que duele; pero más, mucho más me duele a mí.

—¡Hijo de puta! —balbució ella, llevándose la mano a los labios inflamados—. Bien machito que sos conmigo, pero veremos como te comportás a la hora de la verdad con los Luna.

—Mira, flaca, mirá, que te estás metiendo en un pantano. Aflojá, ¡carajo!, que todavía te seco.

Jadeaba a causa de la excitación. Sentía su ser alterado, como si sus sentidos no respondieran a su carta de naturaleza y hubieran optado por entender el mundo de una forma abigarrada y confusa que le abrumaba. Bebió un vaso, dos vasos de vino, y, a medida que fue aplacándose, fuéronle entrando remordimientos, como suele suceder con el pecador compulsivo, que una vez sofocado y satisfecho el instinto primero, parece recobrar cierta consciencia y pretender enmendar sus propios actos con cualquier penitencia, aún la autoimpuesta, cual si estos fueran reversibles o se pudiera ir en la sucesión de los hechos a la viceversa. Y, efectivamente, su atrición era tan grande, pero tanto, que contemplar a la infiel en aquel estado hacíale sentir como un verdugo, cuando su alma clamaba su dichosa condición de ángel benditísimo. Mas no era una atrición surgida por efecto del maltrato dado a la infame, sino porque esta estaba en lo cierto y más que claro veía que perdía sin remedio sus pesos extra porque el negocio se estaba yendo al traste, único valuarte para estar sobre su esposa y poder hacer y deshacer según su encanto le demandara. Y si el negocio se desvanecía y las privaciones llegaban, Dios no lo quisiera, a buena hora iba a aguantar la traidora a su lado, quien ahora le parecía que había cometido una falta, sí, aunque perdonable, porque mejor prefería eso que perderla, y ya se veía en el tris de la soledad, y de, además

de cornudo, quedar abandonado como un trasto desechable. Por de más se ponderaba como un hombre sin atractivo, sin talento y sin redaños para reorganizar su vida, si es que Oriana le abandonaba, porque sentía profunda vergüenza de su físico panzón y su menguada estatura, de sus facciones desangeladas, de su hoscos modales y de su eximia cultura. Escaso bagaje era para iniciar una nueva relación, sopesaba para sí, cuando nada precisaba hacer por buscarla porque ya la tenía, aterrorizándose ante la imagen que se presentó ante sus ojos de una casa vacía, desordenada y sucia, de un lecho desierto y desbaratado, líos de ropas sin planchar, comida fría y desagradable y una vida condenada a la satisfacción onanista, vaya usted a saber si para siempre. Esta idea de la soledad no la pudo soportar. Él precisaba, sobre todas las demás cosas, sentirse atendido y, si posible era, querido... o acompañado a todo trance, no solamente para mantener sus necesidades del cuerpo cumplidas, sino también las del alma, como lo conseguía a través de un buen guiso, un reparador sueño entre sábanas limpias y bien planchadas o sabiendo que alguien iba a dejar impolutos sus calzones por más zurrapas que tuvieran. Y tan tenebroso le pareció el panorama que columbraba en su dislate, y tan desdichado se sintió por anticipado que, tratando de recuperar la concomitancia que estaba en un tris de perder, trató de excusarse.

—Perdoname, ¡che!, igual se me fue un pelo la mano.

—¿Se te fue un pelo la mano?...: y una peluca también, hijo de puta —gritó ella, sabiendo por los síntomas que humillado regresaba el pródigo al redil familiar— ¡Sos el hombre más despreciable que he conocido en mi vida... y el más cobarde!

—Bueno, mujer, tampoco es para tanto —alegó, aplicándose la atenuante completa, mientras alargó su mano para acariciar la de la desleal—. Mirá, me calentaste..., y, ¡pucha!..., soné, perdí el control; pero ya está todo en su lugar. No me lo tomés en cuenta, ¿sí?

—¿Sabés, Flavio? No sé cuándo te dejé de respetar... o de querer, pero ya solamente me das miedo. Miedo de tus reacciones excesivas, de esos arrebatos en los que un día u otro te vas a quedar con mi vida entre las manos y de estos cambios de humor, que ni te decides a lo cruel ni te determinas a lo compasivo. ¡Pucha!, contigo no sabe una adónde está parada. Cuando te conocí, eras otro. Recién ingresabas en el Cuerpo, y ya querías limpiar la Argentina de chorros y criminales. Y hoy..., hoy..., mirá en lo que te convertiste. Siempre de monaguillo, como si fueras un escobón o un mocho, limpiando la basura que dejan los demás por unos pesos que no alcanzan para nada. Perdiste tu orgullo y tu hombría por el camino, no sé bien adónde; pero no queda nada de aquel Flavio del que yo me prendé. Entendelo si querés: yo no puedo amar a quien no se

tiene por varón, y vos no te estás comportando como hombre. Esa es la causa de todo: tu conducta indigna. ¿Querés meterte en macanas?..., pues sé macanudo, pero goberná vos.

Flavio parecía considerar cada palabra que salía de los labios de su esposa con una aplicación tal que más pareciera que fueran oro líquido, aceptando la penitencia de la recriminación como contrapeso a su delito, y aún le sabía a poco. Cuando en esas estaba, atormentado por sus emociones coercitivas, que como hemos visto eran sumamente accesionales, se hubiera abierto las carnes para mostrar a la prenda de su corazón la verdadera naturaleza de su esencia, si es que esta hubiera puesto sobre el hule el petitorio. Su habitual rictus amostazado era ahora el de un pusilánime a merced de cualquier improperio, que más que bien hubiera agradecido de buena gana lo mismo el mayor insulto que el más degradante castigo, si así lograba la paz que pusiera fin a la incertidumbre del abandono y regresar al arrullo y a los besos de un hogar bien organizado.

—Tenés razón. Yo sé que tenés razón, flaca; pero no sé cómo salir de esta cagada.

—Con pelotas, Flavio: ¡con bolas! Sé corajudo y enfrentá la situación.

Él la tendió una mirada, mitad petición de clemencia, mitad sumisión a sus deseos, cualesquiera que estos fueran, y luego, poniendo ojos carneriles de denotaban profundo arrepentimiento, gravitó su cabeza sobre el pecho, y dijo muy bajito:

—Si al menos todavía me quisieras...

—Pero es que para amarte, Flavio, preciso que me desmostrés que sos un hombre como aquel que eras cuando te conocí. Pagás conmigo faltas que son tuyas, porque vos sos el causante.

—Si hago esto, mujer, es porque te quiero de veras, ¿no lo entendés?... Vos sos el templo en que se engendraron mis hijos, lo más sagrado del uliverso. Que un hombre..., que yo, por ejemplo, tenga un escarceo para deshincharme, no es cosa mala, que a nadie daño; pero vos... vos...

—¿Yo?... ¿Es que vas a largarme otro cuento?... Mirá, Flavio, dejá de taparte, y si es verdad que me querés, pendencia por mí, porque de lo contrario ten por seguro que me perdés.

En estados como este, sobra decirlo, era capaz de creerse que el Everest es navegable, y cuanta nota salía de la boca de Oriana hallaba registro de autenticidad en su alma. Caviloso y pensativo, como un mamón al que reprenden, no hallaba el camino de la reconciliación, único artificio capaz de sacarle de su desasosiego. Sin embargo, en un momento, como una centella de inteligencia hubiera iluminado la escasa materia gris de su cerebro, iluminó sus

diminutos y oscuros ojuelos, e hizo esta propuesta:

—¿Y si me saliera del Cuerpo y marcháramos a Buenos Aires?... Allá tengo buenos amigos y algún pariente, y podrían darnos una mano para comenzar.

—¡Ni en pedo! ¿Sos loco?... ¿Creés que voy a salir corriendo de acá para que dondequiera que vaya me persiga tu fama de cobarde? ¡Ni en pedo, querido! Si querés que nos vayamos de acá, primero lavás tu honor y el mío, así sea matando a esos Luna de los demonios.

Había realizado esta deleznable propuesta sin intención, tan solamente porque se la había calentado la boca; pero ya estaba hecha y, contra toda predicción, fue recogida casi con entusiasmo por su esposo, quien apenas lo razonó, le encontró alguna falla.

—Si vos me lo pedís, hoy mismo los baleo, siquiera sea por darte el gusto. Nadie va a echar de menos a esos crotos. Sin embargo, son presas que se quiere cobrar el Colorao, y si yo metiera las narices en sus asuntos...

—¿Viste? —señaló fuera de sí Oriana, tomando, como aquel que dice, el toro por los cuernos— ¿Viste como sos el más gallina del Paraná para abajo?... ¿Y qué si el Colorao es o no es? ¿Qué va a hacer?... Eso sí sería una prueba de amor, y a partir de ese momento iría con vos al fin del mundo. Pero ha de ser ante todo el pueblo, ¿eh?..., para que quede bien a las claras que sos el varón que me merezco.

Esta apostilla final heló la sangre del sargento, quien en primera instancia no supo bien si le estaba alentando contra los Luna o estaba urdiendo una treta que provocara su extinción. Sin embargo, la sonrisa espectacular de su esposa, las caricias con que le agasajaba y su tenue sonrisa impidieron que percibiera la cicuta que esta inyectándole, y sucumbió sin resistencia.

—Tenés razón, ¡qué carajo!... ¡Que rejodan al Colorao! Esta noche, sin falta, me bajo a esos negros, y será a la hora que más gente haya en El Prado Español, ¡por estas!

—¡Estoy reorgullosa de vos!... Vas a ver como a partir de ahora nuestra vida va a ser muy otra.

—Decíme una cosa, flaca: ¿me querés todavía?...

—Más de lo vos merecés, no lo dudes —declaró afectadamente, como si fuera una muletilla para salirse con su encanto.

Luego se incorporó de la mesa, desatendiendo el dolor que la producían sus músculos, que más que conformados por carne parecíala que eran acericos inundados de alfileres. Se acercó a él, le abrazó con sentida ternura y le asesó, acercando sus labios a su oído:

—Entonces, sargento, bajá a esos hijos de puta y comencemos

una nueva vida.

—¿Sería posible?... ¿Vos me querés aún como para eso?...

—Sí, mi amor. Solamente un hombre que me ama tanto podría golpearme de esta manera.

—En ese caso, dales por muertos. Esta noche será su última noche sobre la Tierra.

Dijéronse algunas incomposturas, e incluso diéronse el pico como dos tortolitos que finalmente se hallan tras haberse extraviado. Y en esas estaban, a punto de pasar a mayores, cuando Oriana, reconsiderando algunos extremos de lo que habían conversado, le dijo:

—Y el Colorao, ¿qué hará cuando se entere?...

—¿Y qué va a hacer?... ¡Nada, claro está! Si hay alguien al que todo el mundo le tiene amarrado por las pelotas, es a él. No hay peor lugar para un desencuentro que el que él ocupa, porque se lleva los palos de ambos bandos: de los de arriba y de los de abajo.

—¿Y cómo pensás hacerlo?...

—Eso, flaquita, dejámelo a mí. Y ahora vos quereme mucho, pero mucho, ¿eh?...

* * * * * * *

Rosa no quiso ir a la Fiesta. Sintió molestas contracciones durante toda la tarde que, lejos de atenuarse con el paso de las horas, con el caer del sol se acentuaron, y aun aumentaron su frecuencia cuando comenzó a salir la luna, que aquella noche estaba llena. Sin embargo, por no ser aún de esos dolores que damos en llamar de parto, cuyo momento lo mismo podía llegar dos días después que resolverse en cuatro horas, prefirió quedarse en la casa con la Lechiguana y Lorena, que al fin y al cabo era cosa de mujeres, empujando a los varones a que acudieran a la parranda. A todos les pareció santo y bueno, excepto a Ernesto, quien se mostró renuente a ir a fiesta alguna, al menos hasta que la situación se decantara a sí propia. Imposible resultó convencerle, que daba la impresión de que iba a ser él quien diera a luz, obstinándose en permanecer en la casa y al lado de su esposa y usurpando la plaza de Lorena, ya fuera para avisar al médico porque el nacimiento se precipitaba o ya para ser el primero en dar la bienvenida al nuevo Luna, si es que finalmente el alumbramiento se verificaba. A Lorena, sobra decirlo, esta decisión le vino de perlas, porque en edad de merecer estaba y pocas eran las ocasiones que a lo largo del año tenía de acudir a una farra, y gustosamente apoyó la moción, arrastrando a los suyos. Aceptaron todos, pues, la propuesta, e incluso a Tito le pareció la mejor solución posible, a fin de evitar

que la fiesta terminara como el rosario de la aurora, porque, de echarse Ernesto a la cara al sargento o al comisario, tenía por seguro que de allí iban cuantos estuvieran presentes derechitos al cementerio o al penal, y, de este modo, bien podían dejar el asunto para cuando naciera la criatura. Así, todos fueron en paz a la diversión sin mayores prevenciones, y en paz quedaron los esposos y la Lechiguana esperando la llegada de la nueva vida, si que finalmente se decidía esa noche por recalar en el mundo.

Tito llevó a Pelusa consigo en su caballo, y Rubén hizo lo propio con su hermana, montándola en la grupa del suyo. Las luces de colores y el retumbo de la música restallaba contra la negritud del cielo y la serena placidez de la noche primaveral como crótalos que invitaban al paisanaje al lúdico desenfado y a la danza. Desde lo lejos se escuchaba la algarabía de fiesta y se columbraba la batahola de luces multicolores, surgiendo como espectros de la polvareda que armaba la muchedumbre y del humo de asados y fritangas. A la entrada de El Prado Español se apearon los cinco Lunas, y dejaron sus caballos amarrados a la verja junto a otros muchos de los demás que habían acudido; saludaron a varios parientes que había en la puerta y a otros paisanos, y, entretanto Lorenza y Jorge optaron por quedarse con un variopinto grupo de jóvenes que había no muy lejos de la entrada, Tito y Rubén caminaron hombro con hombro hacia la pulpería que había al fondo del parque, del otro lado de la pista de baile, llevando el primero de la mano a Pelusa. Mientras avanzaban menudearon los saludos con conocidos y vecinos, e intercambiaron cumplidos y frases de cortesías con unos y otros; don Anselmo, propietario de una gran estancia al oeste del pueblo, se aproximó a Tito para ofrecerle a él y sus hijos un arreo para la semana siguiente, y él gustosamente lo aceptó; al alcanzar la plaza en la estaba ubicada la pista de baile, hubieron de sortearla dando un pequeño rodeo por el perímetro; la música sonaba ensordecedoramente, y las gentes que llenaban el centro de la explanada bailaban frenéticamente chacareras o gatos, teniéndose que orillar en ocasiones para sortear a los danzantes; por los lados los chiquillos y los adolescentes jugaban o bailaban o corrían entre la multitud, formando una garulla de mil diablos; la algazara general era formidable, donde parecía imposible que nadie pudiera entenderse: voces, cantos, risas, olores de fritangas, asados, churros, panes... y todo bajo la luminosa carpa de las bombillas de colores que ocultaban el azul titilar de las estrellas; y por fin, saliendo de donde mayor gentío se acumulaba, encamináronse hacia el quilombo donde algunos compadres les reclamaron con señas, avanzando los dos Lunas y el cuarto creciente hacia ellos.

Justo en aquel momento, separándose de la tarima en que un

grupo de músicos interpretaba una chacarera, acercáronse a ellos el sargento Rodríguez y dos agentes, Juancito y Nicanor. Tito fue el primero en verles, y quien les encaró aseriado pero sin prevenciones, deteniéndose en seco. Rubén, el que estaba más próximo a ellos, se giró, y en ese preciso instante, el sargento, sacando su arma reglamentaria, le hizo tres disparos a bocajarro que le abrieron otros tantos ojales en el pecho.

—Pero ¿qué me hacés, hijo de la gran puta? —inquirió inmoto, poseído de una fuerza sobrehumana y mirándose incrédulo, mientras de su pecho manaban tres copiosas fontanas de sangre.

Y sin soltar una sílaba más, sino exhalando de sí un grito montuno que despegó las carnes de los huesos de quienes lo escucharon, sacó su facón y se lanzó furibundamente con cuantas fuerzas le restaban hacia ellos, trastabillando. Aún el sargento, reculando unos pasos tras los agentes de la ley, quienes permanecían paralizados por la fiereza de aquel Luna que se les venía encima como un huracán, tuvo ocasión de descargar tres de las cuatro balas que restaban en su arma; pero Rubén, fuera de sí, aún tuvo arrestos para llegar hasta donde los policías estaban y hundir su facón hasta las cachas en Nicanor, el agente que halló más mano. Luna y policía, quedaron mirándose un instante, ambos gritando mientras exhalaban sus vidas y ambos con el estigma de la muerte imprimiéndose para siempre en sus semblantes; gesto de fiereza que se colma y resuelve en el cumplimiento del último deber en el uno, y de sorpresa y pavor que le desorbitaba los ojos, en el otro, quien ni ocasión había tenido de sacar su arma por lo sorpresivo de cómo se dieron los sucesos. Permanecieron así unos segundos, hasta que el sargento Rodríguez apoyó su arma con la única bala que le restaba en ella en la cabeza del titánico Rubén, le dijo «andate al carajo, hijo de la gran puta», y haló del gatillo, arrancando el fogonazo parte del cráneo y del cuero cabelludo del coloso. Rubén Luna se desplomó inerme entre los cavernosos ecos de aquel disparo que parecieron adueñarse del mundo, como un pelele al que le siegan los hilos que le sostienen de un tajo, y quedó tendido en ángulo recto con el cadáver de Nicanor, en medio de un inmenso charco de sangre que se iba extendiendo sobre la arena hacia la salida de El Prado Español, quién sabe si para poner sobre alerta a los suyos.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, como si en un instante se hubiera abierto en El Prado Español una filial de Pandemonium. Jorge, llegando arrebatado alertado por lo que el corazón le había advertido con tanto atino, se dirigió a ellos hecho un auténtico demonche, disparando ciegamente; pero varios disparos le hicieron blanco, abriéndole uno de ellos un boquete en la frente que le

tendió sobre el suelo como si fuera un muñeco de trapo. Tito, en el mismo lapso que esto sucedía, obviando su seguridad, se precipitó a por Pelusa, tomándole en sus brazos y disponiéndose a ponerle a salvo, tratando de escapar de los policías.

—¿Dónde vas, Tito Luna? —le gritó el sargento—. Se te olvidá lo tuyo.

Y, sacando una segunda arma que cargaba al cinto, disparó dos veces, alcanzándole en la espalda y el cuello. Tito cayó herido, soltando al instante al niño, quien rodó por el suelo varios metros, al cabo de los cuales, aún sentado y con el rostro arañado por las lágrimas y los ojos disparatados por el espanto, se quedó contemplando cómo su padre se retorcía víctima de un dolor tan espantoso que quejumbrosamente hacíale ulular como un poseído, y cuya imagen y sonido ya jamás podría sacarse de esa alma que vienen a ser los recuerdos.

Desde que resonó el primer disparo, la muchedumbre había corrido en todas las direcciones, intentando ponerse a salvo de la balacera. Hombres de toda edad, mujeres y niños, habían producido una fenomenal estampida que les había conducido a unos afuera del recinto y a otros tras las barracas o casetas de feria, no quedando allí sino inmensa soledad y densa polvareda, la cual se enredaba en las luces de colores de la imaginaria carpa, haciendo parecer que era niebla y que aquello que allí sucedía solamente podía ser el resultado de una infernal pesadilla.

Mas no lo era, y los tres policías avanzaron pistola en mano a donde Tito Luna seguía gimiendo espantosamente, cual si ciertos diablos estuvieran tirando de él hacia lo más sombrío del Averno y él se resistiera con aquella salud de toro que le había permitido sobrevivir durante tantos años sin asistencia sanitaria, o como si lo que viera al otro lado fuera tan descarnadamente horrible que preciso le era poner de sí cuanto aún le restaba por evitar su fatal suerte.

Oírle producía tal pavor que hasta los mismos policías tenían en sus rostros un desasosiego que en absoluto mostraron cuando tirotearon a los otros dos Lunas, cual si ahora y no antes estuvieran mirando a los ojos de la impasible Átropos. Tal era el pánico que les infundía, que Jacinto, en un gesto de piedad, alargó el brazo para dar fin a aquella agonía; pero el sargento le sujetó con firmeza y, mirando a los ojos descompuestos de su subordinado, le dijo:

—No, Jacinto. A este hijo de puta, dejálo que muera resufriendo.

Al irse disipando la nube de polvo, el sargento vio sentado en el suelo a Pelusa, quien en los inmensos e inocentes retazos de su memoria venidera grababa aquellas muertes, produciéndole tal mohín de desconsuelo que a cualquiera le hubieran dado ganas de

correr a protegerle contra aquellos horrores del mundo. A cualquiera que no fuera a Rodríguez, se entiende, pues este, sin titubear ni un momento, estiró su brazo e hizo dos disparos al niño, sin darle, gracias a Dios, quien con una agilidad que parecía prestada de un pájaro, corrió con cuanta velocidad le proporcionaron sus menudas piernas, hasta que la polvareda y las sombras le dieron cobijo, poniéndose a salvo y escapando vivo de El Prado Español. Lo cual no impidió que el sargento, cambiando el cargador de su arma, siguiera disparando enloquecido, ya no se sabía bien a quién, mientras profería enormes ternos que de manifiesto ponían su cólera por no haber dado fin a todos los Luna en el mismo embate, que por lo grueso conviene omitir. Muy por el contrario, tan enajenado estaba, que continuó disparando hacia la maleza, pues imposible era que viera nada con aquella polvareda, y casi hace blanco en el comisario, quien arma en mano llegaba con el cabo y cuatro agentes uniformados, sin duda alertados por la balacera y el escándalo que por todo el ámbito de Tres Algarrobos se extendía.

—¡Dejen de disparar, hijos de puta, o seré yo quien les reviente! —gritó.

Tanto Rodríguez como Juancito quedaron petrificados, sin saber muy bien qué hacer. Por de más sabía el sargento la que se le venía encima, pues se había adelantado a su superior, arrebatándole las presas que creía le correspondían por derecho. Y aún se quedó corto, pues, cuando el comisario les alcanzó, tenía una expresión tan dura y colérica en el semblante, que haciendo caso omiso a la evasión del menor de los Luna, se puso a veinte centímetros escasos del sargento y le colocó su arma en la frente, diciéndole:

—Debería matarte, cabrón, por manotearme lo mío.

El sargento no tuvo capacidad más que para eximirse con la disculpa siguiente:

—También a mí me jodieron, Colorao, y usted lo sabe. Además —mintió, excusándose—, ellos comenzaron. Mire lo que le hicieron al Nicanor.

Enajenado por la ira, el comisario amartillo el percutor de su arma, y cuando ya todos los policías que allí estaban pensaban que iba a abrir un ojal en el cráneo del suboficial, el Colorado apartó su brazo y disparó a Tito, quien aún gritaba estremecedoramente, alcanzándole en un costado.

Se hizo un silencio denso. Tanto que pareciera que el aire vibraba como la cuerda de un violín. Poco después, mientras los policías uniformados miraban cómo el Colorado se recreaba en la agonía de su rival, muchos de los que aún quedaban escondidos o parapetados en el recinto, aprovecharon para salir pitando como

almas en pena, dejándoles a solas en aquel escenario encenegado por la sangre.

—¿Qué carajo pasó acá, Juancito? —inquirió el comisario sin mirarle.

—Ya le dije... —trató de intervenir Rodríguez.

—Vos te callás, saco de porquería, que nadie te ha preguntado —cortó el comisario con su gélido tonillo homófono, clavando en su subordinado una mirada que a punto estuvo de producirle mayores daños que un disparo—. Juancito, ¿qué pasó acá?..., pero cuidado, decí la verdad, porque te conviene no andarte con remilgos, ¿eh?

—Yo no sabía nada, le juro. El sargento me dijo me veníamos a pasear la feria nomás —respondió timoratamente el agente, al tiempo que echaba una mirada entre sumisa y asustada al sargento, quien se la devolvió con inquina, como diciéndola «ya me las vas a pagar tú»—; el sargento disparó a Rubén, y este se bajó a Nicanor. Yo no sabía nada, es cierto.

El comisario pareció ordenar sus ideas, y no se sabe si de aplacar su cólera. Guardó su arma en la pistolera y se dirigió a los cadáveres de Nicanor y Rubén, a los cuales tocó con la puntera del zapato, no hay certeza de si verificando que estaban bien muertos o si fascinado por asomarse a la muerte sin catarlo. Dio varias vueltas en torno a los cuerpos, mientras su máquina lógica se ponía en marcha y trataba de discernir lo que verdaderamente había ocurrido, pasando sobre el atestado de sus subalternos. Juancito, tendido sobre un charco de sangre que le aureolaba el torso y la cabeza, aún tenía el facón de Rubén hundido en el pecho y en el rostro grabado aquella mueca torcida y horrible con que salió de este mundo, quien sin duda expiró sin salir de la sorpresa, a juzgar por su arma, la cual aún estaba asegurada en su cartuchera, y la posición de sus manos, crispadas y tendidas a lo largo del cuerpo. A Rubén le faltaba un parietal y parte de un temporal y del frontal, y mostraba cinco impactos de bala, habiendo abundante sangre en torno a los tres primeros, todos ellos en el pecho, y solamente la quemazón de la pólvora en torno a los otros dos, uno de los cuales tenía su entrada en un costado y el otro en un brazo, sin duda porque la variación del ángulo de tiro impidió un blanco preciso. Luego, se acercó adonde Jorge estaba, verificó sobre el cadáver las heridas que habíanle producido la muerte, y le dijo con morbosa frialdad un «ya no culearás más, hijo de la gran puta»; y se dirigió adonde Tito Luna agonizaba, apenas sujeto ya al mundo por un hilo de consciencia. Se arrodilló, aproximó su rostro hasta poner sus labios casi en el oído del moribundo, y le dijo:

—¿Viste, viejo?... Te dije que os cagaría un día u otro de seguir en esas. ¿Era esto lo que buscabas?... ¿Por qué no me hiciste caso,

viejo pelotudo..., decí: por qué mierda no me hiciste caso?

—Dejá a mis hijos, Colorao, ya tenés lo bastante —musitó Tito con un hilo de voz.

—Vos sabés que no puedo, viejo cabrón: lo sabés bien. Y ahora, morí de una buena vez, porque acá ya no hacés nada.

—Matame vos, Colorao: matame a mí... y dejá a mis hijos.

—No, no. No; no es así la cosa. Vos morí cuando querás, que Ernesto y yo tenemos un asunto pendiente. ¿Qué sería de nosotros de no ser así?

Y se incorporó. Miró un instante a su moribundo rival, quien hacía imposibles esfuerzos por hacerse oír, y se retiró hacia sus hombres, a los que refirió sus conclusiones.

—Ta bien, les diré lo que pasó acá: Tito, Ernesto, Rubén y Jorge agredieron al sargento, Juancito y Nicanor. El sargento, en defensa propia, al repeler la agresión mató a esos chorros y murió el agente Nicanor; pero un agresor escapó, y será necesario detenerlo vivos o muerto. Eso es todo.

—Pero, señor, Ernesto no estuvo —apuntó Juancito.

—¿Está seguro, pelotudo de mierda? Diga, ¿está seguro de veras?...

—Yo..., señor... Sí, quizá sí que estuvo.

—Pues eso, cagón: estaba, claro que estaba. Cabo, tome fotografías y notas del escenario y dé aviso al forense para levantar los cadáveres.

Miró a Tito y este cruzó su mirada con él. A pesar del anhelito del agonizante, este tenía fuerzas todavía para exigirle que respetara la vida de sus hijos; pero el comisario, haciendo una mueca fea y desagradable, como desentendiéndose de su petitorio o como reafirmándose en que no había más opciones donde elegir ni para él ni para los Luna, sin apartar sus ojos del moribundo, cual si contemplara el rostro de su fracaso, continuó:

—Está bien, Rodríguez, ve con este pelotudo de Juancito a terminar el trabajo. Acá falta un Luna, y seguro que está en su casa. Vaya y termine el trabajo que emprendió.

Todos cuantos allí estaban le miraron sorprendidos, no entendiendo bien que habiendo siete agentes, el Comisario mandara a dos a detener a aquel diablo, quien sin duda ya estaría prevenido, y el sargento se atrevió a decir:

—Pero, comisario..., ese pendejo ya le habrá alertado, y estará esperándonos.

—¡Pues jodete, sargento, y si esta es la noche de tu deceso, muere como el hijo de puta que sos! —profirió, lanzándole tan tenebrosa mirada, que sin duda pudo ver en sus pupilas desorbitadas los hórridos tormentos de los calabozos del Infierno.

Y con inenarrable satisfacción royéndole el alma, presenció cómo su subalterno amargamente se cuadraba y cumplía una orden que probablemente le costaría la vida.

* * * * * * *

Pelusa, efectivamente, junto con Lorena habían montado su caballo y habían dirigido a su casa como almas en pena y entraron en la casa con los semblantes arañados por las lágrimas, Lorena congestionada por el pánico, y echando de sí unos hijos Pelusa por los que se le escapaba el alma.

Algo terrible ya se habían barruntado en la casa de los Luna cuando escucharon aquellos estampidos tan diferentes a los de los petardos, y cuando poco después escucharon el escándalo de gente que corría y gritaba por el camino y en la distancia. Innecesario fue que les preguntaran nada, y apenas abrieron la puerta y se mostraron con aquel desamparo, la Lechiguana corrió a ellos y les abrazó con indecible ternura, diciéndole a su hijo mayor, quien estaba en el lecho en que Rosa amenazaba con dar a luz:

—Ahora te toca a vos, Ernesto: llegó tu hora de hombre.

Ernesto miró a su madre con unos inmensos ojos fijos y, luego de un instante que se antojó infinito, sin decir palabra se acercó a la pared, descolgó su carabina, se aproximó a su esposa, y le dijo:

—Amor, cuidá de ese pibe: hacele un buen Luna.

Y, poniéndose de nuevo en pie y desoyendo sus gritos, cargó el arma, amartillo el percutor y se precipitó hacia fuera, deteniéndose antes de salir para mirar a su madre, quien aún se esforzaba en sofocar el desconsuelo del menor de sus vástagos. Nada había que decirse porque todos, sin necesidad de que el pequeño les dijera nada, sabían que los rumores y amenazas que todo el pueblo había comentado se habían materializado, y todos, igualmente, sabían que aquella despedida era definitiva. En los ojos de la Lechiguana solamente podía estrecharse la soledad. Una soledad tan ancha y extasiada que miedo daba mirarla a de frente; pero igual que esta se mostraba tan sañudamente cruda, expandíase un amor que no se extinguía y que controlaba el manantial de las lágrimas para dar el último aliento a su hijo, que pronto, muy pronto, dejaría de serlo.

—Mamá —musitó él, queriendo consolarla y alargando su mano hasta alcanzar su mancillado rostro.

Ella le tomó la mano y la sujetó un instante junto a sí, dejando caer sus párpados. Luego, abriendo sus ojos, se los mostró húmedos de llanto, pero sin derramar una sola lágrima.

—Ve, querido, y trata de ponerte a salvo.

—Ya no hay adónde, mamá.

—Muere entonces con la hermosura que viviste, hijo.

Este último hijo fue desgarradoramente tierno, blando, como recocido en el fuego lento de una devoción que se hervía desde hacía casi veinticinco años. Podía oler su amarguísima tristeza, por más que la enmascarara en aquella fortaleza tan fuera de sitio como los Luna sobre el mundo; podía sentir cómo aquel corazón revejido en el sufrimiento destilaba el ajenjo más amargo; y percibía cómo la luz que la envolvía se tornaba ébria y difusa, tan contraria a aquella irisada que la enjoyó de belleza incluso en el solio de pobreza en que la vida la había instalado. En ese humor que hacía rielar su pupila, bien se podían ver cientos, miles de escenas que acaparó para sí como una judía: algunas de su infancia, cuando soñaba; algunas de su juventud, cuando despertó de la inocencia para meterse de lleno en este mundo de sabandijas; y algunas de hace poco o de ahora, cuando ya había quedado encerrado entre los barrotes infranqueables de las circunstancias.

—Cuidá de este pendejillo, mamá —se despidió, poniéndose en cuclillas y besándola la frente—. Va a ser un gran hombre, ya lo verás, quiera el buen Dios que en un mundo más bueno.

—Ya no queda bondad para el porvenir, hijo —musitó su madre.

Y lo dijo con un tono duro, muy duro, como si estuviera leyendo del libro del futuro o como si estuviera atisbando un porvenir de miedos y suplicios que ya jamás se extinguiría.

E iba ya a salir por la puerta, cuando le reclamó junto a sí su esposa suplicantemente. Sin titubear, desandó sus pasos, se puso a junto a la cabecera del lecho y clavó su rodilla en el suelo, apoyándose en la carabina percutida.

—Huí, mi amor. En cuanto me ponga buena yo iré a reunirme con vos.

—Vida mía —le dijo él con sentido afecto, mientras el amor le producía inflexiones en la voz—, la única huída posible es a la muerte. Y, a decir verdad, creéme que no la temo, porque allá, donde quiera que sea que vaya, te estaré esperando las eternidades que mi Diosito disponga para ofrecerte lo que en esta vida no he podido darte. Y no la temo porque he sido muy feliz a tu lado, a este lado que no ha sido sino un remedo del Paraíso. Vos, mi amor, hiciste crecer esplendor aún en esta miseria. Viví, mi vida, viví, viví mucho y sé feliz, que yo te estaré esperando. Y cuando tengás a nuestro hijo, cuando vaya creciendo, no lo abandonés en esta cagada y llévalo lejos, muy lejos de esta miseria de hombres que se comen a los hombres, de pobres y de dueños. Enséñalo a ser hombre, a ser justo, a ser bueno y a ser firme. Enséñale, mi amor, a mirar a Dios a la cara en la luz y en el viento, en el campo abierto y en la vida, esta que se muestra por todos lados, y en una mujer

hermosa, tanto como vos lo has sido para mí. Sí, mi amor; que si alguna vez se enamora, que sea de una hembra como vos, capaz de hacerle ver soles en la tiniebla y paraísos en las pesadillas. Que se enamore con valor de la justicia, de la vida y de una hembra como vos, porque solamente así sabrá que la muerte, esta puerta que todos hemos de atravesar, no es más que un miedo para los cobardes. No, mi amor, no le temo a la muerte, sino a tu ausencia. Te voy a echar mucho de menos; pero te voy a preparar el mejor rincón del Paraíso, un lugar donde vamos a poder amarnos mucho, mucho tiempo.

Rosa lloraba, y más aún cuando se levantó su romeo para salir a la muerte y plantarla cara. Su cuello se pobló de las serpientes azules del dolor, y le pareció que en su vientre su hijo se revolvía queriendo compartir ya la suerte de los Luna. Cuando por fin, por caridad, cerró detrás de sí la puerta el único varón adulto superviviente de los mal llamados Luna Malos, oyó decir adentro de la casa:

—¡Dios!: ¿por qué te llevas a este pájaro?

Lo había escuchado con la espalda apoyada en el muro y los ojos llenos de lágrimas. Levantó su mirada al astrífero cielo, y con una voz que era puro efluvio del alma, rezó:

—Vos, mi Diosito, vas a cuidármelas, ¿no es cierto?...

Una luz que se precipitaba por el camino hacia la casa, le alertó de la presencia de la policía, y, sin dudarlo ni un instante, se pasó por los ojos el mangote de la camisa y saltó tras el ombú, alejándose de la casa.

El automóvil se detuvo, y de él descendieron el sargento y el agente que dieron muerte a los otros tres Lunas. Mientras el primero se parapetaba detrás del Falcon, Juancito se dirigió a la tranquera; pero apenas se había acercado a la empalizada que separaba su predio del resto del mundo, una bala certera abrió al sargento un ojal en el pecho, el cual estalló como una granada, lanzándole dos o tres metros hacia atrás.

Juancito no supo bien cómo reaccionar, y disparó hacia la oscuridad repetidas veces, sin saber muy bien hacia dónde, mientras reculaba en busca de la seguridad del automóvil. Al punto de subir a él, otro disparo le tendió sobre el asiento delantero, dejándole, no se sabe con certeza si gravemente herido o no, pero con fuerzas suficientes como para poner en marcha el vehículo y salir de allí como alma que lleva el diablo, en busca del resto de sus compañeros y del comisario.

Una vez marchó, Ernesto salió de su parapeto, se acercó al cadáver del sargento y le contempló un instante. Le llamó la atención cómo las dilatadas pupilas imitaban la negritud del

universo; pero en ellas no había estrellas ni destellos de luna, sino solamente la vacuidad de una muerte que, supiéralo o no, la había estado buscando desde que entró en el Cuerpo.

—¡Estoy vivo todavía! —vociferó hacia a la casa mientras se volvía, dirigiéndose a Fierro—. Las quiero y las querré muchas eternidades todavía —declaró entretanto le ensillaba y se subía a su grupa—. Y si quiere mi Diosito que alguna vez regrese, ojalá sea como Luna y a su vera, para darlas lo que en esta ocasión no he podido —se despidió para siempre, al mismo tiempo que retiraba la tranquera—. Las quiero, ¡carajo!: las quiero como nunca nadie ha querido.

Y su galope se perdió en la distancia infinita del recuerdo.

De aquí en más hay muchas especulaciones. Hay quién sostiene que llegó hasta Carlos Tejedor huyendo de la muerte, pero que las luces del pueblo, que era decir de la vida, le asustaron y regresó a encontrarse con su destino; otros, sostienen que acudió a la casa de aquel amigo de la infancia que murió como un gorrión que hubiera caído del nido, y que pasó sus últimas horas con los padres de aquel muchacho, los únicos que siempre le comprendieron, mateando y echando chascarrillos o reclamando al recuerdo mientras esperaban la última hora del alba; y los más, que el comisario sabía que solamente en un lugar iría a esperarle: en el Club de los Verdes. Allí, sí, porque solo en ese lugar le consintieron ser hombre y relacionarse con sus semejantes como igual, siquiera fuera dando patadas a una pelota, y desde allí querría saltar a la eternidad, no sin antes enfrentar como hombre a quien tanta sangre y tanto dolor había causado a los suyos. Bien lo sabía el Colorado: jamás abandonaría Tres Algarrobos sin encararlo.

Y tuvo razón. Ya desde antes que clareara, los seis hombres que aún le restaban al comisario husmearon los contornos, y, cuando aún no había estallado el primer albor, un relincho de Fierro en una callejuela adyacente, les informó de que se escondía... o les esperaba en el patio posterior del Club. Sin embargo, el Colorado dio orden de nadie hiciera nada, que no quería darle muerte sino a plena luz del día y ante todos, sin duda encubriendo que esa era su forma de vindicar lo que por suyo sentía, desdiciendo así al malhadado sargento, quien hubiera hallado suplicio eterno en lo más hondo del Infierno. Así lo ordenó, y así se cumplió a rajatabla. Este, en un alarde de estrategia que colmaba sus aspiraciones, mandó a los hombres retirarse del lugar y apostarse con el mayor disimulo en los extremos de la manzana, para que abrieran el local como si no hubiera pasado nada y acudieran los parroquianos a echar sus tragos y a disparatar sobre cuanto la noche anterior había acontecido.

La espera fue larga, pero el comisario dábala por santa y buena, pues finalmente cobraría su presa. Tuvo tiempo de pensar con calma mientras fumaba pausadamente, sentado en su Ford Falcon. El tiempo se había convertido en algo tan denso que pareciera que chorreaba, como su propio pensamiento. Pensamiento que, a mayor abundancia, era ambivalente, debatiéndose entre la excitación propia de sentar su autoridad ante sus hombres y vecinos sobre un cadáver, y entre el desagrado que sentía por tener el deber de matar a aquel hombre, hacia quien no deseaba otro mal que la justedad de darle un merecido escarmiento. Porque, aunque ya anteriormente algo de ello he apuntado, él admiraba a los Luna. Los admiraba, sí, casi con pleitesía, acaso por ser miembros de una raza brava y decidida que la modernidad iba extinguiendo, como esa panspermia que hizo que, cuando el mundo se pobló en exceso por especies gigantes, extinguió a los dinosaurios, cediendo paso a otras especies más enanas y con mayores posibilidades. También él, de alguna manera, era un tanto misoneísta, y tenía un decidido apego a tiempos ya vencidos, pero en los que le hubiera gustado vivir y en los que hubiera podido batirse de igual a igual con hombres que sabían mirar a la cara a la misma muerte. Aborrecía estos tiempos de negocios sucios de guante blanco donde su labor se relegaba a la de carnicero, haciendo el trabajo de casquería que a los señoritos de la ciudad les incomodaba. Lamentaba la muerte de los tres Luna como lamentaba tener que ajusticiar al cuarto; pero era esclavo de su propia palabra... y de los amondongados Pagán. No; definitivamente no le agradaba tener que dar muerte a Ernesto, por más que este hubiera sido amante de su mujer. Al fin y al cabo, de hombres era, y él sabía por de más que nunca la forzó, así la meretriz de su esposa jurara y rejurara lo contrario; pero ya no había lugar para dar marcha atrás y debía atenerse a las reglas. Nunca sus hombres le verían titubear, así llorara sangre por dentro. Ni sus hombres, ni nadie que estuviera bajo su dominio, porque esta es la primera e inflexible ley del terror, sin el cual imposible sería el matute del que tantos y tan grandes se enriquecían. Así, pues, con amargura o sin ella, si en su fuero interno había cierta incertidumbre, solamente decisión se apreciaba de puertas afuera, soporte en el que se apoyaba el respeto que por él sentían sus subordinados.

Clareó, y no mucho más tarde, tal y como había previsto, sucedió. Tomás abrió el local y, poco a poco, fue llegando la feligresía habitual, manteniéndose una aparente normalidad hasta bien entrado el mediodía, hora en que todo el mundo en Tres Algarrobos pensó que todo ya había terminado.

Ernesto había pasado aquellas horas en vela, como don Quijote

las pasara un día, haciendo vela para establecer su sueño; pero él no tenía delirios de caballero andante, ni de desfacedor de entuertos, sino de hombre que buscaba acumular valor bastante apara echarse el gato de su última hora a las barbas. Hizo un repaso a su vida, a la de los suyos, a la que aún no asomaba al mundo..., ¿o tal vez ya había sido alumbrada? Y algo en su corazón le dijo que sí, algo como un rayo divino, como un lloro que escuchó desde el infinito y que le anunció que su esposa, su querida Rosa, había alumbrado a un nuevo Luna. Lo sintió en sí como una nota de paz en el quebranto, como una melodía armoniosa entre los desacordes del planeta, como el piar de aquel pájaro que vino a posarse sobre la barrica tras la que se parapetaba, o como aquel azul que hacía insondable la altura del Cielo. Bien quisiera una apocatástasis para disfrutar su retoño, que venía muy a última hora a llenarle de gozo; pero la suerte estaba echada, y lo sabía.

Entonces, llenándose de coraje, apretó los dientes y forzó la puerta que daba a la cantina del Club, sorprendiendo a cuantos allí estaban. Dio un vistazo a la sala, y recorrió uno a uno a la veintena de personas que se distribuía irregularmente por mesas y barra. Luego, miró afuera, a través de los amplios ventanales, y vio cruzarse en la calzada velozmente a dos coches de policía y al del Colorado, quien salió de su automóvil y se puso en jarras frente al local, llevando la pistola dejosamente en la mano.

—¿Dónde estabas vos? —le inquirió el camarero a Ernesto, sin dejar de mirar por el rabillo del ojo hacia fuera, donde la policía parecía prepararse para fenomenal contienda.

—Salí, Ernesto, y entregate, que no va a pasarte nada —le voceó el comisario.

Él, haciendo caso omiso a esta invitación, puso la carabina sobre el mostrador, y, encarando a Jorge Rías, quien sobre la barra estaba asobinado frente a un vaso de vino, le dijo:

—¿No fuiste vos quien dijiste que mejor pelean dos que un cuchillo?

El Rías, dándose por aludido, lo mismo que los demás parroquianos, bajó la cabeza a su consumición, echando sus ojos al fondo del vaso; otros, sin dejar de mirarle, se mantuvieron expectantes; y los demás, disimuladamente, se fueron desplazando hasta parapetarse tras los muros de fábrica.

Ernesto miraba todavía a Jorge Rías con dolorosa indiferencia, cual si supiera de antemano que su respuesta iba ser esa y solamente quisiera dejar bien patente ante los presentes este extremo.

—Quedate tranquilo, Ernesto —le dijo Tomás sin convicción y con voz temblona—. No va a pasarte nada..., seguro. Entregate, y

verás cómo solamente te llevan en cana por un tiempito.

—Claro —aceptó Ernesto con amarga resignación—, seguro que sí. Pero..., decíme, Tomás: ¿y por qué habrían de llevarme en cana quienes anoche terminaron con cuanto varón adulto había en mi familia... y probablemente en Tres Algarrobos? ¡Bah!... Mejor, déjalo. Andá, ve a decirle al Colorao, que ahorita mismo salgo, a luchar con él como hombre o a morir como tal; pero antes, amigo, poném e un trago, que quiero celebrar que hay ya un nuevo Luna.

Y sin rechistar lo hizo. Quien más, quien menos, antes de que apareciera por muerto le daba, e incluso así lo comentaban, asegurando que su cadáver estaría acá o allá, que le habrían matado de esta o aquella forma, y disparates por el estilo. Por eso, al verle aparecer entre ellos como Cristo un día se les apareció a los apóstoles en el cenáculo, algunos le miraron con ese espanto con que se presencia un prodigio; pero ello es que no había más milagro que la serenidad de un hombre que aguantaba a pie firme la llegada de su hora definitiva.

Algunos trataron de salir del local tras Tomás, quien fue a darle al comisario el recado, y Ernesto, con la mayor calma, les dijo:

—Si se van, amigos, van a perderse el espectáculo. No teman, que no habrá tiroteo porque voy a salir desarmado.

A pesar de esta advertencia, algunos pusieron tierra de por medio, mientras otros pocos tomaban asiento de nuevo, aunque temerosos de que al Luna le diera por marcharse con compaña. Ernesto Luna bebía solo, sin embargo, como un actor que interpretara un soliloquio ante su audiencia, celebrando su estreno como padre.

—Salí ya, Ernesto —le gritó el Colorado—, te estoy esperando. Rendite no más, y acabemos de una buena vez. Sabés bien que no podés escapar.

—¿Pilearás como hombre, Colorao, a facón y a muerte? —le inquirió desde la barra Ernesto.

—Dejate de joder, que esto no es el Martín Fierro. Salí, ¡carajo!, o voy a entrar a por ti.

Ernesto, con la mayor parsimonia, apuró su vaso de vino, se giró sobre el mostrador, apoyó ambos codos sobre la barra y se quedó contemplando los semblantes de todos aquellos que durante tantos años habíanse llamado amigos suyos. Vestía aún de fiesta, con su sombrero de ala estrecha, su poncho de lana y su pañoleta; con su chiripá blanca, su rastra orlada de monedas y su facón de alpaca al cinto. Sostuvo su mirada unos momentos tensos, mientras desde fuera le llegaban consejos de rendición. Parecía sopesar sus posibilidades: su detención, torturas por entretenimiento, su encarcelamiento... o su muerte sin defensa posible. O eso, o quizás

una lucha entre hombres, porque quién sabía si el Colorado se avendría a combate singular, siquiera fuera por dejar bien patente ante sus hombres su destreza arrabalera con la navaja automática, la cual parecía acariciar en el fondo de su bolsillo. Una de aquellas dos opciones había de ser, ponderó, no cabía ninguna otra. La primera, ni considerarla podía, como no podía considerar tampoco abrirse paso a balazos con aquella carabina que no respondía de la seguridad de quien la usara; quedaba pues, la única posibilidad del combate a cuchillo, y no era esta segura.

Y se determinó. Se quitó el poncho, lió en él la carabina y, acercándosela al Rías, le dijo:

—Tomá, ya que no sos hombre para sostener tu palabra, hacele llegar esto a mi familia. Bebé, celebrá, no por vos, sino por mí, porque hoy no será el día en que coronés como héroe.

Luego, se echó al coleto de un buche cuanto en el vaso quedaba, se caló el sombrero, sacó su facón y, con paso llano, salió del local y se detuvo ante la puerta, frente al Colorado y a sus hombres, quienes le tomaron en el punto de mira. Inmoto, con un sello de firmeza acerada impreso a fuego en el semblante, levantó el rostro y, dirigiéndose al comisario, le retó:

—Ya estamos cara a cara, Colorao. Veamos la pasta de la que estás hecho, y si te bancás como varón encarar a un hombre.

Algo se dijeron sin palabras. Adempero, en la actitud del comisario no había ahora resentimiento, ni siquiera ofensa por el desafío, sino desquiciante inacción que le había empujado a dejar caer el brazo, colgando del extremo con dejosa despreocupación el arma, cual si hubiera desistido del empeño que le animó durante toda la noche. Al fin y al cabo, tan de hombre era encararle con aquella valentía, sabiendo por demás que en sus manos ponía su vida, como enfrentarle en singular batalla con arma blanca. Tal vez, incluso, ambos se sintieron víctimas de la misma perversidad.

Pasó su arma de la mano diestra a la siniestra, y la primera se la llevó al bolsillo, del que extrajo su automática. Bien se veía que consideraba en firme la opción del combate hombre a hombre..., hasta que percibió que en la esquina adyacente estaba Susana siguiendo el desarrollo de los acontecimientos sin perder ripio. Trató de inferir qué o quién la había conducido hasta allí, cuando nadie salvo la propia policía conocía la embocada que tendieron al gaucho; pero aún no había concluido el proceso lógico, cuando en aquel preciso instante, junto a ella aparecieron los hermanos Pagán, ambos rechonchos y seguros, con las manos en los bolsillos y enfundados en sus inconfundibles trajes blancos.

—¿Qué carajo harán esos ahí ahora? —inquirió para sí.

—¡Dispará, cobarde! —gritó Susana—. ¡Quiero ver morir a ese

hijo de puta!

Gaucho y comisario se miraron con dispares emociones, pero sosteniendo ambos la mirada del otro: el comisario con un rictus de amargura de quien se sabe condenado; Ernesto, con la serenidad de quien ya había jugado su última carta.

—¡Dispara, cornudo de porquería, matá al hombre que no sos! —le arengó Susana todavía, con la voz quebrada y los ojos anegados de lágrimas—. ¡Eclipsate a ese Luna!

Jacinto Pagán, advirtiendo que ambos hombres tenían en ellos clavados sus ojos, sacó su mano de la faltriquera lentificantemente y con su dedo índice señaló al uno y al otro, amartillando su dedo pulgar como si fuera el percutor de un revolver, y a continuación, se lo pasó por la papada, recorriéndola a modo e imagen de cuchillo.

Ernesto vio como al Colorado se le incendiaban los ojos de cólera, y bajó la cabeza al tiempo que parpadeaba como comprendiendo que su suerte la habían cambiado aquella mujer resentida y aquellos matuteros. Ambos, gaucho y comisario, se miraron aceptando su suerte, y con lentificado movimiento, como si el tiempo perdiera su equilibrio y se estuviera deteniendo el universo, el brazo derecho del comisario, el que soportaba la navaja, cayó leso a lo largo del cuerpo al tiempo que se enhestaba el siniestro, el que empuñaba el arma reglamentaria, hasta poner la bocacha de su arma a la altura de la cabeza de Ernesto; le dijo: «Perdóname, gaucho hijo de puta», y disparó.

El cuerpo del Luna cayó lento, como el una marioneta a la que se siegan los hilos, y quedó tendido la acera en medio de un charco de sangre, mientras el eco del disparo se expandió por todo Tres Algarrobos: en el campanario de la iglesia y en la deshabitada comisaría, en el Club de los Verdes y en La Olla de los amantes, en el lecho de Susana y en El Prado Español, en los benditos campos, al pie de la cruz y en la casa de los Luna, donde mientras la Lechiguana velaba por un esposo que habitaba una atroz agonía que se sofocaría en la muerte nueve meses después, Rosa dio a luz, en aquel preciso instante, a un hijo muerto.

Epílogo

Estos sucesos acaecieron un día como tantos del mes de noviembre de 1.977, de esos que damos en llamar *de absoluta normalidad*, a no ser porque se celebraba el Día de la Tradición en memoria de José Hernández, el autor del *Martín Fierro*. La vida continuó sin sobresaltos, e incluso hubo quién hizo del crimen chirigota, quedando para la posteridad el cruel sarcasmo: «La Pampa se quedó sin Lunas.» No en vano eran hombres muy temidos, acaso por ser eso: hombres.

El caso fue silenciado, nunca se supo si intencionadamente o no; pero no hubo un lugar en las páginas de los diarios para él, ni siquiera en las de Sucesos, como no lo hubo para los más de ciento cincuenta mil detenidos y treinta mil desaparecidos, torturados y asesinados que por esas fechas sucumbieron bajo las garras de un régimen genocida: casi nunca hay lugar en ninguna parte para cadáveres incómodos. La realidad conducía por otros vericuetos más significativos, más del cuerpo y menos de la ideología, que al fin y cabo es lo que engorda.

El autor de esta novela visitó casi todas las hemerotecas de Buenos Aires, y no halló ni una sola nota de estos funestos hechos. Sin embargo, sí halló otras que nos definen más y mejor los días en que estos sucesos se verificaron. Así, por ejemplo, se informaba que el precio de la vaquillona cotizó entre los cien y los ciento veinticinco dólares norteamericanos, mientras Idi Amín Dadá, a la sazón presidente de Uganda, propuso una federación de países en torno al Nilo, y Kadhafi —así le llamaban al presidente de Libia—, acogió a Carlos, el famoso terrorista internacional, según Annuar El Sadat, a su vez presidente de Egipto; que la Salyut-6 y la Solyut-26 se acoplaron, entretanto Menahem Begim y Cyrus Vance negociaban la Paz de Jerusalén y Etiopía y Somalia cruzaban cañoneos; que un avión norteamericano cayó en la isla española de Hierro, en las Islas Canarias, y desde Santiago de Chile, a varias columnas, llegaba el notición —sagacidad y riesgo periodístico se aliaban para lograrlo—, de que... «desesperado vende un ojo y un riñón por diez mil dólares»; que estallaron siete bombas en el Ulster en un supermercado —¡hay que joderse cómo quedaría el establecimiento y el éxito sin precedentes de los terroristas!—, dos

en un restaurante chino —¡no es para menos!—, y cuatro personas se ahogaban en la riada de Atenas; que un temblor sacudió Caracas, Valencia y Carigua, alcanzando una intensidad próxima a los 3,5º en la escala de Richter; que un Boeing-737 se estrelló en Johore Bharu, Malasia, produciendo un centenar de muertos; que se casó la hija de Valery Giscard d´Estaing, presidente de Francia; que Antonio Ramalho Eanes, presidente de Portugal, se fue de visita a Alemania, a pesar de no haber logrado formar gabinete; que George Beck, un bombero británico, devolvió la medalla al mérito, entregada por la Reina Isabel, como protesta contra el gobierno por la manera de tratar al Cuerpo —¡que se jodan!, debió decir—; que Hussein no fue a la reunión de El Cairo, mientras la ola de frío de EE UU produjo quince muertos en Wisconsin, Ohio y Michigan, y Vicente Aleixandre recibió el Premio Nobel a sus 79 años; que apareció en Los Ángeles la undécima víctima del Extrangulador: era pelirroja; y que, como guinda internacional, nació un niño con dos cabezas en la República Dominicana —tal y como se está poniendo la enseñanza, falta van a hacerle las dos, y aún son pocas—.

Mientras esto sucedía por el mundo, se informaba que en Buenos Aires se celebró el Día del Tango en el Luna Park, en homenaje a Carlos Gardel y Julio de Caro; que el presidente, general Videla, inauguró el tramo vial de las obras Zárate-Brazo Largo; que Racing empató a cero con Vélez, Argentinos cayó ante el Independiente por cero a dos, Huracán derrotó a Ledesma por cero a uno y River aplastó a Gimnasia por seis a cero —¡hurra!—; que los cancilleres de Argentina y Chile se reunían por lo del conflicto del Canal de las Beagle, vicealmirantes Oscar A. Montes y Patricio Carvajal; que «...en toda guerra hay personas que sobreviven, otras que quedan incapacitadas, otras que mueren y otras que desaparecen; la Argentina está finalizando esta guerra, y, consecuentemente, debe estar preparada para afrontar sus consecuencias. La desaparición de algunas personas es una consecuencia no deseable de esta guerra», según declaró el general Videla ante periodistas japoneses —¡hay tantos indeseables y tantas consecuencias—; que hubo temblores en San Juan, entre 1,6º y 1,8º en la escala de Richter —debieron saber lo de Videla—; que se realizaran conversaciones sobre las Islas Malvinas en New York los días 15 al 17 de noviembre; y que en el Rotary Club, el rector de la Universidad de La Plata, doctor Guillermo G. Gallo, afirmó con rotundidad —incluso fuentes fidedignas aseguran que se puso serio—, que: «los padres que mandan a sus hijos a estudiar no pueden correr el riesgo de que se los devuelvan cadáveres o guerrilleros» —¡ahí queda eso!..., que luego no diga nadie que los rectores de la Universidad de La Plata son elegidos así, sin más ni más—.

Y para cerrar, porque no sé si encuadrarlo en la realidad nacional o internacional por lo nebuloso de los hechos, lo pongo aquí para que el lector lo sitúe donde mejor lo crea conveniente: «Horror por un secuestro con muerto en Quito, en la persona de un industrial de 33 años», «Otro espantoso secuestro en Austria en la persona de la esposa de un industrial» y «En Italia se produce el septuagésimo rapto del año, capturando a un industrial en Turín.»

Esta era la Argentina del 77, vista desde las páginas de los diarios, mientras los cadáveres atestaban los armarios de la memoria y en la América profunda se liquidaban los asuntos entre el matute y la vida de esos seres pequeños, humildes, cuya sangre, por abundante que sea, jamás servirá lo que la tinta de un renglón de estas nefandas publicaciones.

Ni qué decirse tiene que no hubo perseguidores para los asesinos de los Luna, y que si algún tiempo después el Colorado fue detenido y encarcelado, fue por la torpeza de ser sorprendido arrojando un cadáver desde un puente, justo cuando pasaba una columna militar. Años más tarde murió, nunca se supo cuál fue la mano justiciera, a no ser que creamos que, efectivamente, Dios existe.

Y esta, amigo lector, es la historia de los Luna, rémora de aquel *Martín Fierro*, que sofocaron en las balas. Puede ser que sucediera punto por punto tal y como se ha relatado en estas páginas, o puede que no. En cualquier caso, confío, *si no è vero, sea bien trovatto.*

FIN DE LA NOVELA